Carlos Quílez

Condenados relatos

(Más mala vida)

ALREVÉS

CONDENADOS RELATOS

(MÁS MALA VIDA)

CARLOS QUÍLEZ

ALREVÉS
BARCELONA-2023

Primera edición: noviembre de 2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2023, Carlos Quílez Lázaro
© de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S.L.
ISBN: 978-84-19615-57-2
Código IBIC: BT
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Carlos Quílez Lázaro (Barcelona, 1966) es licenciado en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona y máster en Periodismo Judicial por la Universidad Autónoma de Madrid. Tras veinte años al frente de la sección de tribunales y policía de la cadena SER en Barcelona, Carlos Quílez recaló en la Oficina Antifraude de Catalunya como director de Análisis. Tras su paso por esta institución, retornó al periodismo de la mano de *Crónica Global*, la Sexta TV, Rac 1 y TV3. En 2019 fundó el diario digital *Eltaquígrafo.com* especializado en periodismo de sucesos. Desde 2022, coordina la sección de sucesos en el programa *Y ahora Sonsoles* de Antena3.

Quílez ha sido profesor de periodismo de investigación en la Universidad Pompeu Fabra y en la Universidad Internacional de Catalunya y autor de una docena de libros de *true crime*. Ganador del Premio Rodolfo Walsh de la Semana Negra de Gijón y del Premio Crims de Tinta de novela negra de la Generalitat de Catalunya.

Tras más de treinta años como cronista judicial y policial, Carlos Quílez nos presenta, de primera mano y de mano de los presos y expresos, las 18 historias criminales que más le han marcado en su trayectoria profesional y que abarcan desde delincuentes comunes, violadores y asesinos, como Rosa Peral, hasta policías de otras épocas o altos cargos como Sandro Rosell.

Condenados relatos (Más mala vida) es un compendio de historias criminales que Carlos Quílez ha conocido de primera mano tras más de treinta años como cronista de la información policial y judicial. Las ha conocido y en ocasiones las ha sufrido. Solo esa proximidad con el delincuente, el policía, el juez y la víctima permite construir este relato desinteresado, pero extraordinariamente revelador, de las flaquezas de nuestra sociedad. Quílez, tras más de treinta años de periodismo de la Mala Vida, ofrece como fogonazos de realidad estas historias protagonizadas por tipos que un día decidieron iniciar un camino sin retorno, pistola en mano, hacia ninguna parte.

Las historias que en este libro de *true crime* presenta el autor van acompañadas de otros relatos escritos de puño y letra por presos y expresos que, desde la sinceridad y totalmente desmaquillados, explican su perspectiva de la vida, de la libertad, de la cárcel y del extraordinario dolor que han provocado a sus víctimas.

Condenados relatos es un puñetazo de realidad en la boca del estómago y una foto en primerísimo primer plano de esta sociedad nuestra tan cómplice como víctima de sus propios fracasos.

CONDENADOS RELATOS

(MÁS MALA VIDA)

A veces, cuando paso frente a tu jardín, creo verte al caer la tarde, regando los geranios rojos y rosas y la dama de noche que olía a vainilla como tus besos. Sigues regalando sonrisas, mamá, mientras el viento se lleva y nos trae canciones de Machín o de Sepúlveda que de tu boca sabían a lo que sabe la ternura. A ti Leonor…

La violencia se puede medir, también, con días de encierro. La cárcel existe para castigar, frente a las voces que gritan desde el exterior, y para disciplinar cuerpos, desde las necesidades complejas de la propia institución (las de mantener la convivencia forzada de cientos de personas con niveles reducidos de socialización). Las otras finalidades solamente son discursos.

JOSé ANTONIO RODRíGUEZ. Magistrado.

«¿Si estoy rehabilitado? Para serle sincero, no tengo la menor idea de lo que eso significa. Para mí solo es una palabra inventada, inventada por políticos para que jóvenes como usted tengan trabajo y lleven corbata».

Personaje de Morgan Freeman en *Cadena Perpetua*

PREÁMBULO

Condenados relatos (Más mala vida) nace como la tercera parte de una saga iniciada en el año 2008 con el libro *Mala vida*, de la Editorial Aguilar (ganador del premio Rodolfo Walsh de la Semana Negra de Gijón), con su continuación en *Sigue la mala vida*, de la Editorial Alrevés, publicado en 2016.

Me encantan los relatos breves. Quizá por deformación periodística (esa manía que tenemos los gacetilleros de ir al dato, a la respuesta, al centro de la diana como fin único de la noticia) o quizá porque en ellos encuentro acomodo para esas historias que se resuelven con una moraleja y que nos dejan en la cabeza retumbando una única pero poderosa idea, el caso es que me he lanzado al proyecto de *Condenados relatos* con la intención de seguir desgranando todas las caras imposibles de ese poliédrico fenómeno que es el crimen.

El trabajo de periodista de la mala vida (que es como a mí me gusta definirme) aporta constante información, vivencias y vicisitudes que a veces no tienen cabida en el siempre constreñido espacio que nos ceden la prensa, la radio y la televisión. Además de eso, en general las historias periodísticas que nutren los libros de no ficción (como este) adolecen de la información emocional de los protagonistas de esas tramas y/o la del autor que las narra cuando se enfrentó a ellas.

Por eso, en versión breve pero condensada como jeringazos de esa medicina que llaman «realidad», les presento estas historias hechas desde la memoria y el archivo, pero también desde el corazón. Con ello, no quiero parecer uno de esos escritores que justifican los hechos criminales. Solo pretendo comprenderlos, no juzgarlos (los periodistas no llevamos toga), y poder aportar mi opinión desde una sincera perspectiva.

Este libro me resulta especialmente entrañable. Es un libro coral, un libro para el que he elegido a dieciocho compañeros/as de viaje que saben mucho más que yo de eso que llamamos «la mala vida». Lo saben porque la han fabricado, vivido y sufrido y, en todos los casos, en primera persona. Se trata de presos/as o expresos/as que han mascado la realidad del crimen, la volatilidad de la justicia y las

consecuencias de unas conductas perseguidas con mejor o peor fortuna por el brazo ejecutor de la ley que nos protege a todos.

Ellos/as saben mejor que yo qué es la libertad (o la ausencia de ella), el arrepentimiento (a veces real, a veces ficticio, pero siempre presente), la adrenalina supurando por los ojos, la sensación de haber nacido en el vagón de cola, la íntima convicción de lo efímero de la vida; en definitiva, ellos/as saben muy bien cómo sienta en la piel el traje de perdedor. Porque el delincuente siempre pierde. Pierde, aunque gane.

Este libro no hubiera sido posible sin el concurso, el apoyo y el trabajo de Carmen Arnanz, una voluntaria miembro de la ONG Solidarios que colabora en la atención de presos y que me ha enseñado muchas cosas de las gentes que viven en la trastienda de la sociedad. Para empezar, que la justicia no es ciega, como poco, tuerta, y que detrás de todo delincuente hay una persona, por despreciable que sea lo que haya hecho (y, por lo tanto, merecedora del castigo recibido).

¿Somos sucios por naturaleza o es la sociedad la que nos embrutece? Carmen sabe de lo que habla. Y lo tiene claro. Me temo que yo también.

Carmen es la cara amable de una sociedad que no gira la cara ante una cartilla con antecedentes penales. Ella prefiere mirar a los ojos y buscar en ellos respuestas (a veces imposibles) que nos permitan entender qué es eso que algunos conocen como la «mezquina levedad del ser humano».

Un orgullo haber compartido mesa de redacción con Carmen, y con su ayuda, un doble orgullo de compartir libro con Sandro Rosell (dos años en prisión preventiva injustamente), Rosa Peral (condenada a veinticinco años por el crimen de la Guardia Urbana), Jesús Contreras (conocido como el atracador del chándal), Flako (el Robin Hood de Vallecas), Emmanuel (jefe de la Mara Salvatrucha), Matagatos (exponente de una raza criminal en vías de extinción) y con otros delincuentes y policías que han tenido la amabilidad de despojarse de algunos de sus recuerdos más íntimos para escribir sus relatos que rezuman emoción, crudeza y visceralidad. Mención especial al capítulo sobre el trágico y pantomímico juicio al activista anarquista Salvador Puig Antich. Este libro demuestra con datos inéditos la falta de garantías del juicio fascista que le llevó a la muerte. En el caso del secuestro de la farmacéutica de Olot, se acompañan diversas revelaciones no poco polémicas sobre datos hasta ahora desconocidos.

Por último, debo reconocer que, tras más de treinta años como periodista de sucesos, sigo notando ese cosquilleo embriagador cada vez que pasa ante mí una de esas historias que tanto nos hablan de

cómo son las personas. Dicen que el mal es consustancial a la condición humana y que alcanza y alimenta el conflicto social. Al mal le gustan las oscuras madrigueras. A menudo se resguarda y rearma en las cloacas de los barrios bajos. Pero también aguarda latente, expectante y ávido en la planta baja de determinados organismos oficiales, o de reputadas instituciones públicas y privadas aparentemente en las antípodas de lo antisocial. El mal es metamorfosis, pero, aunque su hedor es similar aquí o allá, uno (quien suscribe) no deja de tener ganas de aproximarse a él y, a ser posible, salir indemne para poder explicarlo. Al mal, le gusto. Al mal, le gusta usted.

«Ellos/as, tú y yo, somos consecuencia y, probablemente, víctimas y esclavos de nuestras circunstancias», me recuerda Carmen con la sabiduría templada de quien se niega a juzgar y a justificar porque eso le impide comprender. Menuda lección.

Pasen y vean, la vida es bella, pero a veces malvada, injusta e increíble. Por eso me gusta explicarla…

1

DOCE FORMAS DE ELIMINAR UN CADÁVER

Solo quien se ha manchado las manos de sangre está programado para fabricar un manual del crimen tan perverso y, a la vez, tan verídico como este.

Paz Velasco, criminóloga, autora del libro *Criminal-Mente*,
experta en psicopatía social

Al padre de Germán Delgado Girona lo mataron de un tiro a bocajarro en el cuello con una recortada. Su hermano se consumió como una vela en las celdas de aislamiento de la cárcel Modelo después de ser condenado a decenas de años por decenas de atracos. Él, Germán, atracador, *consellere* del principal cártel español de distribución de heroína y asesino confeso, murió asesinado en prisión durante una juerga que, en realidad, enmascaraba la encerrona de un clan rival para quitarle la vida.

Germán era mi amigo y a él, y a su truculenta vida criminal, dediqué uno de los cuentos más emotivos que escribí en 2008 y que formó parte del libro *Mala vida*, con el que, al año siguiente, tuve el honor de ganar el premio internacional de novela negra Rodolfo Walsh, de la Semana Negra de Gijón. *Mala vida* no lo explicó todo.

Una tarde plomiza y anodina, me cité con Germán en la desaparecida Cervecería Moritz de la Ronda de Sant Pau de Barcelona. Allí, el bueno de Ramón, dueño del establecimiento y conocido en el hampa autóctono por sus antecedentes por tráfico de armas, nos esperaba con dos cervezas heladas y las entonces famosas «patatas Moritz», una suerte de patatas fritas y ajos rehogados francamente deliciosas.

Germán llegó a la cita como siempre, puntualísimo, impecable, con esos ademanes de *chuloputas* que le caracterizaban y con el traje, los gemelos, y la corbata perfectamente instalados en su cuerpo recién refrescado con altas dosis de Paco Rabanne.

—Aquí tienes el borrador. Tú dirás.

Le entregué las galeradas del capítulo antes referido en el que relataba algunos pasajes ciertamente desasosegantes de su vida al margen de la ley.

Germán se puso las gafas de ver y leyó en silencio mientras se encendía un Marlboro con un Zippo de oro en cuya parte posterior destacaba el sello grabado de la Legión. Inspiró y exhaló humo como en un acto reflejo, sin separar la atenta mirada de los papeles.

—Me gusta, compañero, me gusta… —sentenció a la par que se retiraba los lentes.

—¿Digo algo inconveniente? ¿Hay algún dato erróneo? —insistí.

—No. ¡Qué va! Todo bien. Todo OK. Perfecto. Así fueron las cosas.

Germán Delgado Girona acababa de bendecir el contenido sobre el capítulo referido a su vida. Repetimos ronda de cañas y, antes de poder dar cuenta de ellas, se incorporaron a la mesa tres tipos, para los que entonces «trabajaba», quienes, con elocuente sonrisa, nos saludaron y, sin pedir permiso, tomaron asiento allí, con nosotros. Se trataba de tres jóvenes gitanos. Uno de ellos, que no tendría veinte años, era el considerado entonces como *el Príncipe* de una de las familias más reputadas del hampa mediterráneo. (Años después lo detuvieron con decenas de fusiles de asalto Kalashnikov, pistolas, cajas de munición y un lanzagranadas escondido en el doble fondo de una de las paredes del comedor de su domicilio). Los tres vestían chándales con el escudo del Fútbol Club Barcelona, zapatillas deportivas Nike de colores fluorescentes, portaban cadenas de oro de gran grosor en el cuello y las muñecas, y pidieron un par de botellas de Moët & Chandon que un servicial Ramón les presentó en porrón, como a ellos les gustaba.

Como no podía ser de otra forma, y para aparentar normalidad a aquella sobrevenida reunión, les hablé de mi libro y de la aportación que, a ese respecto, había realizado Germán.

El Príncipe, que se sentó frente a mí, se me quedó mirando y, sin separar sus ojos de los míos, en un gesto que reclamaba su cuota de autoridad, preguntó a Germán:

—¿Le has explicado al periodista lo del *payo* ese psicópata con el que te juntaron en la cárcel en el último ingreso? —Y añadió inmediatamente—: Ese que escribió las doce formas para eliminar un cadáver.

Me dirigí hacia Germán y, sin decirlo, lo interpelé sobre aquel tipo arqueando las cejas.

—No, aún no —respondió al Príncipe—. La verdad es que no había pensado en ello.

El jefe de los gitanos seguía mirando en mi dirección. Fabricó una sonrisa y añadió a la vez que sujetaba el porrón:

—Ese hijo de puta sí tiene una historia de película.

—Pues las historias me apasionan, y si son de película, el doble.

—Sí —apostilló Germán—, se llama Antonio Bernal Romeu, coincidimos en el *chabolo* de la Modelo durante los días que estuvimos en *periodo*, y luego, en el patio de la tercera, no se me separaba. Bernal sabía que, si los demás le veían a mi lado, eso le garantizaba un escudo protector ante la tentación de algunos por reventarle el culo por *violeta*. A mí me daba asco, naturalmente, pero cada dos días, sin falta, me traía una *postura* de caballo marrón sin que ni siquiera tuviera que pedírselo. Un caballero.

—¿Un caballero? —repliqué.

—Ya me entiendes, él se enrollaba conmigo, y yo con él. Y lo tuyo, tuyo, y lo mío, mío —añadió como si tratase de justificarse ante sus jefes gitanos, que, a tenor de la cara que pusieron, era evidente que desaprobaban ese contubernio—. Pero un día —añadió Germán—, estábamos en su *chabolo* y me enseñó una libreta en la que el Bernal escribía sus pajas mentales y hacía unos dibujitos que rememoraban escenas que él había vivido. Me lo dejó para que los leyera. ¿Y sabes qué había escrito?

—No —respondí con la cabeza.

Una especie de manual titulado algo así como *12 formas distintas de eliminar un cadáver sin dejar rastro*. Lo leí y se lo devolví, pero he de reconocerte que hubo momentos en los que me recorría la espalda un sudor frío. De alguna forma supe o al menos tuve la sensación de que esas «teorías» las había puesto en práctica. No se lo pregunté, pero desde entonces reconozco que no le volví a ver con los mismos ojos.

—Si un compañero *taleguero* te provoca a ti, Germán —no lo verbalicé, pero debería haber añadido: «siendo como eres un psicópata total»—, un sudor frío por la espalda, eso quiere decir que ese tipo me interesa sobremanera y que me lo has de presentar.

Y, efectivamente (que para eso están los amigos), Germán hizo las gestiones de intermediación necesarias para que me pudiera poner en contacto con Antonio Bernal Romeu, que, por aquel entonces, y tras la salida de la cárcel de Germán, había sido trasladado a una celda individual de máxima seguridad en el centro penitenciario de Quatre Camins en la Roca del Vallès, Barcelona.

Me entrevisté con Antonio Bernal Romeu en más de veinte ocasiones, en las que me desgranó, uno a uno, los episodios más sórdidos de su terrible vida criminal, un historial salpicado de atracos, ajustes de cuentas y de violaciones.

Con todo aquel material construí una novela de *non fiction* —así las llaman cuando están basadas en hechos reales— a la que llamé *Psicópata*, y a cuyo protagonista (Bernal) bauticé como José Gascón

Fonollosa, uno de los violadores más crueles que han aflorado en las cloacas de Barcelona.

En una de estas entrevistas, rememoré con Bernal la conversación previa que mantuve con Germán y los gitanos a propósito de su manual sobre las doce formas que había perfilado para hacer desaparecer un cadáver, como solo lo haría desaparecer un verdadero profesional.

Bernal me dijo que guardaba aquella copia que había leído Germán. Que la tenía en su celda y que en nuestra próxima entrevista me la entregaría. Bernal hablaba de sus escritos como de pequeñas obras de arte, incomprendidas por el mundano público, y le enorgulleció que alguien (un modesto periodista y escritor, pero periodista y escritor, al fin y al cabo) se interesase por ese material literario.

Al cabo de una semana, en la que fue nuestra siguiente cita de preparación del libro *Psicópata*, Bernal me entregó los manuscritos.

De entre todos los sistemas ideados (quién sabe si incluso puestos en práctica por Bernal) para hacer desaparecer un cadáver hubo uno que me sorprendió sobremanera. No fue tanto la propuesta en sí como la impresión intangible de que, efectivamente, Bernal hablaba con un certero conocimiento de causa. Aún hoy, transcurridos muchos años de mis conversaciones con este delincuente compulsivo, releo su escrito y las notas que tomé y se me eriza la piel.

«El cadáver se lo traga el mar, y se lo comen los peces y los cangrejos», me dijo así de entrada, como si se tratase del profesor de una autoescuela que el primer día de clase explica a un alumno dónde está el volante y qué es el freno, el embrague y el acelerador. «El cuerpo está lleno de esponjas» (¿?), añadió.

Antonio Bernal Romeu explicaba en su tratado que la mejor opción para desembarazarse de un cadáver es meterse mar adentro y lanzarlo a las profundidades. Hasta ahí, nada que no pudiéramos suponer o idear aquellos que no hemos tenido en las manos la necesidad de deshacernos de un cuerpo inerte. Pero el tratadista va, naturalmente, mucho más allá: «Verás: la gente se piensa que lo suyo es atar el cadáver con un yunque y lanzarlo al mar para que una vez allí, en el fondo de las aguas, los peces hagan el resto. Pero no es así. Se puede dar la circunstancia de que, con el paso del tiempo, las extremidades donde hayamos atado el yunque se desgarren y parte del cuerpo salga a la superficie. ¿La solución?, pues muy sencilla. Los riñones de las personas —decía Bernal— son como esponjas. Así, cuando tengas el cadáver en la barca y estés a punto de lanzarlo al mar, le tienes que pinchar siete u ocho *mullás* con una navaja o un estilete en los riñones, luego lo tiras al mar y verás como se hunde para siempre. El agua entra en el cuerpo y hace que se hinchen los riñones, y así tira del

cuerpo para abajo. Y te aseguro que ya no flota más. Entonces sí, los cangrejos y los peces hacen el resto».

He de añadir con cierto rubor que el apasionante proceso de elaboración de este libro está azuzando mi vertiente más perversa. Yo mismo me he asustado de las cosas que se han asomado por mi cabeza y que dejo para otro libro que quizá tenga que escribir con ayuda de un psicólogo o psiquiatra. Quizá es que Bernal no es tan distinto a nosotros como cabría pensar.

He llegado a la conclusión de que todos, en mayor o menor medida, guardamos una cajita negra llena de pensamientos innombrables y de ideas bárbaras que esperan a que algo, alguien o la ausencia de ese «algo» y de ese «alguien» las hagan salir al campo de batalla.

Como me dijo mi gran amigo, el brillante psiquiatra forense Josep Tomàs Vilaltella…: «Carlos, estate tranquilo, mientras los escribas no lo harás».

Que así sea.

2

ROSA PERAL, EL MUNDO CONTRA MÍ

Fue condenada por la Audiencia de Barcelona a 25 años de cárcel por el asesinato de su compañero sentimental Pedro Rodríguez en lo que se ha conocido como «el crimen de la Guardia Urbana». Peral grita su inocencia. Dice que la juzgó la sociedad y no un tribunal. El Tribunal Supremo ha ratificado la sentencia.

Carlos Quílez

Mi nombre es Rosa Peral.

Muchos me conoceréis por la cantidad de barbaridades que se han llegado a decir sobre mi persona, aunque en realidad no me conocéis… La mayoría ha dado por hecho lo que la prensa y las partes interesadas en culparme han dicho, pero no es, ni mucho menos, todo cierto. Antes de continuar con mi escrito quiero dejar clara una cosa: ¡SOY INOCENTE! Inocente de urdir ningún plan con el impresentable del asesino (Albert) de mi pareja (Pedro). Inocente de colaborar en esa atrocidad. Inocente, incluso, de desearle tal cosa, ni siquiera a mi peor enemigo, mucho menos a Pedro, el hombre que apostó por mí, al igual que yo por él, aunque su familia se opusiera. Inocente de saber lo ocurrido hasta que la Policía me confirma lo que nunca quise creer, porque en mi mundo y en mi cabeza no caben ese tipo de acciones, por decirlo de una manera «suave».

Llevo varios años en prisión, por callarme, por ser la cabeza de turco de un psicópata y de la policía, porque no supieron salir del efecto túnel que les tenía cegados conmigo. El callar me puso en el punto de mira y, a partir de ahí, nadie tuvo el valor de mirar los hechos reales. Me asusté. Soy humana y, ante todo, soy MADRE. Quiero mucho a Pedro y lo seguiré queriendo, aunque Albert me lo haya quitado de mi lado, eso por supuesto no hará que vuelva con él nunca. Dicen que es un asesinato mal planificado y de nuevo nadie es capaz de ver que el plan de Albert ha salido tal y como él quería: o soy suya o no soy de nadie. Su único contratiempo ha sido que yo hablara y no continuara callada y siguiendo su juego. ¿Y cuál era su

juego? Situar los hechos el martes, que él se planifica una coartada. ¿Para qué? Para culparme a mí o a mi exmarido, Rubén. De esa forma, él sería el «salvador», estando él en libertad y yo en la cárcel controlada.

Eso hace que Rubén tome cartas en el asunto, coja información y empiece sus planes paralelos: hacer que su mujer, Antonia García Ruiz, explique una historia inventada y cambiada en varias ocasiones… Porque no sabe mentir, para mentir hay que tener buena memoria. Después me encuentro con una interna, Anyuli, bisexual, obsesionada conmigo, con un romance con el cocinero de la prisión (dicho por palabras de ella misma), un tal Jose. Y, casualmente, esta Anyuli recibe una declaración de Rubén, mi exmarido, en la que le confiesa que es amigo de la familia de Jose, el cocinero. Declaración que me pareció muy curiosa, porque conozco a Rubén desde los dieciséis años y, aunque no lo conociera en persona, conozco a su entorno y ese hombre jamás había estado en una comida de Navidad, en los cumpleaños, ni siquiera en el listado telefónico.

Aun así, eso le sirve a Rubén para acusarme de querer matarle desde la cárcel con unas declaraciones totalmente surrealistas. Por suerte, los jueces vieron las malas intenciones que había detrás de esa acusación y archivaron el caso. Rubén, ansioso, continuó con su juego y solicitó quitarme la custodia y la patria potestad de mis hijas, para luego impedir que mi hija mayor pudiese declarar ante un psicólogo que solicité para sacar a la luz las mentiras de Antonia y Anyuli. Pero mi decepción fue mucho más allá porque la justicia le consiente lo que solicita y se continúa escuchando a ambas mujeres como si dijeran verdades absolutas… cuando se veía un claro propósito de hacer que se me viera como un monstruo. Y os preguntaréis… ¿cómo he aguantado todo este tiempo? Simple y sorprendentemente, incluso para mí…, he creado una burbuja, un mundo paralelo al real, donde Pedro está esperándome en casa, con mis hijas en un internado, y yo… estudio para salir de esta burbuja.

Leo libros que nada tienen que ver con mi mundo de fuera, para evitar ver la realidad, porque no sé cómo me afectaría aceptar todo lo que he llegado a sufrir.

Además, esperé el juicio con la esperanza de que fuera justo. Siempre imaginé que en un juicio te dejarían presentar todo tipo de pruebas. Me llegué a creer lo que tanto repiten en la academia de Policía: «Se es inocente hasta que demuestren que es culpable». Llegué a creer en una justicia justa, en el «*in dubio pro reo*» (a favor del reo si no hay pruebas). Pero no. No se ha hecho nada de lo que las leyes dictan. Somos humanos, lamentablemente venimos de una dictadura y estamos en una sociedad patriarcal, donde no hemos evolucionado. Las propias mujeres nos cavamos nuestras propias tumbas. ¿Dónde

están las mujeres que salen el 8 de marzo a las manifestaciones cuando en el juicio se me repetía una y otra vez con quién me he acostado o me he dejado de acostar? No es justificable que yo estuviera con Albert, mientras Rubén estaba con otras mujeres, como Antonia, incluso cogiendo una enfermedad de transmisión sexual que, por suerte, yo no cogí. De eso no se ha hablado, porque no interesa… Él es el macho y yo…

Que Albert decidiera enfadarse y llamarme puta, enviarme mensajes amenazantes, mensajes de aviso de muerte, a mí y a Pedro, eso, para muchos, fue mi culpa, porque un día de enero le envié mensajes por miedo a su enfado y a su posible reacción, diciéndole «Te echo de menos, nadie me ha tocado, solo tú». Lo hice para proteger a Pedro hasta que Albert encontrara a otra y se le pasara el enfado. Pero no, parezco yo la rara, la gente me culpa a mí de que me amenazara. ¿Debo pensar entonces que a las mujeres nos violan porque vamos provocando con minifalda? Durante el juicio se preguntó a cada uno de los testigos si habían tenido relaciones sexuales conmigo, fueran hombres o mujeres. En cambio, no se hizo lo mismo con el asesino de mi pareja. ¿Por qué? ¿Acaso no se buscaba justicia? ¿O era una inquisición en público en mi contra? ¿Alguien se ha parado a escuchar mi declaración? ¿Y las cinco declaraciones diferentes del asesino? En un solo día acabaron su interrogatorio, con mucha educación y permitiéndole decir en público cuentos y tonterías sin sentido. Tranquilo y contento de haber conseguido su propósito.

Al principio del juicio se dijo: «No vamos a buscar el morbo, solo conocer a los acusados, y por ello se harán preguntas privadas…». (No lo cito textualmente, pero es lo que se dio a entender). ¿Y bien? ¿Qué sabemos de Albert? ¡NO SABEMOS NADA! No soy abogada, ni fiscal, ni jueza, pero tengo sentido común. Miro y escucho casos similares y me vienen preguntas a la cabeza como: ¿por qué lo hizo quien lo hizo?; ¿cuál era el móvil o motivación real para hacerlo?; si hay dos investigados, ¿cómo son cada uno de ellos?; ¿qué tiene que perder uno y el otro?; ¿quién pudo planearlo y cómo?; ¿quién compró todo lo necesario para llevarlo a cabo?; ¿había antecedentes de amenazas?; ¿qué estilo de vida han tenido uno y otro?; si se encontró en un lugar, ¿sería porque alguien lo buscó?; ¿quién tenía la fuerza y la rabia suficiente para hacer tal cosa?

Y ya entrando en detalles del caso…

-¿por qué saltó la valla?

-¿por qué ha cambiado la versión tantas veces?

-¿por qué compró la gasolina?

-¿por qué me regaló ese anillo?

-¿por qué dice que no se lo devolví?

-¿por qué le preguntó al compañero de patrulla cómo deshacerse de un cadáver?

-¿acaso no sería mejor buscar un día que estuviésemos Pedro y yo solos, sin las niñas?

-¿no es importante que Albert, días antes del crimen, fuese a la zona del pantano?

-si él compró el móvil B, ¿por qué yo no me compré otro? (quizá porque yo no tengo nada que ver).

-si se supone que yo quisiera estar con Albert, ¿por qué tenía que matar a Pedro, y más teniendo un futuro planeado con él?

-¿por qué en mi casa y con mis hijas?

-¿por qué en mi coche?

Lo que rompió los planes de Albert es que yo declarara, primero por Pedro, porque merece justicia; y segundo, por explicar todo lo que ha sucedido, incluso lo que, por miedo, hice mal.

Después de tanta acusación, planes y demás… ¿en qué momento pude estar con Albert para planificarlo? Ninguna de estas preguntas ha sido contestada en el juicio. NINGUNA. La gente me pregunta por qué tardé siete días en ir a la Policía. Nadie se pregunta: ¿por qué tardó un año en denunciarme la víctima del caso de la «pornovenganza»? Y en este mundo machista, incluso con un audio en el que Óscar Soaz Plazas se declara culpable, este salió absuelto; porque el fiscal no solicitó un perito para verificar que la voz que todo el mundo escuchaba en el juicio era la de Óscar. ¿Dónde estaban entonces las mujeres y hombres del 8 de marzo? Pero la culpa también fue mía: por dejar que un hombre de treinta y seis años me sacara una foto, un hombre que solo deseaba que aquella Rosa de veintidós/ veintitrés años estuviera de nuevo con él, a cualquier precio.

Cuando explico el comentario que hizo Albert al fallecer el hombre de Montjuïc, bromeando, o así lo noté en ese momento, la Justicia abrió un expediente y, aun habiendo estado inconsciente por la puñalada que recibí, me acusan y voy yo como investigada, como si yo también tuviera culpa de eso.

Mientras estaba en prisión se me acusó de organizar un plan, con un cuchillo de cocina (a la que no tengo acceso), para matar a la directora de la prisión, cuando yo distraía mis pensamientos haciendo un curso de costura, con unas tijeras de veinte centímetros, y podría haber perpetrado el mismo daño. Pero ¿para qué?: para continuar con el plan de Anyuli y su amante, el amigo de Rubén, de crear de Rosa Peral un monstruo. Al mismo tiempo, yo luchaba por buscar pruebas, demostrar mi inocencia, explicar toda la verdad desde que declaré ante la jueza de instrucción y supe que Albert estaba detenido. No sé

si alguien se ha parado a pensar en la gran estupidez que sería hacer eso. Pero lo que ha quedado en la mente de todos es ese monstruo que han creado, que estando desmayada involucran en la muerte de un hombre, que desde prisión y sin contactos trama un plan para matar a Rubén y a la directora de la prisión. Para justificar todo eso, me han dado poderes de *superwoman*, de leer la mente, de mujer fatal, de mala persona, de persona fría y calculadora.

Nadie ha investigado el pasado y el entorno de Albert, con sus hermanos en prisión. Y han dejado a un lado a mis hijas, con las que yo compartía mi día a día, han olvidado y ocultado mi trayectoria impecable como policía, con felicitaciones y medallas… Y los hechos que ha protagonizado Albert, de maltratos, se han ocultado. ¿Por qué? Porque no se quiere manchar la reputación de la Guardia Urbana, que acogió a un psicópata en el cuerpo. Es preferible centrar la atención en mí y en lo morboso, que eso no mancha ninguna reputación más que la mía.

Como dice Jorge Bucay: «Érase una vez… que de tantas veces ser contada se convirtió en realidad». Pero da igual cuántas veces repitan que yo era parte del plan de Albert, que nunca será tomado como verdad. La pena es que, hasta el día de hoy, la justicia no existe y ahora entiendo lo de la venda en los ojos…

Ya en la época romana, cuando había batallas a las puertas del pueblo, las entretenían con obras cómicas para distraer la atención de la población. Ahora esas obras las crean algunas televisiones, los programas amarillistas y los que no quieren confesar que se han equivocado, arruinándome la vida.

Estoy harta de esta situación e, insisto: ¡no soy ninguna asesina! Albert saldrá antes, pronto podrá salir de permiso, y yo, mientras, seguiré envejeciendo sola en prisión. Le ha salido bien la jugada. Sabía que estando en prisión no sería de nadie más. Todo lo que ha pasado no me hace pensar en nada positivo. De hecho, no creo que salga viva de prisión. Solo quiero dormir. Ni me ducho, ni me cambio de ropa. Vivo sin esperanza, esperando la muerte.

ROSA PERAL

3

ÁNGELA

Esta «nouvelle», basada en hechos reales (salvo en el desenlace), es mi particular homenaje a Angela, una gran amiga que fue y una admirable madre coraje que es.

Carlos Quílez

—Espera, ponte así…

Ángela, entregada, manejable, abandonada a las órdenes de aquel hombre, se dio la vuelta, apoyó la palma de sus manos contra la pared, metió la cabeza entre los brazos e inclinó la espalda hasta conseguir formar un ángulo recto con sus piernas entreabiertas. Rafael, *Fali* para los amigos y amigas, sabía lo que a ella le gustaba, cómo le gustaba, y se lo entregaba siguiendo el rito habitual: parsimonioso al principio, como si se hiciera de rogar, y tremendamente desaforado a medida que la parte más animal de cada cual brotaba incontenible.

Le introdujo el pene en aquella vagina encharcada como quien, dispuesto a matar, introduce lentamente la bala en el tambor del revólver. A ella, el corazón se le detenía por momentos como si se tratase del borbotón de una dulce agonía. La sangre que fluía por su cuerpo se concentraba entre sus piernas, en una explosión de mil colores. Ángela respiraba de forma espasmódica y desacompasada respecto a los vaivenes de Fali, que sonreía malévolo, amo de la situación, mientras notaba su poder reflejado en la piel erizada de aquella mujer dúctil.

Ángela sentía, en lo más inaccesible del vientre, el calor abrasador de aquel pene marmóreo, cuyo glande parecía esculpido en cerámica cada vez que este la friccionaba, de menos a más, sin dar margen para el debate ni el raciocinio, sino más bien para todo lo contrario.

El desenlace del enigma que a veces se establece entre el hombre y la mujer estaba a punto de irrumpir como una deflagración. Rafael había contraído los puños y el abdomen casi hasta la contractura,

buscando el esprint final, regando de sudor la espalda de ella.

Sus cuerpos resbaladizos se desinflaron y una mueca absurda se alojó en la cara de ella. Un rictus inexpresivo en la de él. Se vinieron abajo y, ya en el suelo, Ángela se abrazó a Fali como el imán al hierro. Él no oponía resistencia, pero encendió un cigarrillo, que era la excusa para no corresponderla.

A Ángela se le escapaba de entre las manos su dignidad sin ser consciente de ello. Todo, a cambio de sentirse una pertenencia de él.

Ángela, efectivamente, estaba atrapada.

Ángela Viña Palacios, cuarenta y un años, vecina de Totana, Murcia, era empresaria del sector frutícola. Menuda y voluptuosa, estaba casada con un hombre que parecía agua: insípido, inconsistente e inocuo. Conoció a Rafael Paquera García, *Fali*, en la despedida de soltera de su amiga Lidón, en una fiesta que se celebró en la discoteca El Albatros, de Cieza.

Rafael, bombero voluntario, diez años más joven que ella y cuarenta centímetros más alto, la sedujo con la facilidad con la que el hombre se gana la confianza de un niño a base de golosinas. Ella, que no bebía, lo había hecho. Él, que bebía, no. El bombero interino parecía un lobo ofuscado en cercar a su presa indefensa e ignorante. Y cumplió. Después de arrumacos, alcohol y palabras sugerentes y nada casuales, palabras que Ángela jamás había escuchado de un hombre, los dos fornicaron, una hora después de su primer encuentro, en el confesionario de la ermita de San Bartolomé. Forzaron la puerta de la reedificada iglesia patronal de la villa para cumplir una apuesta contraída entre risas, besos premonitorios y ginebra, camuflada con gotas de Coca-Cola, que se sucedieron en la barra más oscura de El Albatros.

Nunca, con nadie, Ángela había follado así.

Ese fue el tono, y ese fue la partitura de la canción que ambos pusieron en solfa.

Ángela y Rafael mantenían una relación clandestina, sexual e inapropiada en la que él, agarrado a su pene como a un estandarte, jugaba el papel del *totum revolutum* plenipotenciario y «señor de todos los señores». Y ella, deficitaria endémicamente de todo aquello de lo que una mujer nunca debe ser deficitaria, protagonizaba el papel de mujer pecadora que lo sabe, lo acepta y no lo cuestiona porque ha descubierto que lo anhela.

Transcurridos tres meses de secreta y explosiva relación, un día, mientras Ángela tramitaba el envío de toneladas de melocotones a Lyon, Brujas y Múnich, recibió una llamada telefónica de su amante:

—Ángela, cariño —Rafael nunca se dirigía a ella así—, estoy hundido, cariño, hundido. Me… me muero, Ángela, me muero… —

balbuceaba entre sollozos.

A Ángela el corazón se le arrugó como una nuez.

—Fali, mi amor, ¿qué me estás diciendo?, ¿qué está pasando?, ¿por qué me hablas así…?

Rafael guardó silencio durante tres o cuatro segundos y, tras carraspear, disparó:

—No te lo he querido decir, princesa, pero hace días que ando de pruebas médicas y hoy me han dado los resultados: cáncer.

—¡Cáncer! Mi vida… ¿Cáncer…?, ¿por qué?, ¿de qué?, ¿qué te dicen los médicos?, ¿cuál es el pronóstico? —preguntó trastabillada y sobrecogida.

Fali de nuevo jugó con el silencio, aprovechó para coger fuerzas y añadió con un hilo de voz:

—El pronóstico no es bueno.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—Voy para allá.

Rafael vivía en Murcia, en un piso que había compartido con dos amigos, uno lampista, Ismael, y el otro policía nacional, Juan Carlos.

Ángela irrumpió en la vivienda como lo haría un vaquero desatinado en el salón de un bar del lejano Oeste.

—Mi amor. —Y corrió hacia el sofá donde Fali permanecía acurrucado, tapado con una manta, pálido como un papel de fumar. Se abrazaron como el cuerpo a la armadura. Ángela lloraba compulsiva, empapando la nuca de su amado. Él la abrigaba con toda la fuerza de la que era capaz, que no era mucha, ni la habitual.

—Cáncer de estómago en estado avanzado, Ángela, y solo tengo treinta años. Los médicos no saben si operarme o no. No saben qué hacer, ¡joder!, ¡no saben nadaaa…! —Y aquel hombretón, que meses atrás parecía comérselo todo, parecía un ser diminuto, insignificante, un párvulo anegado en sus propias lágrimas.

Ángela le acarició la espalda durante varios minutos sin decir nada, entregada a su papel de mujer enamorada a la que le tocaba estar a la altura. De repente, él se separó de ella en un gesto brusco, casi grosero, que le llevó a caer al suelo sumido en un ataque de tos a resultas del cual escupió una gran cantidad de sangre.

—¿Lo ves, Angelita? —nunca la llamaba así—, estoy podrido por dentro —mascullaba por una boca de donde brotaba una especie de baba de color carmín que por momentos se volvía negra en contacto con el aire—. Me muero, Ángela, me muero… —le dijo una y otra vez con sus ojos, ahora sí, clavados en los de ella, implorando socorro como la mirada de un condenado en el paredón, a punto de ser fusilado.

Desde ese momento, la vida de Ángela dio uno de esos giros que solo se explican y se justifican cuando el terremoto es de tal magnitud que sus consecuencias resultan ineludibles.

Ángela lo amaba. Lo amaba como se ama a un estandarte, a un amuleto, a una fuente de vida. Con el apego del sinsentido que a menudo es un estado vital más poderoso que lo racional. Hasta el momento, ella había cedido, complaciente y complacida, su cuerpo al servicio del de Rafael. Desde entonces, puso a su disposición su vida entera.

Con un marido insulso y en la inopia más absoluta, Ángela cada día lo visitaba, lo acompañaba al hospital, le lavaba los restos de sangre seca de la ropa, lo aseaba, lo mimaba. Lo hacía con un amor de novela, uno de esos amores de otra época que no dan lugar a la cicatería, ni a la duda, ni a otra opción que no fuese la de asumir la vida como viene y acometerla de cara, con una entrega indudable, casi mitológica.

—Empieza la temporada de verano, Angelita —le decía con voz quebrada, cubierto por una manta desde el sofá, mientras ella, enfrente suyo, detrás de la tabla de planchar, doblaba servilletas y anudaba calcetines recién secados—. No podré trabajar. Nunca contratarán a un enfermo incapaz de subir montañas y cargar con metros de mangueras o quintales de agua. No tendré ingresos, Angelita, no podré pagar el alquiler, no podré pagarme las medicinas, no podré…

—¡Basta, Fali! —interrumpió, ofendida, su amada—. ¡Basta!… Mientras yo tenga un euro en mi bolsillo a ti no te faltará de nada, ¡de nada!, ¿me oyes? Yo me encargo de todo, mi amor. —Y se abrazó a él, empapado de sus lágrimas, lo besó y lo acarició como lo haría una madre con un niño desprotegido.

A Ángela no le sobraba el dinero, pero a su marido sí. Pagó sus medicinas: más de dos mil euros en menos de mes y medio. Pagó los seiscientos euros mensuales del alquiler del piso —sus compañeros se acababan de mudar—. Le llenaba la nevera con comida casera y, sobre todo, lo consolaba con la abnegación que caracteriza a la buena gente. Ángela era buena gente. Lo suyo no era un amor por agradecimiento. No solo era eso. Era un amor de verdad.

Una ardiente mañana de julio, Ángela trabajaba como de costumbre en la oficina de su empresa distribuidora de frutas cuando recibió una llamada:

—Ángela, mi amor. —Rafael solo se dirigía a ella de esta forma desde que enfermó.

—¡Cariño!, ¿qué pasa?, ¿va todo bien?

—Bien, sí, muy bien. Bueno, creo que muy bien…, que me va a ir

muy bien, que hay una solución…, bueno, que me lo han dicho…, bien, muy bien. —Rafael, nervioso y atolondrado por lo que fuera que le acababan de decir, apenas podía articular una frase con sentido.

—Fali, ¿has ido al hospital? ¿Qué ha pasado?, ¿qué es lo que sea que te han dicho?

—¿Que qué ha pasado? Pues que la doctora Diana, la responsable de cirugía digestiva, me ha dicho que en Houston han probado con éxito un tratamiento para esto mío a base de unas inyecciones de plasma tratado con un antiviral. Que me dice que allá ya se ha curado gente. Parece un milagro, pero es verdad…

—Cariñooooo…

—Sí, mi amor, es verdad, me puedo curar, ¡me puedo curar! —Y se detuvo unos segundos como en una especie de trance.

—Cariño, soy muy feliz —dijo ella, llevándose las manos al corazón.

—Pero…

—¿Pero? ¿Qué es lo que sucede, mi vida?

—Pues que esas medicinas cuestan casi doce mil euros… Doce mil euros que yo no tengo.

—Tú sí los tienes —interrumpió airada una exultante Ángela—. Claro que los tienes. Los tenemos.

—Ángela, mi amor…

—Mi vida…, solo dime una cosa: ¿cuándo los necesitas?

—En quince días me harían el tratamiento aquí, en Murcia. Tendré que estar una semana en asilamiento, según me ha dicho la doctora Diana. Y después… —le dijo con la esperanza brillando en su voz—, después un periodo de descanso y a vivir.

—Mi vida… —Ángela rompió a llorar como una niña mientras Rafael sufría uno de esos continuos e inquietantes ataques de tos—. Mi amor, mi amor… —gemía ella.

«La vida te la dan, pero no te la regalan, la vida se paga, por más que te pene…», cantaba el poeta, y Ángela era consciente de ello.

A la mañana siguiente, Ángela le entregó el dinero y diez días después lo dejaba junto con un neceser, un pijama y una bata nueva en el departamento de Admisiones del hospital de Murcia. Un abrazo y un beso eran el punto y final de una pesadilla. El futuro se iniciaba en aquel instante.

—Esta travesía la tengo que hacer solo, mi amor, serán siete u ocho días en los que mi corazón solo va a vivir pendiente del tuyo. Lo conseguiré, mi vida, te lo debo todo, Ángela, todo, te debo la vida… —A veces las situaciones extremas a las que te somete la vida sacan lo peor y también lo mejor de todos nosotros. Fali, tras haber caído en el más oscuro de los pozos, parecía otra persona.

—Yo te debo la vida a ti, mi amor —le dijo Ángela, abrazada él, con su sien clavada en el pecho de su amor—. ¿No te das cuenta? —Levantó la cara y lo miró—. Has tenido la peor enfermedad y nos ha caído del cielo la llave de tu curación. Es una señal, mi vida, una señal de que tú y yo seremos inseparables. Cuando acabe todo esto, hablaré con mi marido. No aguanto más. Solo quiero vivir entre tus brazos, mi amor, nada tiene sentido sin ti…

Se besaron, se acariciaron sus respectivas sonrisas y, con lágrimas de miel en sus mejillas, se separaron.

Durante los siete días de tratamiento, Rafael permanecería aislado, en una burbuja aséptica, recibiendo la medicación cada cuatro horas por vía intravenosa y siendo sometido a dos analíticas diarias que evaluasen los avances de esa quimio definitiva que iba a hacer del presente, pasado. Ángela, mientras tanto, mantuvo su rutina, personal y profesional.

Transcurridos los tres primeros días de tratamiento, y aunque los médicos habían desaconsejado cualquier comunicación con el exterior porque, según se decía, ciertos vaivenes emocionales podían afectar la eficacia del tratamiento, al menos en su fase inicial, Ángela no pudo contenerse y llamó por teléfono a su amado.

Pero algo extraño ocurrió.

Cada vez que llamaba saltaba una especie de contestador con una voz femenina que barruntaba palabras extrañas como si se tratase de una especie de interferencia, de palabras o eructos entrelazados de un idioma o código cifrado. Así una y otra vez.

Ángela, extrañada, lo habló con su amiga Lidón, su confidente, la única que sabía de esa doble vida que aquella mujer llevaba desde la fiesta en El Albatros. La amiga le dijo que, si como así parecía le resultaba insostenible la falta de noticias sobre Rafael, no le quedaba otra que llamar al hospital y tratar de hablar con los médicos para saber la evolución de su estado de salud. No tenía que haberlo llamado al móvil, le dijo Lidón, pero que una vez había trasgredido el compromiso, y ante esos mensajes indescifrables y perturbadores que de forma machacona respondía el contestador del móvil de Rafael cada vez que se le llamaba, solo tenía esa opción.

A día siguiente, Ángela se personó en el hospital. Pidió entrevistarse con la doctora Diana, jefa del área de Cirugía Digestiva.

La facultativa, Diana Navarra Castillo, la recibió en su consulta, media hora después.

—Dígame, me dicen que desea hablar conmigo sobre un paciente familiar suyo…

—Sí, doctora, se trata de Rafael Paquera García, se trata de mi… de mi novio, que está aquí ingresado con el tratamiento ese que les

han enviado de Estados Unidos y que…

—¿Cómo…, cómo? Discúlpeme —la interrumpió la doctora, levantando la barbilla y mirando fijamente a Ángela—, no sé de qué, ni de quién me está hablando.

—Pues… de Fali, de Rafael Paquera…, su paciente… —dijo desconcertada y con voz timorata.

—Yo no tengo ningún paciente con ese nombre…

—Pero… ¡si yo misma le he acompañado al hospital en varias ocasiones…!

—Será con otra doctora o en otra especialidad —espetó la facultativa de forma inequívoca.

—No, doctora Diana, es usted, mi novio tiene cáncer de estómago y…

—En estos momentos no tenemos ningún cáncer de estómago en nuestro departamento, señorita.

El tono taxativo y contrariado de la doctora se estrellaba contra la cara de estupefacción, casi de ridículo, de Ángela.

—Créame —añadió la facultativa—, es un malentendido o le ha facilitado una información errónea…

Con la mirada perdida y como a cámara lenta, Ángela se acomodó el bolso en el hombro, agachó la cabeza y, emocionalmente abatida, sin fuerzas ni para despedirse ni siquiera para mostrar los más elementales gestos de agradecimiento y cortesía ante su interlocutora, salió del consultorio de la doctora Navarra, totalmente confundida y removida en lo más íntimo de su ser.

Ya en la calle, la temperatura era excesiva y el sol, especialmente blanco, cayó sobre aquella mujer sacudida por el desconcierto como un guantazo incandescente.

Sí, de alguna forma, desde el mismo momento en que oyó por primera vez el enloquecido mensaje del contestador automático del teléfono de Fali, Ángela intuyó, sin saberlo, que alguna cosa extraña o, peor aún, algo fuera de la realidad, estaba sucediendo. La voz endemoniada del contestador era el envoltorio de un paquete que contenía un mal fario.

Se detuvo en la terraza de una cafetería próxima al centro asistencial. El viento suave de levante le arremolinaba el cabello como si tratase de aclararle las ideas. Pidió café y a continuación, en un gesto irreconocible en ella, pidió coñac. Y llamó a Lidón, quien al escuchar lo que le acababa de suceder a su amiga y constatar que Ángela no lloraba, no gemía, no balbuceaba, sino que le hablaba con una entereza impropia de quien siempre sobrellevaba los sentimientos a flor de piel, pensó que la situación era verdaderamente grave. En escasos minutos se personó allí.

—No está, Lidón. —La mano temblorosa de Ángela sujetaba la que era la segunda copa de coñac, pero su mirada permanecía firme como si el cuerpo y la mente jugasen en competiciones distintas. Sus ojos enrojecían por el alcohol, pero no por la aflicción.

—Llámalo al móvil —respondió su amiga—. Quiero oír ese contestador.

Ángela llamó y, como en las veces anteriores, apareció esa voz aturullada, lejana e incomprensible.

—¡Esta tía habla chino! —dijo Lidón.

—Hay que joderse, Lidón. O sea que… ¿ahora resulta que Rafael está en China…? —largó sarcástica Ángela, mientras reclinaba lentamente la espalda en el respaldo de la silla como buscando acomodo. Tomó aire y apuró de un trago los restos de la segunda copa de coñac que cayeron en su estómago como si de brasas se tratasen. La voz y la mirada de aquella mujer se habían vuelto pastosas y la imagen de derrota, poco a poco, se iba apoderando de ella.

—¡¡¡Juan Carlos!!! —gritó Lidón—. Juan Carlos, su compañero de piso, el madero, ¿no? Juan Carlos, ¿no?, así se llamaba su amigo policía, ¿no? Vamos a la comisaría —añadió dispuesta y presta Lidón, mientras soltaba un billete de veinte euros sobre la mesa y, con la otra mano, agarraba fuertemente a Ángela del brazo para ayudarla a levantarse—, y si tiene cojones que nos diga que no sabe lo que está pasando.

—Sí —respondió Ángela con repentino entusiasmo, como si hubiera sonado la alarma de su despertador un día premonitorio de buenas noticias. Lo hizo antes de perder ligeramente el equilibrio y de vomitar las copas que le hervían en el vientre.

El oficial de guardia en la sede de la Jefatura Superior de Policía lo avisó:

—Segura, dos mujeres piden por ti. No quieren subir, dicen que es importante y que te esperan aquí en la puerta.

Juan Carlos Segura, oficial de policía adscrito a la Brigada de Policía Judicial, salió a la calle y allí mismo, a escasos metros de la puerta principal del edificio policial, se encontró con Lidón y Ángela.

—Ángela, guapetona, ¿qué haces por aquí? —Juan Carlos no lo podía hacer mejor: cara de sorpresa y de aparente alegría, pero con las espadas en alto porque aquel encuentro intempestivo y sin precedentes no tenía pinta de ser una visita de cortesía.

—¿Dónde está Fali? —La pregunta era inequívoca. No daba opción. Ángela y Lidón se acercaron a un palmo del policía con la mirada.

—Pues tú me dirás —respondió Juan Carlos, sonriendo todavía pero con las manos empapadas en sudor—. Creo que está en el

hospital, con lo del tratamiento, ¿no? Yo hace días que no le veo. Desde que me fui del piso para irme a vivir con Aurora, mi novia. ¿Por qué me lo preguntas? Yo he estado fuera unos días por cosas del trabajo, que tenemos a una banda de portugueses que nos están robando en los mercados y el jefe nos ha dicho que…

—Juan Carlos, eres un mierda. —Lidón no se anduvo con subterfugios. Un silencio a tres voces cundió durante segundos en aquel metro cuadrado de acera frente a una institución concebida para detener o al menos perseguir a estafadores, sinvergüenzas y criminales, no para albergarlos. Segura dejó de sonreír, sacó un Ducados de un paquete arrugado y se encendió un pitillo buscando el tiempo necesario para encontrar qué responder.

—Ángela… —le dijo el policía sin poder mirarla a la cara—, está en Tailandia, con un colega, con el Isma.

Ángela lloraba como si sangrase. No hizo espaviento alguno, apenas si parpadeaba, pero sus lágrimas manaban un goteo acelerado.

—Y tú lo sabías… —masculló Ángela.

—¿Y cómo es que no has ido tú…?, ¿no te ha dado vacaciones tu comisario? —apostilló Lidón con ojos de quien siente un asco reverencial por quien tiene enfrente.

Juan Carlos Segura agachó la cabeza, atrapado, sin salida, sin argumentos con los que improvisar una mentira o una excusa, asumiendo la derrota total y el ridículo más absoluto.

—Yo… Ángela, te juro que nunca aprobé lo de Rafael contigo. Yo te juro de verdad que, de verdad… que…

—A la mierda, Juan Carlos, vete a la mierda…

Las dos amigas dieron media vuelta en silencio. Caminaron cien o doscientos metros hasta que Lidón, de soslayo, miró a Ángela y le dijo…:

—¿Cómo estás, cariño?

Ángela, sin separar la vista del frente y sin titubeo alguno, le respondió:

—Bien, Lidón, mejor que nunca.

Naturalmente, no la creyó.

Ángela inició los trámites de separación de su marido. Ese hombre insustancial que ni intuyó la infidelidad y siquiera detectó en su esposa el más mínimo atisbo de desasosiego. Eso, esa incapacidad de percibir, de sentir y de trasmitir fue lo que a ella la alejó definitivamente de él.

Desde que se enteró de la gran farsa que había montado Rafael, Ángela era otra persona. Dicen que los malos momentos, los malos tragos, las vicisitudes y los baches que la vida le pone a uno en el camino, consiguen que se nos endurezca la piel y que nos volvamos

más fuertes o al menos más resistentes contra las pedradas que se cruzan en nuestro camino sin aviso previo y sin piedad.

Pues algo así le ocurrió a aquella mujer de provincias, despechada y humillada donde más duele, que no es otro lugar que el rincón más profundo del alma, que, por otro lado, es el más auténtico. Ángela era un ser bueno, cándido en el mejor sentido de la palabra. La enorme bofetada que supuso chocarse de bruces con la verdad provocó en ella una especie de catarsis que la condujo a una posición peligrosa, no para ella, sino para quienes tuvieran la intención o tentación de interferir entre sus pensamientos y sus decisiones.

Nunca más iba a pedir perdón por sentir placer, por infinito que este fuera, y mucho menos iba a pagar precio alguno por su felicidad.

Esa catarsis, impregnada ineludiblemente de odio acumulado, consecuencia directa del dolor recibido, situó a Ángela en un estadio difuso y peligroso a caballo entre la paranoia y la psicopatía: por un lado, la desconfianza, la duda constante, el miedo inconsciente y latente, como un arma de protección ante agresiones supuestas o amenazas posibles. Por otro, eso que algunos psicólogos definen como la «autoemancipación», que no es otra cosa que el proceso que determina qué es lo que a uno le hace feliz, qué obstáculos ha de derribar o de cuáles se ha de desembarazar para conseguirlo.

Esa nueva Ángela era la antítesis de la anterior. Y como le suele ocurrir a aquel obrero explotado que una vez situado como jefe acaba siendo aún peor y mayor explotador, Ángela decidió que ya nunca nadie iba a decidir por ella sobre su felicidad. No solo eso, estaba dispuesta a castigar a quien tuviera la osadía de ni siquiera intentarlo.

Sin perder de vista el retrovisor que recoge las imágenes que siempre quedan atrás pero que conviene no olvidar, aquella mujer, fustigada por el ridículo, identificó qué era lo que la iba a satisfacer en la vida. Lo identificó. Lo verbalizó una y cien veces para sus adentros y, simplemente, puso todas las fichas de la partida en aquel número. Y todo ello, sin prisa.

Pasaron los meses. Un viernes por la tarde, abrigada por la placidez del invierno murciano, aquella mujer ataviada con un vestido de escándalo, a bordo de unos taconazos de vértigo, perfumada como se perfumarían los ángeles traviesos y con un escote que invitaba a una prospección sin decoro, Ángela Viña Palacios se personó en el piso de Rafael.

Se escuchaba música y algarabía en su interior. Llamó al timbre mientras pegaba y despegaba sus labios con ayuda del untuoso carmín.

El bombero interino abrió la puerta, mientras girado de espaldas y cubata en mano respondía con un chascarrillo a no sé qué pregunta que le había formulado uno de los muchos amigos que disfrutaban del

alcohol y la música en el interior de la vivienda. Cuando sus caras finalmente se encontraron, la boca del estómago de Fali se tornó un esfínter oclusivo.

—Ángela… Á… Ángela… —balbuceó—, ¡qué sorpresa, Angelita!, ¿qué tal?, ¿qué… tal… estás?

—Pues como una reina, ya me ves —le dijo su examante, mientras movía la mano de izquierda a derecha por delante de su cuerpo lozano como lo haría un torero dando un pase de muleta—. Que nada, que como no me has llamado durante estos meses me he dicho, pues vamos a ver qué hace mi Rafaelito.

Y sonriente y radiante, la menuda Ángela le aguantó, sinuosa, unos segundos la mirada. Rafael Paquera sonreía como para disimular la mueca idiota que se había alojado en su cara, justamente porque no sabía qué cara poner.

Nunca había visto a Ángela así. Nunca hasta entonces había escuchado a Ángela hablar así.

—¿No me vas a dejar entrar? ¿O es que te has echado novia?

—No…, quiero decir sí…, bueno, que no, no tengo novia y que, claro, Ángela, claro que puedes pasar…

Ángela entró en el piso como lo haría Marilyn Monroe en una sala repleta de fotógrafos, contoneándose, notando y haciendo notar el bamboleo de sus pechos a cada paso, con una sonrisa de esas que seduce a los hombres y enfurecen a sus mujeres y con evidentes ganas de no pasar desapercibida. Juan Carlos no estaba en la fiesta, pero Ismael sí, su amigo lampista, con quien también compartió piso y quien lo había acompañado al clandestino viaje a Tailandia.

—Rafael, ¡¿qué coño hace esta tía aquí?! —le dijo el operario de la luz a la oreja con voz de quien no se sabe si está más sorprendido o asustado.

—¡Y yo qué sé, Ismael! Se ha presentado así, sin avisar.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, Isma, nada… Simplemente ha venido y…

—Hola, chicos —interrumpió Ángela desde el otro lado del salón comedor dejando a sus espaldas a diez o doce invitados, bailando bajo los acordes de «In the Navy» de los Village People. Los dos pusieron una incuestionable cara de imbécil—. Qué, no me esperabais, ¿no? Pues justamente por eso he venido —dijo aquella mujer en flor como de carrerilla, risueña, sonrosada, en un registro que su examante y el excompañero de piso no identificaban en boca de Ángela—. Oye, tuvimos nuestras diferencias —dijo la intrusa en tono ligeramente más serio, mirando directamente a Fali—, vosotros actuasteis mal porque me mentisteis y eso no se debe hacer nunca y menos a una tía. Yo tampoco actué bien: fui muy acaparadora y empalagosa contigo,

Rafael. Lo reconozco. Así que, si os parece, hagamos borrón y cuenta nueva. La vida son cuatro días para andar cabreados o de mala leche.

Los dos amigos se miraron sin abrir la boca. Los ojos de Rafael se dirigieron a continuación hacia Ángela, en concreto hacia su escote, y más tarde y sin disimulo hacia la sonrisa que la mujer había instalado en su cara como si se tratase de una invitación.

—Claro, Ángela, ¿por qué no? No miremos hacia atrás. Anda, ven, que te presentaré a mis amigos… —Rafael e Ismael, ya más relajados y con incipiente inquietud en la entrepierna, presentaron jubilosos a la recién llegada como «una amiga nuestra de hace años».

Ángela fue la atracción de la noche y el objeto de deseo de la concurrencia que, para eso, entre otras cosas, había ido. Y ella se dejó mirar y agasajar, incluso se dejó palpar en aquellos acercamientos más o menos torpemente disimulados, propiciados por la reducida y abarrotada pista de baile situada en el comedor del piso, entre el sofá, el televisor y el armario repleto de esas copas que nunca se usan, atornillado en la pared.

Pasaron las horas y se acabó la fiesta cuando se acabó el vino, la ginebra, el whisky y el Bacardí. Los invitados fueron abandonando el piso hasta que llegó un momento en el que Ismael, Rafael y Ángela quedaron allí solos, borrachos, despachurrados en el sofá y riendo por cualquier gilipollada. Fali bebió, pero no todo lo que hubiera podido. Lo vio claro —porque Ángela se lo puso en bandeja— y, con un gesto certero e indubitado, le indicó a Ismael la puerta de salida:

—Chispas —así llamaba a su amigo el lampista—, anda, vete y tómate unos churritos y un café con leche por ahí, que yo aquí tengo para un rato —le dijo un Fali en estado puro.

—Bueno, pues casi que me voy a tomar la última por ahí… —dijo Ismael. Y se las piró tras guiñar el ojo a su amigo y repasar, obsceno, el pequeño y epicúreo cuerpo de la amante reencontrada.

—No, Fali, no —mintió la mujer, mimosa y entre arrumacos—. Es tarde ya, me quiero ir a casa.

—Quédate —dijo él, acariciándole la comisura del escote con el reverso de la mano.

—Rafael…, aquí no. ¿Me puedes acercar? —dijo en lo que más que una pregunta parecía una orden.

Era evidente que aquella noche iba a haber fuegos artificiales, pero era seguro que estos no se iban a desencadenar en aquel piso, que probablemente a Ángela no le traía demasiados buenos recuerdos. Así lo entendió él.

Subieron al coche, Rafael lo puso en marcha, arrancó camino de Totana y, cuando tan solo habían transcurridos cien metros escasos de la ruta prevista, ella le bajó la bragueta y le empezó a chupar el pene.

A pesar del alcohol, Rafael sacaba fuego por los poros de su cuerpo y difícilmente atinaba entre el intermitente a la izquierda o a la derecha.

Fali rememoraba, mientras su ex le succionaba con la determinación de una profesional, los momentos de alta tensión sexual que ambos vivieron, incluidos algunos excesos de frenada que cometió amparado en la obnubilada entrega de aquella mujer.

Tuvo que retirarle el pene de la boca porque la cosa no iba a llegar a tiempo para una fornicación de reencuentro como Dios mandaba. Ella se frotó los labios como quien se relame tras un festín y lo miró como solo miran las prostitutas a los clientes que notan avasallados. Sin decirse nada, pero con el libreto de lo que iba a pasar en la mano, continuaron hasta llegar al piso de soltera de Ángela, al que se podía acceder a través del parking, un sótano de dos plantas que acogía los coches y motos de los inquilinos y propietarios del inmueble y que tenía videovigilancia por cámaras de seguridad.

Subieron al piso y follaron en el pasillo de entrada, en el frío suelo, como dos adolescentes apresurados e hiperhormonados, presas de un ataque de desesperación carnal. Él la mordía y ella se dejaba morder mientras le arañaba la espalda como el arado a la tierra fértil y notaba cómo el pene crecía en el interior de ella a golpe de latido de corazón. Pum, pum, pum, pum. Sudaban, reían, gozaban, chillaba ella, gritaba él.

Rafael no esperó a que ella se corriese para hacerlo. Cayó rendido, suspendiendo su cuerpo y su alma en ese lugar etéreo entre la vida y la muerte más dulce. Abatido. Vaciado. Esta vez Ángela no se abrazó a él agradecida, sino que se levantó diligente, se fue a la cocina y le preparó un gin-tonic como a él le gustaba. Ella se preparó otro, pero con menos hielo. Antonio se incorporó y, sentado sobre el suelo, logró apoyar la espalda en la pared. Bebieron, fumaron, apenas hablaron durante aquellos minutos, mientras se miraban: él a ella como si aquella mujer fuera un maravilloso descubrimiento, y ella a él con una autosuficiencia que delata desprecio.

—Bueno, princesa, me tengo que ir…

—Claro, campeón…, ha sido fantástico.

—Cuando quieras repetirlo, ya sabes…

—Por mí, mañana mismo…

—Mañana no puedo…, tengo retén. Pero el sábado… si quieres, me vengo y nos tomamos una copita, pero esta vez en tu cama, guapa, que no estoy para suelos fríos. —Y rompieron a reír, él más que ella.

Se vistieron y Ángela lo acompañó al parking.

—No hace falta —dijo él.

—Sí, Rafael, bajo contigo, déjame en la calle, me encanta la madrugada y me apetece caminar. Si me meto ahora en la cama no me

duermo ni aunque me lo propusiera.

Subieron al coche, ella activó con el mando a distancia la apertura de la puerta y él se dispuso a arrancar el vehículo. Justo antes de ello, Ángela le sujetó la mano derecha que Fali había situado sobre la palanca de las marchas del coche y le dijo, mirándolo a los ojos y a la entrepierna alternativamente, tras humedecerse los labios con la lengua:

—¿Me dejas ser un poquito mala? —Su mirada era una invitación al pecado…

—Claro. —Y sin que Rafael pudiera dar crédito ni tan siquiera imaginárselo, su amante le bajó la bragueta y se amorró de nuevo a su flácido y todavía caliente pene mientras calculaba el trayecto que la separaba hasta adelantar la cámara de videovigilancia que los estaba filmando. A ojos del dispositivo de grabación, dos horas antes habían entrado en el inmueble dos, transcurrido ese tiempo solo había salido uno.

Salieron del parking y quinientos metros más allá, en una zona solitaria y ajardinada, salpicada de moreras y pinos centenarios, Rafael detuvo el vehículo. Ángela escupió con asco los restos viscosos que bailaban en su boca, desocupó el pubis de Fali y se incorporó.

—Te noto rara, princesa… —Era ella, pero Fali tenía la sensación de que estaba con otra persona.

—Me gustas, cabronazo, me gustas, ¿qué le puedo hacer…?

Rafael tomó aire, turbado pero encumbrado.

—Pues esperarte un par de días, entre el polvazo y los gin-tonics no sirvo para nada. Necesito mi tiempo…

—Sí, pero… yo no.

Ángela se subió la falda y se bajó las bragas hasta las rodillas y le pidió amablemente:

—Rafaelito, cómeme el coño como solo tú sabes.

De alguna forma, Fali sintió como si se lo debiese. Sonrió. Sonrió ella y él se inclinó lo suficiente para incrustar su boca en la vulva de ella. Su lengua buscó el clítoris hasta zarandearlo una y otra vez. Ella parecía disfrutar. Él también. Pero, en realidad, ella no disfrutaba: actuaba. Lo hacía con la nuca desierta de Rafael a escasamente veinte centímetros de su cara. A pesar de la luz crepuscular, Ángela encendió la lamparita que ilumina el asiento del copiloto. Quería tener una nítida visión de lo que acontecía. Él seguía chupando y lamiendo generoso y ella gemía lágrimas de cocodrilo cuando él levantaba la cara para mirarla. Con la mano derecha situada en la coronilla de él, Ángela lo acompañaba en los vaivenes. Con la izquierda sacó de su bolso una aguja hipodérmica de las que utilizan para vacunar a los caballos y, en gesto fulminante y certero, se la hincó entre la segunda

y la tercera vértebra.

Rafael se agarrotó como las manos de un anciano con artrosis. Su cuerpo sufrió un latigazo eléctrico definitivo. Sus músculos y sus órganos se desenchufaron del cerebro y al cabo de dos o tres segundos cayó desparramado sobre ella, desparramado como los toros tras la puntilla.

Después de mirar a ambos lados y por el retrovisor para asegurarse de que el paraje a aquellas horas de la madrugada continuaba solitario, se quitó de encima el cuerpo inerte y colocó el cadáver de Fali en el asiento del piloto, frente al volante. Lo roció con los restos de una botella de ginebra que llevaba en el bolso y que después dejó tirada en el asiento de atrás. Todo a mil por hora, porque solo disponía de ochenta o noventa segundos para que su plan de fingir la muerte accidental del tipo que meses atrás la estafó y la humilló cuajase. Accionó la llave de contacto, empujó el propio cuerpo de Fali sobre el acelerador, saltó del vehículo y este arrancó con las revoluciones a cinco mil hasta que se estampó, veinte metros después, contra uno de aquellos árboles. Esos ochenta segundos, después de su muerte, eran el margen que ella tenía para actuar y para que los forenses, llegado el momento, no detectasen que Fali había muerto con anterioridad al accidente. Transcurrido ese tiempo, el torrente sanguíneo desaparece y los tejidos pierden oxigenación. En consecuencia, el cadáver se torna una fuente de información delatadora.

Fali había muerto tras salirse de la carretera, borracho. Así lo dictaminarían los médicos, tras una autopsia que no iba a detectar, entre la amalgama de golpes y heridas sufridas en la colisión, ese diminuto hematoma que el pinchazo asesino provocó en la nuca del bombero.

A ella la interrogarían y ella, compungida, explicaría que sí, que efectivamente pasaron la noche de fiesta. Primero en casa de él. Luego en casa de ella. Y que, de madrugada, Rafael Paquera salió solo del inmueble al volante de su coche y ella quedó rendida y adormecida en la habitación.

Ángela regresó a su casa, caminando tranquilamente sin que nada, ni nadie la detectase. Sonreía por el efecto de los neurotransmisores embriagados del placer del poder que circulaba desaforado por su cuerpo y su mente como la heroína reparadora lo hace por las venas del toxicómano después del mono.

Ya en su casa, abrió un tercio de cerveza helada y, cuando se lo fue a llevar a la boca, se percató de que la luz del comedor se había fundido. La miró primero. Sonrió después. Apuró un largo y reconfortante trago, apretó los labios, cerró los ojos, levantó la barbilla como si se tratase de visualizar mentalmente una fotografía y

pensó: «Me parece que voy a llamar a un lampista…».

4

SENTIMIENTOS DE UN INOCENTE EN PRISIÓN

Sandro Rosell estuvo dos años en prisión preventiva por un delito que no cometió. ¿Quién se los va a devolver?

Carlos Quílez

Pasé casi dos años de mi vida en prisión, de manera injusta, víctima de la corrupción de las cloacas del Estado, pero para este escrito esto no importa, o quizá sí. Cuando me preguntan si cambiaron mis sentimientos cuando entré en prisión, la respuesta es rotundamente sí. Lo que no tengo tan claro es si el cambio de sentimientos hubiera sido distinto si mi prisión hubiera sido justa. Por ejemplo, el sentimiento de rabia interna que tenía a diario, pensando que gente mala del sistema estaba dispuesta a corromperse para poner gente inocente en la cárcel, aprovechándose del peor de los delitos que se puede cometer, que es el abuso de poder. Seguramente, y a modo de ejemplo, ese sentimiento no lo hubiera desarrollado si mi prisión hubiera sido justa por algún delito cierto y consciente por mi parte.

No fueron injustos solo conmigo, sino también con mi amigo Joan Besolí, incluso diría que con él aún lo fueron más. Si yo no había hecho nada de lo que me acusaban, Joan menos, pero para que fuera creíble mi persecución necesitaban involucrarle a él. Cuento esto porque quince días antes de nuestra detención, el hijo de Joan, Genís, tuvo un accidente de tractor que le dejó paralítico del tren inferior. Genís estaba ingresado en el hospital Vall d'Hebron de Barcelona y estoy muy seguro de que este accidente a Joan aún le afectó más en su cambio de sentimientos, pues no solo entraba en prisión de manera injusta, algo inimaginable para él y para mí, sino que, además, dejaba solo, con su madre, a su hijo postrado en una cama del hospital sin poder estar con él en los momentos que más necesitaba del calor paterno.

Diría que los sentimientos seguramente los tenemos desde que

nacemos y nos formamos, pero en la cárcel afloran o despiertan aquellos sentimientos que estaban aletargados. Creo que aparecen algunos que no tenías controlados y los que sí conocías de ti mismo se vuelven más agudos, más fuertes, en ambos sentidos, para lo bueno y para lo malo.

Allí, en función del día, de las noticias que llegaban del exterior, de las relaciones humanas internas, te vuelves más solidario, espiritual y paciente por un lado; pero a la vez, y en función de la luna de aquel día, estás más individualista, pierdes la fe y la paciencia. Todo se magnífica. Lo bueno y lo malo.

Uno de los episodios que más nos afectaron a Joan y a mí se refiere a la relación que tuvimos con un interno al que le cogimos mucho afecto.

Él estaba en otro módulo, pero nos encontrábamos en el gimnasio central en algunas actividades deportivas donde se mezclaban distintos módulos. Nos veíamos entre semana alguna vez, pero sobre todo los fines de semana, todos los sábados y todos los domingos. Yo me fijé en él porque jugaba muy bien al fútbol y ayudaba a dar clases a internos con algún tipo de problema psicológico. Eran los internos que estaban en enfermería, que también tenían sus horas de gimnasio los domingos. Al cabo de unos días nos pusimos a hablar con él, y a pesar de ser más joven que nosotros nos gustó su conversación. Con Joan, intentábamos andar cada día un mínimo de diez kilómetros para mantenernos en forma, y cumplir con la máxima de *anima sana in corpore sano*. A los días le invitamos a acompañarnos a andar con nosotros. Dábamos una media de ochenta vueltas a la piscina, pues habíamos calculado que cada vuelta eran unos ciento veinticinco metros. Él enseguida aceptó y se unió al grupo, si es que tres individuos se pueden considerar grupo.

Con el tiempo, le fuimos cogiendo mucho cariño, y nos gustaba estar con él. Cuando podía, él nos traía crema Fisiocrem para las lesiones musculares. No sabemos cómo la conseguía, pues en principio no se podían tener cremas de este tipo en la celda, pero a nosotros nos iba muy bien para ir esquivando las lesiones musculares que por motivos de la relación esfuerzo vs. edad iban apareciendo de vez en cuando.

En la cárcel no preguntas a otro interno: ¿qué has hecho? o ¿por qué estás aquí?, a no ser que empieces a tener una relación más íntima y profunda con esa persona. Fue nuestro caso. Él ya era un amigo, y un día, en uno de los miles de vueltas que dábamos, hicimos la pregunta del porqué estaba allí.

Nos contó que, en un ataque de ira, por motivos personales suyos que no explicaré, ni diré su nombre por razones obvias de privacidad, mató a la que era su mujer en ese momento. Nos contó que tenía una

pena de veinte años de cárcel, lo máximo que te podía caer en aquel momento, de los cuales ya había cumplido doce. Era un superveterano entre los internos y por eso todo el mundo le conocía. Joan y yo nos quedamos de piedra. ¡Nos habíamos hecho amigos de una persona que había matado a su pareja! Y le teníamos mucho aprecio. Aquel día, cuando volvimos a la celda, Joan y yo estábamos contrariados con la moral, las normas, incluso la religión que habíamos aprendido en casa y nuestro sentimiento de afecto hacia esa persona. Matar está mal, muy mal, no se justifica, con nadie, pero él era nuestro nuevo amigo. Aún hoy, tanto Joan como yo, llevamos esa pelea entre nuestras cabezas y nuestro corazón por los sentimientos que nos despertó nuestro amigo y por cómo interiorizarlos sin sentirte cómplice de un horror. Son las secuelas de la cárcel.

SANDRO ROSELL

5

SALVADOR PUIG ANTICH, CRIMEN DE ESTADO

Nunca se sabrá toda la verdad. Nunca habrá justicia. Fue un crimen de Estado, de Estado fascista. Salvador, siempre en nuestra memoria.

Magda Oranich, abogada

En 2024 se cumple el 50 aniversario del asesinato del activista anarquista Salvador Puig Antich (1948-1974), alias *el Metge*, a manos de la Justicia franquista en un juicio sin garantías procesales, amañado, sin la preceptiva luz pero con un teledirigido taquígrafo.

De aquella vista pantomímica solo quedan vestigios inconcretos en el no menos pantomímico aunque voluminoso sumario. Sin embargo, esas trazas de corrupción, falsedad y prevaricación resultan más delatadoras, más reveladoras, si cabe, en los atestados de la Brigada Político-Social que obran en poder de quien suscribe este libro, que, como digo, nutren el sumario y en su día alimentaron el discurso incriminatorio y lapidario de un fiscal militar sin escrúpulos y de un tribunal ávido de carnaza.

El garrote vil acabó con la vida de Salvador sin que al régimen le temblara el pulso y ante la desesperación e indefensión de sus amigos, abogados y familiares.

Este capítulo denuncia lo ocurrido. Sí, llueve sobre mojado, pero el que usted lector/a tiene en sus manos es un relato-denuncia construido con información novedosa, quién sabe si suficiente para propiciar la reapertura de un sumario hasta ahora cerrado y sellado por el aparato judicial franquista y no enmendado a posteriori por la llamada «justicia democrática».

Esta es la historia de unos hechos para la vergüenza:

A las 18 horas del 25 de septiembre de 1973, la Brigada Político-Social de la Jefatura Superior de Policía había preparado una trampa para «cazar» a la célula operativa del Movimiento Ibérico de Liberación (M.I.L.), un grupo armado anarquista.

Los policías habían detenido al joven militante Santiago Soler

Amigó, alias *Petit*, a quien habían conminado a hacer de señuelo para detener al activista del M.I.L., Javier Garriga Paituví. La cita entre ambos se tenía que llevar a cabo en las inmediaciones del número 70 de la calle Girona de Barcelona. Todo estaba preparado para la encerrona, pero, para sorpresa, allí también compareció otro militante: Salvador Puig Antich. Cuando se produjo el encuentro, los policías saltaron sin contemplaciones sobre aquellos dos militantes anarquistas sospechosos de haber cometido diversos delitos compatibles con la sedición, además de numerosos atracos a entidades bancarias.

Durante la detención, entre gritos y golpes y desconcierto, una bala perdida, varias, impactaron en un agente policial que moriría minutos después. Los insurrectos fueron detenidos.

La versión de Puig Antich en Jefatura

En el folio número 4 de la declaración de Puig Antich ante los agentes de la Brigada Político-Social de la Jefatura Superior de Policía, este manifiesta:

> Que el día 25 de los corrientes acudió sobre las seis de la tarde, al cruce de la calle Gerona y Consejo de Ciento, lugar donde tenía concertada una entrevista con «El secretario» [en referencia a su correligionario y amigo Javier Garriga Paituví] y con «El petit» [otro activista de nombre Santi]. Cuando estaban los tres juntos se acerca la policía y les dicen que estén quietos.
>
> Que se identifica y que intenta escaparse. Cae al suelo, lo levantan, le echan contra la pared, le golpean en la cabeza. Le introducen dentro de una portería, no recordando si entró también «El secretario», pero sí puede acordarse de que «El petit» estaba fuera. Le quitan el seis treinta y cinco que llevaba, le intentan esposar, con cinturón porque no llevaban manillas, intenta escaparse otra vez, le cogen y queda sujeto por dos policías, entonces saca la pistola que llevaba en el costado izquierdo metida en el pantalón con la culata hacia adelante.
>
> Que en el forcejeo quita el seguro y supone que disparó, quiere aclarar, sabe que disparó, pero no recuerda hacia dónde pero que no quería disparar a matar.

Conviene situar en el contexto de la lúgubre y macabra comisaría de la Jefatura Superior el « pánico escénico » en el que se llevó a cabo dicho interrogatorio. Policía formada por los cuadros de mando de la represión franquista, con el dictador vivo y con el pulso suficiente

para firmar penas de muerte y condecoraciones a los verdaderos « niños bonitos » de la extinta Policía armada, que no eran otros que los componentes de la Brigada Político-Social.

La versión del fiscal

El fiscal jurídico militar, en su escrito provisional, da su versión de lo ocurrido:

> … Tras el contacto… procedieron a su detención. A lo que ofrecieron los citados individuos [Puig Antich y Garriga Paituví] gran resistencia, logrando los funcionarios introducirlos en el portal de la casa número 70 de la calle Gerona y arrebatar a Salvador Puig Antich la pistola Kommer que llevaba sujeta a la cintura en su parte izquierda, siendo golpeado por una de las culatas de las pistolas de la policía, lo que determinó que cayera al suelo, en cuyo momento, sorprendiendo a sus aprehensores que le impedían ya completamente la huida, el procesado Puig Antich, poniendo en práctica los postulados de extrema violencia de la organización a la que pertenece, sacó la otra pistola Astra del 9 largo que llevaba y disparó a muy corta distancia contra el subinspector de primera clase Francisco Angüas Barragán que frente a él se encontraba, siguiendo los proyectiles una dirección de abajo arriba, alcanzando tres de ellos al citado subinspector (…). El agresor fue reducido en el acto, resultando herido por dos disparos que efectuó la policía, y fue conducido también al Hospital Clínico.

Investigación veloz, juicio rápido y condena

Tres meses y diez días después, el Estado Mayor de la Capitanía General dictaba la orden de constitución del consejo de guerra contra Puig Antich. El presidente del tribunal sería el coronel de Ingenieros, Carlos González de Pablos.

La Justicia civil se inhibió del caso a favor de la Justicia militar. Se nombró fiscal coordinador de la causa a Alejandro del Toro. La Fiscalía calificó los hechos de asesinato, y el tribunal hizo suyos esos argumentos.

A las 9:40 horas del día 2 de marzo de 1974, Salvador Puig Antich fue ejecutado en la cárcel Modelo de Barcelona.

El verdugo

La muerte de Salvador Puig Antich costó once mil pesetas. Antonio López Guerra, funcionario «en servicio ejecutor judicial» de la Audiencia Territorial de Madrid, cobró «11 mil pesetas que corresponden, 8.000 al cumplimiento de la ejecución de Salvador Puig Antich, y 3.000 en concepto de seis días de dietas a razón de 500 pesetas día para el traslado del ejecutor de Badajoz a Barcelona y regreso».

Tal y como consta en los archivos reservados de la causa a los que he tenido acceso, «la caja de Capitanía General del Ejército en Cataluña le pagó estos honorarios pocos minutos después de la ejecución».

El secretario de la «causa ordinaria número 106-4-73 seguida contra el paisano Salvador Puig Antich por delito de actividades subversivas y de terrorismo de la que es juez instructor el Teniente Coronel de Artillería, Nemesio Álvarez Álvarez», quien certificó el pago del salario al verdugo en un documento acreditativo datado un día después de la ejecución y en el que se hace constar que, «una vez cumplido su trabajo», el verdugo regresó a Badajoz para ponerse a disposición, nuevamente, de la Audiencia de Madrid.

La ejecución de Salvador Puig Antich se llevó a cabo a las 9:40 del día 2 de marzo de 1974. Ese día, como en los precedentes mientras se llevó a cabo el consejo de guerra, agentes de la Brigada Político-Social de la Jefatura Superior de Policía desplegaron un amplio dispositivo en los aledaños del palacio de capitanía, donde se celebraba la vista.

Siguiendo las órdenes del jefe de la brigada se procedió a identificar, y en su caso a interrogar, a todas aquellas personas que, por uno u otro motivo, resultaron sospechosas para la Policía armada.

Pero volvamos a la detención:

Las fuerzas de seguridad y los servicios de inteligencia que operaban en los últimos años de la dictadura franquista acumularon decenas de informes relativos a las circunstancias que rodearon la detención, la investigación, el juicio y la ejecución del joven anarquista catalán, Salvador Puig Antich.

Algunos de estos documentos, lejos de ser aparentemente incriminatorios, plantean dudas sobre los hechos investigados y sobre el grado de participación y autoría de Puig Antich en la muerte del subinspector de policía Francisco Angüas Barragán el 25 de septiembre de 1973.

Juicio sin garantías

Los archivos policiales, a los que he tenido acceso, plantean dudas más que razonables sobre las garantías procesales de la investigación y

del juicio que se siguió contra Puig Antich, que tras ser condenado a pena capital fue posteriormente ejecutado.

Uno de esos informes que manejaron los propios servicios policiales de inteligencia, adscritos a la Jefatura Superior de Policía y a la Justicia militar, enumeran toda una serie de posibles irregularidades en el proceso judicial seguido contra el anarquista catalán.

Irregularidades detectadas

En uno de esos documentos, que aparece bajo el título de «Informe técnico jurídico sobre los puntos irregulares más relevantes de la causa militar ordinaria 106/IV/73», los servicios de inteligencia hacen un listado de irregularidades tanto «sumariales», es decir, durante la tramitación de la causa, como «en el plenario».

En el punto A.4 de este informe, y bajo el enunciado de «Denegación a la defensa de las pruebas», se constata que se habría producido una vulneración del derecho de defensa al no aceptar las pruebas de Puig Antich sobre la declaración en la vista de los doctores Pedro Munné Más, Ramón Barjau Viñals y Joaquín Latorre Martí:[1] «los tres médicos que por estar de guardia el día 25-09-74 vieron el cadáver del policía muerto y podían dictaminar bajo juramento si los disparos que tenía eran 5 (en su opinión) o 3 (tal y como recoge la autopsia)». El tribunal no aceptó su comparecencia, porque «eso retrasaría el proceso».

Ese informe también constata que se negó a la defensa de Puig Antich una prueba procedente casi indispensable si el juicio hubiera recogido las garantías preceptivas en cualquier Estado de derecho (no era el caso de España): «El informe pericial balístico de las distancias y trayectorias de los posibles tiradores».

Pruebas denegadas en el proceso

En el apartado 6 del punto A, y bajo el epígrafe de «Denegación de la prueba», se explica en el informe que «dos inspectores de policía, entre ellos D. Julián Gil [entonces jefe de la Brigada Político-Social de Barcelona], entraron en el locutorio de abogados de la cárcel Modelo y coaccionaron a Salvador Puig Antich».

En el punto 2.º del apartado E, se puede leer que «la sentencia olvidó anotar los culatazos que sufrió Puig Antich durante su detención».

Los informes policiales y sumariales inéditos siembran serias dudas sobre el proceder tanto de policías como de jueces y fiscales. Por

ejemplo, uno de los documentos corresponde con el radio que pocos minutos después de la muerte del policía Angüas Barragán emitió la Jefatura Superior a todas las unidades tanto de la policía como de la Guardia Civil y de la Capitanía Militar.

El documento, bajo el epígrafe «[Asunto:] asesinato de un policía gubernativo», decía así:

> Aproximadamente a las 19 horas del día de hoy un grupo de funcionarios de la brigada social en número de seis se hallaba apostado en los alrededores de la calle Gerona, número 70, esperando la presencia de un miembro del Grupo MIL —Movimiento Ibérico de Liberación—. Al aproximarse este último, se acercó para proceder a su detención.
>
> Uno de dichos individuos sacó un arma de fuego y disparó sobre uno de los inspectores, alcanzándole con cuatro disparos que le produjeron la muerte casi instantánea. Al intentar huir, el agresor fue herido y detenido, así como su compañero.
>
> El inspector fallecido es D. Francisco Angüas Barragán. El autor de los disparos es Francisco Javier Garriga Paytuví y el otro detenido es Salvador Puig Antich.

Ese documento, quizá redactado con la urgencia y la tensión del momento, arroja dos elementos llamativos: hablan de cuatro disparos (no tres, como decía la autopsia), tampoco de cinco (como declararon en primera instancia tres médicos del Hospital Clínic). Y, por otro lado, sitúan a Garriga Paituví como el autor de los disparos y no a Puig Antich, quien acabó pagando por ello con la pena capital.

Proceso ilegal

En relación con las pruebas balísticas (o, mejor dicho, con la denegación), un informe que consta en el expediente policial de Puig Antich y que, aunque no tiene sello oficial, parece estar elaborado por los policías que analizaron el proceso judicial, expone literalmente las dudas sobre la legalidad del sumario y habla de zonas oscuras:

> Lo más oscuro del juicio es el peritaje balístico. La pistola de Puig —un nueve largo— expulsa el casquillo tras el disparo. Puig declara haber disparado dos veces, tres a lo máximo, pero se hallan cuatro casquillos. Una bala se estrelló en la pared y el certificado de la autopsia dice que tres balas atravesaron al policía (saliendo incluso). Pero estas balas [reconoce ese escrito] no han sido halladas. Los médicos de guardia y las enfermeras del Clínico testimoniaron que en el cuerpo del

policía había cinco impactos, pero esta prueba ha sido denegada.

Este informe, sin firma ni fecha, pero que consta en el expediente reservado policial sobre la ejecución de Salvador, hace referencia expresamente a la controvertida autopsia: no se hizo. La autopsia que aparece en el sumario se realizó, según consta, en la comisaría del distrito de Universitat. «El lugar no parece el más adecuado. La denegación de todas estas pruebas en un juicio en el que se pide una pena de muerte no parece serio», atestigua el mismo documento.

Todos estos documentos y el contenido de diversas entrevistas que he mantenido con los abogados que, en el año 1974, asistieron y defendieron al joven anarquista aportan una información inequívoca: a Salvador Puig Antich se le juzgó y condenó de forma injusta y cruel.

Hasta en tres ocasiones, hasta el momento, la justicia actual se ha negado a reabrir este caso. La última de ellas, en agosto de 2020. La sección décima de la Audiencia Provincial de Barcelona archivó la querella que el Ayuntamiento de Barcelona y las hermanas de Salvador Puig Antich presentaron contra un juez que participó en el consejo de guerra que sentenció al joven anarquista en 1974.

En su auto, que es firme, la Audiencia Provincial argumentó que el delito invocado en la querella, el de lesa humanidad, aunque no prescribe, «no puede aplicarse en España a hechos ocurridos antes de 1977», cuando el país se adhirió al Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, y recuerda que la ley de Amnistía aprobada ese año impide investigar violaciones de derechos humanos ocurridas anteriormente.

La sección décima de la Audiencia sostuvo que, aunque esa ley de Amnistía «hoy no cumpliría los parámetros» que se exigen para garantizar los derechos de todos, fue aprobada por un Parlamento democrático «y ha sido reafirmada en dos ocasiones por el Congreso de los Diputados, la última apenas hace dos años».

Por ese motivo, recuerda que es «tarea del legislativo» y no del Poder judicial derogarla si así se considera oportuno, dado que, «mientras la misma siga estando vigente, los tribunales no pueden dejar de aplicarla».

Lo mismo ocurre, de acuerdo con la Audiencia, con el delito de lesa humanidad, que pese a formar parte del Derecho Internacional y estar incluido en la Declaración Universal de Derechos Humanos, no puede aplicarse en el caso presente porque para ello sería necesaria «la transposición al derecho interno».

De este modo, concluye la sala, si el ordenamiento español contiene una «prohibición de irretroactividad de la norma penal» y en el momento de los hechos no existía el delito de lesa humanidad, «la

consecuencia es que no puede aplicarse a los hechos objeto de la querella».

En resumen, en el fondo y en la forma, los jueces siempre encuentran argumentos para decantar y para «vestir» sus decisiones contrarias a desempolvar este caso que rezuma injusticia por los cuatro costados.

Las cartas de la muerte

Salvador Puig Antich fue ejecutado a las 9:40 de la mañana del día 2 de marzo de 1974. Horas antes, escribió desde su celda en la cárcel Modelo tres estremecedoras cartas a quien entonces era su mejor amiga, Margalida, a su hermano Quim y a sus padres. En las tres misivas los animaba ante el fatal desenlace en ciernes. En las tres se despedía con un «salud y anarquía».

En las tres cartas, Puig Antich demuestra una extraordinaria entereza, y la solidez y sobriedad de sus argumentos:

Por ejemplo, en la carta que dirige a Marga (Margalida), concluye con un «Ánimo, chiquita, será un golpe fuerte para ti, pero no dudo que poco a poco te irás afirmando como persona».

La siguiente carta tiene por destinatarios a los miembros de la familia Antich-Segura: «Aceptar la responsabilidad es a veces bastante duro, pero en estos momentos sois vosotros los que tenéis que soportar una situación violenta que, sin vosotros querer, os ha venido dada. Hablar ahora me es muy difícil, solo deciros que os quiero, y animaros».

Por último, la tercera de las cartas va dirigida a su hermano Quim, quien se encontraba en Nueva York, donde ejercía de psiquiatra: «Yo he roto con todo, y acepto mis responsabilidades. Sangre que se derramará, pero no inútilmente. Bien, muchacho, todo lo que posiblemente podría decirte va en el interior de estas líneas y en la tristeza del viento. Te quiero».

Las tres misivas fueron interceptadas por la Policía horas antes de la ejecución del anarquista catalán.

Han transcurrido muchos años. El recuerdo de este joven, sin embargo, pervive a pesar del ninguneo casi despectivo de las actuales estructuras judiciales, impávidas e insensibles ante unas denuncias que no solo pretenden apuntar con el código penal a los culpables de aquella cruel y prevaricadora investigación y posterior sentencia, sino que, además, buscan resarcir el honor y recuperar la memoria de un joven soñador que, pistola en mano, se creyó capaz de transformar un mundo que giraba y gira en dirección contraria a la suya.

6

EL ATRACADOR DEL CHÁNDAL: «NO FUI YO, FUE LA DROGA»

Jesús Contreras Porcel, conocido como «el atracador del chándal», ha asaltado más de cuarenta entidades bancarias a lo largo de su vida. La mitad de ella la ha pasado en la cárcel. Ahora, ya en libertad, pide una segunda oportunidad.

Carlos Quílez

Soy Jesús Contreras Porcel, tengo cuarenta y nueve años y nací en el Hospitalet del Llobregat (Barcelona). La verdad es que provengo de una familia más o menos bien posicionada, puesto que mi madre tenía dos supermercados y mi padre era encargado de una tienda de Telefónica. Recuerdo que cuando era pequeño nunca faltó de nada en mi casa, las cosas nos iban bien. Pero todo se truncó en el instante que falleció mi madre. Yo tenía por entonces trece años y su pérdida me afectó mucho. Muchísimo, diría yo. Tanto que me rebelé contra el mundo.

Mi madre era la persona a la que más quería. A su lado siempre tuve la sensación de que no me faltaba de nada, pero cuando ella falleció me pareció haberlo perdido todo. Fue entonces cuando empecé con las malas amistades, los porros y los primeros pequeños robos. Robaba para tener algo de dinero, pero a diferencia de cuando mi madre vivía, ahora me tocaba ganármelo a mí solito.

Con catorce años robé en el banco de debajo de mi casa y entré en el puto mundo de las drogas. Un mundo en el que es muy fácil entrar y excesivamente difícil salir…, casi imposible. Solo era un niño. Pero en esos tiempos conocí a una niña inocente, todo lo contrario de lo que era yo. Y el destino, que se puso por una puta vez de mi lado, hizo que estuviéramos juntos. A día de hoy sigue siendo lo que yo más he querido y quiero: mi vida, mi amor, mi mujer… Mercedes. Yo creo que, desde el cielo, me la mandó mi madre para que fuera mi mujer.

Era la mujer de mis sueños, para mí, lo tenía todo. Cualquiera en su sano juicio se habría vuelto loco por ella, pero yo tuve la suerte de

conocerla. Sentí que debía tener dinero para impresionarla, ella, sin embargo, no quería dinero sucio y empezó a trabajar con quince años. Yo la dejaba cada día en su portal y cuando me separaba de ella me transformaba: empecé a consumir drogas más duras, en especial cocaína —lo que para mí supuso una auténtica maldición—, y empecé fuerte a atracar bancos. Atracar bancos era adictivo, pues conseguías dinero rápido. No era fácil, pero se convirtió en mi segunda adicción.

Por entonces yo era muy conocido en el Hospitalet, me había ganado el respeto de aquellos a los que conocí de más pequeño y llenaba a Mercedes de regalos. Obviamente, le mentía sobre el origen de mi «fortuna», puesto que constantemente se preguntaba de dónde podía sacar tanto dinero alguien tan joven como yo.

Mercedes no había abierto aún los ojos y solo sabía lo que la gente decía de mí: que era un atracador de bancos. Yo, en un principio, no se lo reconocí, no lo hice hasta más tarde. Me había enganchado a ello. Dejé los robos más pequeños y me fui a por grandes fortunas. El detonante fue la que sigue siendo mi película favorita hoy en día, *El precio del poder*, de Al Pacino. Yo quería parecerme a él: mucho oro, mucho dinero, buenos trajes, relojes de lujo… Yo lo quería todo, lo podía tener todo y la gente me respetaba. Me sentía el puto amo.

Pero las mentiras tienen las piernas muy cortas…, yo todavía vivía con mi padre cuando me trincaron por muchos atracos y pisé la cárcel por primera vez de muy joven, con tan solo diecisiete años. Ahí me di cuenta de que podía perder al amor de mi vida, pero como era menor estuve poco tiempo entre rejas. Al salir, Mercedes se quedó embaraza… pero lo perdimos. Perdimos a nuestro bebé. Eso fue un segundo golpe muy duro para mí y me rebelé todavía más. Al final le conté toda la verdad a Mercedes y aun así ella decidió querer estar conmigo. Ella es mi diosa, junto con mi hijo, Kevin, son lo mejor que tengo. Hoy por hoy, mi hijo es un buen hombre, muy culto, no como yo.

Estamos finalizando este 2020 y, si todo va bien, saldré en libertad el 14 de abril de 2021. Al igual que mi hermano, que prevé salir el 30 de marzo de 2021, después de cuarenta años en prisión. Con mi libertad daré por finalizada esta casi media vida en prisión. En prisión tienes mucho tiempo para pararte a pensar en la nueva vida que quieres fuera y, en mi caso, estoy muy arrepentido de la maldita vida que he dejado atrás. Ahora solo toca pensar en mi futuro, en cómo será cuando salga más allá de estos muros.

Todo dependerá de mí, y si lo pienso bien no me compensa para nada todo lo que he pasado. Quiero empezar de nuevo y tengo claro lo que quiero: estar con mi mujer y mi hijo. Ser el Jesús que fui en un pasado, libre de drogas, no depender de nada…, creo que cualquier dependencia es mala y por eso quiero tomarme el lujo de enviarles un

mensaje a la juventud de hoy en día, y es que nunca se dejen influenciar por nadie y que el dinero no lo es todo en esta vida. Yo hubo un momento que pensé que sí, pero todos estos años perdidos ya no los podré recuperar jamás.

Queda claro que «quien la hace, la paga», tarde o temprano. Yo, gracias a Dios, ahora estoy sano y tengo el apoyo de mis seres queridos. Y con eso me basta. Me he dado cuenta de que he sido muy estúpido, pues todo lo que quería y necesitaba ya lo tenía conmigo. Por eso quiero y me tomo la molestia de poder insistir: en que las drogas te destrozan la vida. Primero, como si de una pareja se tratase, tonteas con ellas; luego, como te hace sentir bien, empiezas a aumentar las dosis y alternas rayas con porros, porros con rallas… hasta que pasas a depender de esa mierda.

Cuando ya no concibes tu día a día sin consumir, te cambia totalmente la personalidad: te vuelves egoísta, te separas de tus seres queridos, les mientes, les robas, haces todo lo posible para conseguir dinero. Pierdes, además, todo el apetito sexual y eso provoca que, encima, tu pareja crea que ya no la quieres… o que estás viéndote con otras. La droga no tiene amigos, todos son por interés. Doy gracias a mi mujer que lucha a diario por mí, a quien le debo la vida, porque me salvó de la muerte y a quien espero demostrarle que podemos ser una familia normal, porque ella también se cansa siempre de la misma historia. Y es normal.

Ahora toca ser felices, los tres. Tengo el último ultimátum y no quiero fallarle. Estoy limpio de mis delitos, he pagado mi deuda. Necesito ver a mi Mercedes, que esté orgullosa de mí. Sé que cuando salga de aquí me controlará de cerca, pero sé que lo hace porque me quiere y lo demuestra día a día. Ella es como la lotería, la ilusión de todos mis días. La amo y la amaré siempre hasta el final de mis días.

Jóvenes, de corazón os digo: coged una balanza y valorad qué es lo que queréis hacer en la vida y no lo dejéis escapar. La vida son cuatro días y solo vivimos una vez. En la actualidad tenemos muchísima información y, al final, todo depende de uno mismo. Qué tomamos y qué dejamos. Y si te sientes perdido no dudes en ir al psicólogo, no te sobrecargues la mochila que llevas en la espalda. Si yo en los años noventa hubiese tenido toda la información de la que disponemos ahora, de bien seguro que no estaría en prisión. La droga me jodió la vida, jugué con fuego y me quemé.

Y ahora escribo estas palabras, llorando, en una celda de escasos metros a la espera de mi ansiada libertad. Vive y deja vivir, ya fui en su día la desesperación de mi familia, pero ahora estoy, por fin, con mis cinco sentidos activos y veo la vida de otra manera. Yo ya fui condenado por jueces, no quiero que ahora me condene también la sociedad. Solo quiero ser feliz. Por eso quiero pedir perdón a los que

algún día pude herir: no era yo, era la droga. Por eso os pido que me escuchéis y no cometáis los mismos errores que yo.

Aparte de mi mujer, también quiero agradecerle al periodista Carlos Quílez todo lo que está haciendo por mí. Carlos es mi amigo. E insisto en que no quiero que se me condene socialmente, porque para alguien como yo será entonces muy difícil encontrar trabajo. Y aún más, trabajo de cocinero, con lo que realmente me identifico. No quiero que únicamente se fijen en que acabo de salir de prisión. Pido que no se me juzgue por mis delitos ya saldados y que se tenga en cuenta que salgo desnudo con una mano delante y otra detrás. De nuevo, pido perdón a todo aquel que en su día hice daño. Mi lema ya es: vive y deja vivir.

Ahora mismo prefiero estar sin dinero, pero estar con mi mujer y con mi hijo. Quiero pasear por la calle con la cabeza bien alta, puesto que no debo, ni tengo, miedo de nadie. Ni de la Policía ni de nada, porque estoy limpio. Quiero ir al cine…, parecerá una tontería, pero llevo más de veinte años sin ir al cine con mi mujer. Quiero salir y estar siempre juntos. Ir a la bolera, de paseo, unas risas, y lo más importante para mí: desvincularme de las malas compañías que tenía e intentar hacer nuevas amistades, más sanas. De este modo no tendré tentaciones que me hagan recordar mis dolores de cabeza, aunque sé bien que algún día tendré que enfrentarme a mi pasado.

Quiero no sentir nada cuando la luz roja se encienda y me den paso a una sucursal bancaria. Tampoco quiero sentir nada cuando vaya al bar del barrio o al parque donde nos reuníamos con los chavales y los camellos. Si otros han podido, ¿por qué yo no? Con mucha fuerza de voluntad y confiando en mí mismo, estoy seguro de que esta es la buena. Es lo que me toca ahora, privarme de muchas cosas que antes tenía, pero con el cariño de mi familia y ganándomelo con el sudor de mi frente, como cuando trabajaba de cocinero, lo podré volver a tener. De verdad que tengo la autoestima bastante bien a día de hoy y espero que así continúe para el resto de vida que me queda.

Si supierais lo mucho que las drogas cambian a una persona… pero desde que he salido de permiso que he comprendido que no puedo vivir por encima de mis posibilidades y aguantaremos con el poco dinero que tenga. Ahora me toca ganármelo a mí mismo. Yo pensaba que lo tendría todo perdido, pero veo la luz, señores lectores. Y en estos momentos tan duros que se aproximan con mi libertad, después de más de ciento cincuenta juicios, puedo decir que esta vez salgo limpio del todo. Ya puedo respirar tranquilo y asegurar que el atracador del chándal se ha acabado. Ahora me gustaría poder ser un buen chef. Estoy loco por volverme a poner al frente de unos fogones. Lo primero que haré será celebrar mi libertad con los míos y les haré

mis mejores platos. Amo la cocina.

Espero, de todo corazón, que la juventud de hoy en día comprenda que el dinero se lo tiene que ganar uno honradamente y no vivir por encima de las posibilidades de cada uno. Quiero ser un trabajador como Dios manda y que si no puedo comprarme unas bambas de doscientos euros, pues me compraré unas de cincuenta. Olvidar el qué dirán y darle a cada cosa la importancia que merece. Lo que más deseo ahora es que me llamen y me digan: «Jesús Contreras Porcel, firme su libertad»; coger la foto de mi mujer y de mi hijo y reunirme con ellos definitivamente.

Lo peor ya ha pasado, pronto volveré a reunirme con ellos. Cuando entras en prisión, los días antes de salir son los momentos más duros para cualquier preso del mundo, os lo digo por experiencia. Y así me encuentro, a escasos días de saborear mi ansiada libertad y reunirme con los míos. Esta vez, para siempre.

Y hasta aquí mi realidad.

JESÚS CONTRERAS PORCEL

7

LAS OTRAS VÍCTIMAS DEL CRIMEN

Mercedes cometió el grave error de enamorarse con tan solo quince años de quien acabó siendo uno de los mayores delincuentes que ha fabricado la ciudad de Barcelona. Durante treinta años aguantó lo inaguantable. Nunca aceptó un solo euro procedente de los trapicheos de su marido, trabajó de sol a sol, levantó una familia y, con todo, no ha dejado de quererlo.

Carlos Quílez

Mi nombre es Merche, llevo más de treinta años con mi marido (un exatracador de bancos). Actualmente se encuentra en prisión y os voy a contar mi historia. La historia de cómo se sobrevive a todos los problemas que conlleva vivir y convivir con una persona enferma. Más adelante sabrán de qué y por qué.

Yo tenía catorce años cuando lo conocí. Paseaba con mis amigas por una plazoleta, ahí pasamos un rato y ahí estaba él junto a su pandilla. Con su chándal de marca y sus greñas, que en aquel entonces se llevaban mucho. ¿Quién me iba a decir a mí que lo que empezó como una apuesta llegaría tan lejos? Eran cosas de críos y aquí seguimos. Él era un espabilado, pero siempre me respetó. Yo era una cría, incluso un pelín tonta, lo reconozco, pero nunca se sobrepasó y supo esperar a hacerme suya. Vamos, que para mí ha sido mi primer y único amor. Me quedé embarazada a los diecisiete, pero lo perdí. Fue un gran palo, porque, aunque éramos dos niños, nos dolió mucho la pérdida… Había estado casi nueve meses en mi vientre, sabiendo que no iba a sobrevivir por la malformación que traía. Según los médicos, era normal por nuestra temprana edad, pasa poco, pero puede pasar… y me pasó a mí. Tuvimos que seguir adelante, no nos quedaba otra. Con el tiempo lo superamos, pero no se olvida.

Éramos una pareja peculiar, la noche y el día. Él, a pesar de su corta edad, ya había vivido mucho y yo no sabía nada de la vida que él llevaba. Conmigo era un chico normal, atento y cariñoso, pero

luego, cuando me dejaba en casa, era cuando se juntaba con las malas compañías, sin un padre ni una madre que le pusieran horarios para volver a casa. Su madre falleció con catorce y su padre no se ocupaba de él. Él ya tuvo su propio profesor, su hermano mayor, que tampoco es precisamente un santo. De hecho, desde bien pequeño él ya observaba comportamientos de su hermano, ya sospechaba en qué mundo estaba metido, y un buen día empezó a hacer las mismas cosas que él y entró en un centro de menores por ello.

Para mí fue doloroso. No comprendía que hacía ahí (tonta de mí). Recuerdo que iba a verlo desde la calle y él se asomaba por una ventada con rejas. Buffff… Me daba tanta pena verlo ahí dentro… Menos mal que no pasó mucho tiempo. A los veintitrés me volví a quedar embarazada de mi único hijo, pensé que lo mejor era tener uno y no más y no poderlos mantener, y aunque yo ya trabajaba, una no es tan tonta como cuando tenía catorce. Ahí fue cuando decidí ir a vivir con él a casa de mi suegro. Realmente hubiese estado mejor en mi casa, con mis padres, porque él hacía vida de soltero y más de una noche me tocaba dormir sola y cuidar de mi hijo, mientras él estaba golpeando por ahí. Más de una vez me había ido donde mis padres, pero siempre acababa volviendo porque no podía estar sin él. Estaba un tiempo bien conmigo y pronto volvía a las andadas. Una noche se fue a por tabaco en bata, pijama y zapatillas y se metió en un bar musical que había al lado de casa…, hacía de todo para poder salir.

La gota que colmó el vaso fue cuando a los veintitantos, no recuerdo bien la edad, me dejó horas esperando un potito para mi hijo. Lo mandé a la farmacia para que mi hijo comiera y no regresó. Al cabo de una hora se presentó la secreta en mi casa para decirme que mi marido estaba detenido por un robo. Me quedé sola, con un bebé, y me tuve que volver de nuevo a casa de mis padres. Yo nunca había pisado antes una cárcel cuando Jesús entró por primera vez. La gente me miraba de arriba abajo, hacían sus grupillos y me dejaban al margen. Lo más cutre que me pareció entonces, y me sigue pareciendo, son los vis a vis. Lo encuentro tan frío… Cuando salgo no sé ni a dónde mirar, lo paso muy mal. Da mucha tristeza cuando hay que salir de la sala porque ya ha pasado la hora y media y dejarlo a él es lo peor… pero es lo que hay y ya; después de tantos años, una se hace a la idea.

He llorado mucho en soledad porque me preguntaba: «¿Por qué a mí?, ¿por qué me lo vuelve a hacer otra vez?… si me decía que iba a cambiar». Tonta de mí, que todo me lo creía… Eso sí, las demás veces que entró en prisión después de esta, ahí he estado yo siempre, al pie del cañón, con la ayuda de mis padres, trabajando y manteniéndolo a él. Porque mi marido no robaba para la familia, lo hacía para él y para sus vicios.

Siempre he sido una mujer muy fuerte, por mi hijo nunca me vine abajo. Jamás he tomado drogas, de mi trabajo a casa. El día y la noche con mi marido… Él nunca estaba en casa, pero cuando estaba no hacía nada raro. No sé si podría decir que tiene dos caras o una doble vida… pero con los años se me cayó la venda de los ojos y me di cuenta de todo. Ya no recuerda las veces que ha entrado en prisión, creo que cuatro o cinco, y yo, en cada una de ellas, me decía a mí misma que no aguantaría otra más. Siempre sola, pero no podía dejarlo tirado, él no tiene a nadie y yo soy demasiado buena y, a pesar de todo, lo he querido y lo quiero mucho. Cuando salía, se tomaba una temporada de descanso, bien, trabajando y todo. Pronto, sin embargo, empezaba a poner excusas y lo dejaba para volver a las andadas y todo por la maldita droga, que siempre me ha ganado la batalla a mí y a mi hijo.

Yo ya no sabía qué hacer, es difícil ayudar a una persona que está metida en este mundo tan oscuro desde hace tantos años, porque, aunque ha estado en un centro de rehabilitación, siempre volvía a caer. Siempre ha puesto la excusa de que tiene problemas y no sabe afrontarlos. Siempre se ha callado por miedo, por si yo le juzgaba, y ese ha sido su error, el que no confiara en mí y que él solo se fuese cavando su propia tumba.

Hay un hecho que me marcó mucho en mi vida: una tarde, al salir de trabajar, intuí algo raro y me fui directa a casa. Al entrar, escuché la tele muy alta y ahí estaba él, semidesnudo, sentado en el sofá, morado y con la jeringuilla en el brazo. Lo primero que hice fue quitarle la jeringuilla que le colgaba, mientras le gritaba… Le movía, le daba tortas para que reaccionara. Como pude, llamé al servicio de emergencias médicas y rápidamente un grupo de médicos y una patrulla de la Policía llegaron a casa, lo tumbaron en el suelo, le pusieron oxígeno y algo más que no recuerdo y al poco tiempo, por fin, reaccionó. No sabía qué hacía tanta gente a su alrededor, luego nos fuimos al hospital, donde pasó toda la noche en observación. Ahí me dijeron que, si llego a tardar cinco minutos más, no lo cuenta. Si llega a morir, yo no sé si lo hubiese superado, no sé si hubiese sabido vivir sin él. Gracias a Dios (y a mí) se salvó.

Después de esto pensé: «A ver si le sirve de algo», pero me volví a equivocar. Volvió a las andadas, una vez más la droga me volvió a ganar. Volvieron los robos para poder cortearse la droga, claro. El consumo había hecho que a veces le tuviese miedo por si la liaba, nunca me ha hecho nada, pero nunca no se sabe. Es una vida muy dura. La familia es quien lleva todo el peso, en este caso yo sola, pero siempre con la cabeza muy alta.

La procesión se lleva por dentro. Tenía y tengo malos días, pero he sabido salir adelante, con mi casa y con mi hijo, yo sola. Me imagino

que la gente de mi barrio habla de nosotros a nuestras espaldas, pero a mí no me importa, ya no. Creen que estoy separada, me río yo de eso, aunque cuando él aparece, que quiere decir que ya ha salido de prisión, la cara de mis vecinos es un auténtico poema. Y así es la vida y así es mi vida, la que me ha tocado vivir. Yo ahora he apretado y he montado una empresa pequeñita que espero que sirva para que cuando salga de prisión le ayude a sentar la cabeza. Espero no equivocarme de nuevo. Mi mayor temor son las drogas, porque como las pruebe de nuevo son su perdición.

Jesús ha visto que yo he estado con él cada semana, pero estoy cansada. Quiero vivir tranquila; ser una familia «normal», salir a pasear, al cine o a cenar. No quiero a la Policía en mi portal nunca más. Eso es lo que quiero yo cuando él salga, pero ya veremos si quiere él lo mismo. Las palabras se las lleva el viento y yo quiero hechos y verlo claro de una vez.

MERCHE

8

EL POTRO DE LA JEFATURA

Eran otros tiempos. Tiempos duros. La «pringue» estaba revolucionada y descontrolada por la heroína. Y nosotros no teníamos otra escapatoria que responderles con su misma mala leche.

El Policía del Grupo de Atracos que creó el Potro

Puede que se tratase de una mañana cualquiera de principios del mes de enero del año 94 o 95. Por entonces trabajaba en los servicios informativos de Radio Barcelona de la cadena SER, emisora a la que había llegado como becario en el mes de septiembre de 1989. El jefe de redacción, Luis Rodríguez Pi (para muchos —desde luego para mí — el profesional que más sabe de radio de este país), apostó por aquel chaval veinteañero, desvergonzado y culturalmente asilvestrado que, sin embargo, mostraba una ilusión desmedida por aprender y también por demostrar (y demostrarse) que este oficio estaba hecho para él.

Aquella mañana, como de costumbre, lo dispuse todo para trasladarme a los juzgados de instrucción que, en aquellas fechas, se encontraban en el paseo de Lluís Companys de Barcelona, cerca del parque de la Ciudadela y del Parlament y justo enfrente del Palacio de Justicia, sede del Tribunal Superior y de la Audiencia Provincial.

Sonó el teléfono (fijo, lo del teléfono celular por entonces era poco menos que una rareza o un lujo). Descolgué y una voz que no me resultó conocida me dijo:

—Buenos días, pregunto por Carlos Quílez.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Verás, no nos conocemos, o al menos eso creo, aunque me acabas de sacar en tu libro *Atracadores* . Mi nombre es Antonio Meneses —(nombre inventado por expresa petición del interesado)—, subcomisario Antonio Meneses —dijo en un tono que tendía a la amabilidad a medida que se sucedían las palabras.

—Pues no, subcomisario, discúlpeme usted, pero su nombre no me suena. ¿Y dice usted que le cito en mi libro? Me va a perdonar, pero

no consigo situarle…

—Bueno, no con nombre y apellidos, pero sí que de alguna forma te refieres a mí cuando hablas de aquellos tiempos duros de los setenta y ochenta, con aquella oleada incesante de atracos a bancos día sí y día también. La «pringue» salía de entre las piedras, no dábamos al abasto.

—¿Pertenecía al Grupo de Atracos?

—Bueno, coordinaba una parte de la Brigada —(Brigada de Policía Judicial)—, y sí, con todos aquellos inspectores de los Omegas —(código distintivo de los diversos grupos Antiatracos de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona en los ochenta y noventa)— mantenía una estrecha relación. Me gustaría hablar contigo. Vernos tranquilamente y compartir recuerdos e información.

—Por mí encantado, subcomisario. Dígame día, hora y lugar…

—¿Comemos hoy? ¿Te apetece?

—Perfecto. Busco sitio.

—Sé que te gusta mucho —me dijo cómplice— el restaurante O Meu Lar de la calle Margarit, y es uno de mis preferidos.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté sorprendido, al borde del mosqueo.

—Toni —(el dueño del restaurante)—, que te quiere mucho y que el otro día, hablando de tu libro, me dijo que ibas mucho por ahí.

—No se hable más. A las dos.

Empezaba bien el día, sumar una fuente nueva a la agenda y más tratándose de un subcomisario en activo; no era poca cosa. Me fui a los juzgados «de compras». Tenía dos visitas programadas que no podía eludir. La primera con el juez Adolfo Fernández Oubiña (DEP) y con el juez Ramón Maciá (DEP), dos jueces muy distintos, casi antagónicos, con los que yo mantenía una cordial relación.

Empecé por Oubiña. Hombre orondo y pausado, veterano de mil batallas, culto como poca gente he conocido, de voz fascinantemente grave y de mirada potentísima, más por lo que retenía que por lo que captaba. Don Adolfo se movía entre su particular batalla contra la injusticia social y sus escarceos con amistades peligrosas, poco recomendables y casi delatadoras del marchamo reputacional de su señoría. Igual se le veía en el bautizo de la hija del «príncipe» de algunos de los clanes gitanos más duros de Barcelona, que comiendo en el restaurante Gorria con el expresidente del Barça, José Luis Núñez, o con el abogado —entonces— de Pujol, Joan Piqué Vidal.

Había quedado con don Adolfo en su condición de expresidente de la Sala Social de la Audiencia Provincial de Barcelona. Le quería preguntar por una reforma de ley en ciernes por entonces que posibilitaba que un extranjero/a pudiera obtener la nacionalidad española, no solo si se acreditaba matrimonio con un español/a, sino

que el solo hecho de que se pudiera acreditar que el/la extranjero/a y el/la nacional eran «pareja» ya era suficiente para obtener esa prerrogativa administrativa. ¿Cómo se acredita eso jurídicamente?, le quería yo preguntar al juez.

Y lo hice, grabadora en ristre (una Sony de color aluminio que albergaba una casete reversible y que pesaba más de un kilo). «Coño, Quílez, si la vecina del piso de abajo los oye follar por la noche, es que son pareja, ¿no?». En fin, Adolfo Fernández Oubiña en estado puro.

De ese juzgado me trasladé al de instrucción número 10. He de decir (permítaseme la licencia) que no he encontrado, entre el funcionariado de juzgados y tribunales, trabajadores tan eficientes, pero sobre todo tan amables y humanos como los que componía la plantilla de aquella oficina judicial. Aún recuerdo como si fuera ayer la sonrisa de Pilar cada vez que el pesado de quien suscribe se personaba en el juzgado… «¿Me puedes anunciar al juez Maciá, por favor?».

Maciá me recibió.

—Hola, Ramón, que me dicen que le has encargado a los Mossos una investigación insólita sobre tráfico de heroína en la cárcel Modelo…

Ramón Maciá, hombre de gran nobleza pero de apariencia y espíritu extremadamente frágiles, se ajustó sus diminutas gafas, se acarició su deshilachada barba, y me dijo:

—¡Me cago en la mar, Carlos, ¿cómo te has enterado…?

No respondí, claro, y él no repreguntó.

—Sí, en la Modelo circula una heroína de color marrón que se ha cargado ya a cuatro internos.

—¿Sobredosis? —pregunté sin sacar mi bloc de notas. No tocaba.

—Sí. Es de una extraordinaria pureza.

—¿Cómo entra?

—Eso es lo que estamos mirando. De momento sabemos quién la mueve en la calle y cómo la llaman…

—¿Cómo?

—*Sugar Brown* .

—¿Funcionarios untados?

—Puede ser —respondió, haciendo explícito que lo hacía de forma tajante para añadir—: Carlos, no vayas más rápido que los acontecimientos. Dejemos trabajar a los Mossos. —(Esa era una de las primeras investigaciones delicadas y de enjundia en materia de narcotráfico que caían en manos de la Policía de la Generalitat. Por entonces eran pocos los jueces que confiaban en los Mossos).

—Por supuesto, Ramón. Esto no está maduro. Vamos hablando.

—La boquita cerrada.

—Cerrada.

Meses después, internos y funcionarios fueron detenidos en una macroredada que fue portada en todos los periódicos y, horas antes, en los informativos de la cadena SER.

A finales de los noventa, Ramón Maciá fue condecorado por la Policía gracias a su trabajo en la investigación de las conexiones de la mafia 'Ndrangheta en Catalunya. Se suicidó tras una fuerte depresión, unos años después. Oubiña y Maciá, por motivos diferentes, eran unas buenas personas.

Salí de los juzgados y me puse rumbo a O Meu Lar.

Al fondo, a la derecha, en el rincón menos visible del comedor me esperaba el subcomisario Meneses.

—Subcomisario, ¿cómo está?

—Empecemos bien, Carlos. Nada de protocolos. Háblame de tú, aunque peine canas no soy tan viejo.

—A tus órdenes —respondí, cómplice y sonriente. Efectivamente, empezábamos bien.

Antes de que me diera tiempo a sentarme, Santi ya había depositado en la mesa una caña servida en vaso de sidra, precedida por dos centímetros de la crema blanca de cerveza bien tirada.

—Pues… Antonio, todo un placer conocerte. Me dicen que dejaste la primera línea de fuego hace años, cuando te reclamó la Jefatura para la Inspección Regional de Servicios.

—Sí, van pasando los años y la verdad es que uno ya no está para aquellos trotes. Cada cosa en su época. Hay que dar paso a los jóvenes. Ya sabes, nuevas energías para nuevos delitos, nuevos delincuentes, nuevas formas de tocarnos los cojones a todos… —y esbozó una sonrisa—, nuevas soluciones. Aquellos fueron años duros, pero te mentiría si te digo que no fueron los mejores años de mi vida. Creo que fue Einstein el que dijo que «la eficacia es la profesionalidad cuando uno se lo pasa bien», o algo así.

—Bueno, Antonio…, digamos que algo así. Einstein lo que dijo es que «el arte es la inteligencia cuando uno se lo pasa bien». No es exactamente lo mismo, pero vamos, que creo entenderte: trabajabais a destajo, pero notabais los efectos de vuestra dedicación al momento, no contrarrembolso. Otra cosa es él cómo y de qué manera, pero, efectivamente, eran otros tiempos, otra escuela, otra ciudad, otra justicia y otra delincuencia.

—Lo dices por lo del Potro, ¿verdad?

El Potro era una especie de sofá de madera, fijado en el suelo, ataviado con correas de cuero en los reposabrazos y en la parte inferior, donde los de la Político-Social, pero también más tarde los de la Brigada Judicial y los de Información, colocaban a los detenidos

díscolos (y uno tiene la sensación de que también a los que no lo eran) para allí ser sometidos a un «interrogatorio en profundidad», «como Dios manda», como lo eran los de aquella época. Los detenidos, atados de pies y de manos, muchas veces con un casco de moto en la cabeza, antes de responder a las preguntas eran golpeados en la coronilla con listines de teléfonos. La membrana encefálica se dilataba, el dolor era horroroso, pero aquellas «caricias» no dejaban marcas. (Justo es referir que la Guardia Civil tenía también su propia habitación de los horrores. En aquella dependencia ubicada en la Base Operativa de la IV Zona, situada, entonces, en la avenida de Madrid. Ahí había una habitación presidida por un cartel colgado en la pared donde se podía leer el «lema» del Grupo de Delitos de Especial Gravedad (DEG): «Mucha coña, Mucho coño, Mucho coñá»). En fin.

—La verdad es que no, pero ahora que lo dices el Potro, efectivamente, representaba y daba sentido a una forma muy concreta de entender la seguridad y el orden público.

—Y la justicia —apostilló él.

—Bueno, sí, y la justicia de la época. El Potro representa la instantánea de una época en la que la justicia iba a remolque de los acontecimientos. Pero dime, Antonio…, ¿por qué quieres que hablemos del Potro…?

—¡Vamos a ver, amigos míos!, ¿qué se le ofrece a esta pareja? La chuleta de segundo, lo sé, pero de primero…, ustedes dirán, y no me pidan pan tostado con aceite y ajo que es donde menos gano —dijo Toni, el padre de Santi, amo y señor de O Meu Lar, el restaurante que, con solo pisarlo, te teletransportaba a la Galicia más auténtica. Toni no era consciente de que nos había interrumpido cuando Meneses se había decidido a enseñarme sus cartas, toda vez que vio que yo mantenía ante él una posición cordial, próxima, pero firme y convencido de mis diagnósticos sobre aquellos años en blanco y negro.

—Toni, pon lo que te dé la gana. La verdad es que no sé por qué nos pides la comanda si siempre haces lo que tú quieres —dijo Meneses, a lo que yo añadí:

—Y siempre aciertas.

—Muy bien, pues croquetas de calamar, almejas a la sartén y pulpo. Y luego, la chuleta. —Y se fue a sus fogones.

—Te hablo del Potro porque en al menos dos capítulos de *Atracadores* haces referencia a la sala de tortura, al Potro, a las toallas empapadas en agua, los electrodos y todo eso y… verás, solo quería decirte que por lo que respecta al Potro…

—Un momento, Antonio, un momento. —Levanté la palma de la mano mientras que con la otra apuraba un largo trago de cerveza para ganar tiempo y poder construir la declaración de intenciones que me

tocaba soltar sobre aquella mesa y en aquel momento y frente a tales circunstancias—. Si me vas a decir que lo del Potro es mentira, que quien me lo ha contado me ha mentido y, por lo tanto, se ha reído de mí… Si lo que me vas a decir es que fuisteis necesarios y proporcionados ante el desaguisado social que se vivía en aquella época y que erais tan pulcros que os la cogíais con papel de fumar, te ruego que te lo ahorres. Que nos lo ahorremos.

El subcomisario Antonio Meneses cerró los ojos y sonrió. Interpreté la mueca socarrona que dibujó su cara como un: «¡Para el carro!, chaval».

Llevó hasta las últimas consecuencias la copa de albariño helado que en algún momento indeterminado Santi dejó sobre la mesa, me miró a los ojos con el mismo sabor de sinceridad que antes, pero sin la anterior amabilidad, y me dijo:

—Nada de eso. Lo del Potro es verdad. La existencia del Potro es verdad. Y… ¿sabes por qué lo sé? —me preguntó sin darme margen para la respuesta—, porque lo encargué y lo monté yo en aquella habitación de la Jefatura.

Toni volvió a irrumpir en medio de la conversación con los respectivos platos de almejas y pulpo. Y, francamente, esta vez agradecí la interrupción. No sabía qué decir, ni intuía siquiera por qué Meneses tenía interés en conocerme y en centrifugar algo que, de haber formado parte de mi historia, creo que no tendría gana alguna en remover.

Si no era para recriminarme el haber manchado el buen nombre de aquellos policías de otra época, ¿a cuento de qué revivía lo del Potro y, en consecuencia, todo lo que ese símbolo representaba? Conjeturé todo tipo de respuestas. Algunas, lo reconozco, manifiestamente estrepitosas. «¿Será un sádico?», pensé. «¿Este es el preludio de algún tipo de amenaza?», presumí razonablemente *emparanoiado* . Nada de eso. Con el tiempo te vas dando cuenta de que, a veces, lo más casual es lo más normal, lo más estentóreo es lo menos anormal, y que la condición humana está repleta de maravillosas contradicciones que nos hacen, por momentos (aunque solo sea por momentos), seres casi inescrutables.

—¿Tú eres el autor del Potro?

—Sí. —Volvió a sonreír, y de nuevo dio cuenta de un largo sorbo de albariño.

—A ver si lo entiendo. Si has contactado conmigo y no es para rectificarme… ¿es para alardear de ello? ¿Me has querido conocer para alardear de ello?

—No. Alardear, en absoluto. Fueron años muy duros para tomárselos, ahora, con frivolidad. Solo quería explicarte que lo que, a

día de hoy, te parece una salvajada, entonces tenía su lógica.

—¿Su lógica?

Sí. por extraño que resulte. Los años ochenta fueron muy jodidos. Los atracos a bancos se contaban por miles al cabo del año en toda Catalunya, especialmente en Barcelona y su Área Metropolitana.

—La heroína era gasolina en estado puro y circulaba por las calles como el viento. La democracia abrió de par en par las cárceles y salieron muchos presos políticos, pero también mucha chusma, Carlos, mucha chusma. Y allí estábamos nosotros (los grupos Omega de la Policía), los únicos facultados y comprometidos en hacer cumplir la ley, echándole más horas que un reloj por un sueldo de mierda, soportando sobre nuestras espaldas el peso de aquella democracia novata cuando muchos de mis compañeros recelaban de ella. Y sí, no teníamos tiempo, ni margen de maniobra para dar salida a aquella situación desbordante. Y sí, nuestros interrogatorios, a veces, precisaban de mano dura porque mano dura es lo único que entendía aquella delincuencia desbocada que no dudaba en tirar de gatillo y llevarse a Dios y a su madre por delante, por una papelina o por un fajo de billetes. Eso es lo que no he sabido ver en tu libro, ¿entiendes?, y he pensado que alguien te lo tenía que decir…

Sin duda, él tenía la íntima necesidad de hacerlo. Cuestión distinta era poder averiguar exactamente qué le rezumaba o resonaba en el vientre como para tomar la decisión de descolgar el teléfono y verbalizarlo. Verbalizármelo. ¿Corregirme? ¿Situarme en el sendero certero de la realidad de las cosas? O… me pregunto yo: ¿no será… simplemente remordimiento?

No perderé demasiadas palabras, ni tiempo, en mostrar el deprecio inequívoco y absoluto sobre el fondo y la forma del discurso justificativo del subcomisario. Aquella comida, aquella conversación, en aquel clima, subrayó algo que, por otro lado, yo no necesitaba subrayar y que no era otra cosa que la veracidad de lo explicado en *Atracadores* y el convencimiento de que, aunque fuera tarde, lo de aquella Policía en blanco y negro, impune y terrorífica, debía ser denunciado.

Le escuché con atención. Y con agradecimiento. Meneses pasó, en primerísimo primer plano, la prueba del algodón que avalaba lo que yo ya sabía, aunque no había vivido.

No traté de contradecirle. No tocaba. No ganaba nada haciéndolo. No iba a conseguir cambiarle de opinión, como nunca hubiera cambiado de opinión a mi padre si algún día le hubiera cuestionado su catolicismo o a mi amigo del alma, Ricard Aguilar, su militancia periquita. Solo intentarlo hubiera resultado absurdo e inútil.

Al contrario, desde aquel día el comisario Meneses, a la sazón, y, como descubrí más tarde, gran amante de la novela negra, pasó a

engrosar la lista de aquellos amigos (sí, amigos) que me han ayudado a entender el mundo que me ha tocado explicar. Él allí, y yo aquí, por supuesto, pero a mi alcance. Contradictorio, lo mío, ¿verdad? Una amiga que me quiere mucho me dijo que tenía que aprender a no juzgar a la gente. Que yo no era quién para según qué. Y, efectivamente, así es. Mi relación con Meneses, en cierta medida y sin yo ser ni siquiera consciente en aquel momento, era una prueba de ello. Esa misma amiga, ajena a este mundo marrullero, cínico, sucio, duro y mendaz en el que hervimos mi oficio y yo, me preguntó no hace mucho, más preocupada que crítica: «¿Cómo puedes mantener una relación "cordial" con ese tipo de personas?». Y le respondí con una pregunta: «¿Y cómo explico a los demás lo que no conocen si no es acercándome a esas personas y a sus turbios y opacos mundos?». Si se me apura…: «¿Cómo les ayudo a purgar sus remordimientos si no es acercando mi oído a su voz trémula y dando salida a sus demonios?».

Para explicar lo que sucede hay que acercarse a donde escuece. El periodista Jesús Duva acostumbraba a decir que «para explicar la verdad, a veces hay que bajar a las cloacas». Y añadía: «aun a riesgo de que te muerdan las ratas».

No entiendo esta profesión de otra manera.

9

MANZANITA, UN GUARDIA CIVIL DE OTRA ÉPOCA

El guardia segundo Antonio Manzanaro, alias Manzanita, *fue un icono policial en la turbulenta Barcelona de los ochenta y noventa. O lo amas o lo detestas. Duro en las formas, algo menos en el fondo. Este agente fue una pesadilla para la delincuencia común y para el terrorismo.*

El que fuera su jefe en el Grupo de Homicidios de la
Guardia Civil de Barcelona

Antonio Manzanaro. Guardia segundo adscrito al Servicio de Información de la Guardia Civil (SIGC) y más tarde a la Unidad Orgánica de Policía Judicial de la IV Zona (y después VII zona) de la Guardia Civil de Cataluña (UOPJ). Sus compañeros y la «chorizada» lo llamaban *Manzanita*, un apodo cariñoso, pero equívoco, demasiado almibarado para un hombre rudo en las formas (aunque erudito en lo cultural), de 1,85 centímetros de altura y más de ciento veinte kilos de peso, que vestía cazadora de cuero claveteada y calzaba botas camperas untadas en grasa de caballo, melena al viento, orejas perforadas por media docena de pendientes y cuello atiborrado de cadenas y colgantes entre los que destacaba su placa de benemérito agente.

Lo conocí hace más de treinta años, cuando la Guardia Civil aún era un cuerpo en blanco y negro y el proceder de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado se debatía entre el tufo del antiguo régimen y la expectativa de la floreciente democracia. En aquella época, finales de los ochenta y principios de los noventa, aún se estilaban los atajos y se sucedían, por acción o por omisión, excesos policiales, muchos de ellos por entonces dotados de impunidad.

Manzanita era el mejor y mayor exponente policial de esa época de transición policial que conocí en sus últimos coletazos y reminiscencias. Ha pasado el tiempo, ha crecido la perspectiva y ahora mi intención es la de desempolvorar lo que este personaje hizo, vivió, resolvió y, sobre todo, la huella que durante esos más de treinta años

de vida profesional dejó entre sus compañeros, el hampa… y en mí.

Para que quede claro, y para que nadie se lleve a engaño, siento por Manzanita un cariño, un respeto y una admiración total, absoluta y sin matiz. O se está del lado del nada ortodoxo Manzanita o en contra de él. No hay termino intermedio. Estoy en el primer grupo, por distintos motivos, entre los que destaca uno: Manzanita tuvo la extraordinaria amabilidad de enseñarme las bajezas de su profesión, el fétido hedor de las cloacas que agujeran esta sociedad y la solitaria y a menudo silenciada heroicidad de muchos tipos dotados de placa y pistola oficial que se jugaron la cara por unos ciudadanos expertos en no corresponderlos. Todo eso supuso para mí, una lección impagable, un baño de realidad desconocida.

Antonio Manzanaro hizo de funambulista una y mil veces sobre la línea tenue que perfila lo legal de lo que no lo es. Algunas veces se resbaló del lado proscrito. Alguna de esas veces lo hizo adrede y con total conocimiento y asunción del alcance de sus actos.

Yo escuché sus historias. Las confirmé. Me rasgué las vestiduras, contemporicé, relativicé y, finalmente, lo reconozco, me dejé seducir por las fotografías en primerísimo primer plano que sobre la Policía y los mangantes desplegó sobre mi mesa, por entonces, la mesa de un gacetillero al que le estaban a punto de ocurrir muchas cosas por primera vez.

Como muestra de ello, he aquí algunos ejemplos:

Año 1989. Manzanaro trabajaba en el Servicio de la Información de la IV zona militar de la Guardia Civil (que agrupaba a Catalunya y Aragón), con sede en la barcelonesa avenida de Madrid.

Un martes, a las nueve de la mañana, llegó al acuartelamiento un radio procedente de la comandancia de la Guardia Civil de Huesca. Lisardo Montejuna, un recluso preso en la cárcel de aquella ciudad, atracador peligroso y sanguinario, había sido asesinado en el transcurso de una salida programada por la prisión a los bosques situados en los aledaños del pantano de Arguis, muy cerca del agreste puerto de Monrepós. La víctima y otros internos fueron llevados allá para talar árboles y limpiar el bosque bajo la atenta mirada del dispositivo policial de seguridad.

Pero el dispositivo no funcionó. Alguien entre la arboleda, a manos de una sierra mecánica convenientemente afilada, descuartizó a la víctima en lo que sin duda fue el desenlace de un terrible ajuste de cuentas.

¿Fue algún compañero recluso? ¿Fue algún sicario que allí le esperaba? Esas fueron dos de las preguntas que cayeron sobre la mesa del despacho del DEG (Delitos de Especial Gravedad) que ocupaba Manzanita en el acuartelamiento de Barcelona, junto con la nota informativa de sus compañeros de la comandancia de Huesca.

Como en él era habitual, Manzanita tiró de olfato antes que de protocolo. La víctima había pertenecido a dos peligrosas bandas de atracadores de las que se dice que salió por piernas cuando sus «consortes criminales» sospecharon, con escaso margen de error, que Lisardo era un chivato, un chota, en definitiva, un confidente. Tan pronto como el guardia Manzanaro confirmó esta información, los equipos de investigación pusieron nombre, apellido y rostro a los enemigos de aquel atracador que había aparecido despedazado en los bosques de Arguis. La lista no era corta. De entre todos los candidatos, el guardia civil fijó su interés en un tipo llamado Arcadio, apodado *la Barbera* por su afición a rebanar el cuello de sus enemigos con una navaja. La última información policial situaba a la Barbera en Madrid, donde permanecía «en barbecho», cobijado, esperando que clarease la situación para volver a la acción de la mano de la banda de «los portugueses», organización criminal de etnia gitana a la que se le vinculaba. Con la venia de la superioridad, Manzanita, Quique (un novato, yerno de un coronel y no por ello peor policía), y Antonio, *el Bailarín*, veterano guardia conocido por su mala hostia y su torpe aliño para menear el esqueleto, se trasladaron a la capital del reino. Llegaron un jueves a las 20 h y, como no podía ser de otra forma, Manzanita, gran comedor y bebedor, buscó una taberna adecuada a sus posibilidades (las pírricas dietas no daban ni para un humilde bocadillo, pero eso no era inconveniente) y, sobre todo, digna de su fenomenal saque, característica o afición, por otro lado, íntimamente compartida por sus dos compañeros.

En el Hórreo Asturiano de la calle Doctor Fleming, cerca del Bernabéu, dieron cuenta de cachopo, tetilla, cecina y tortilla paisana con chorizo, sidra y vino de la casa…, carajillo y orujo bien helado. Con el cuerpo y el espíritu suficientemente reconfortados, el trio benemérito se trasladó a una whiskería donde trabajaba de *encargao* un expreso, amigo de la causa desde que fuera detenido por Manzanita en Barcelona ocho años antes. Adolfo, *el Señorito*, se llamaba el tipo. El Señorito solo pagó uno de los cinco años de su última condena por falsificación de moneda y receptación gracias a su lenguaraz relación con el instituto armado.

Quique y el Bailarín pidieron Bacardí con Coca-Cola en vaso de tubo y Manzanita, un Dyc en vaso ancho, triple de hielo.

—¿La Barbera?, menuda maricona. Le están buscando los portugueses —(clan de etnia gitana arraigado en Extremadura)—, porque les hizo no sé qué *ruina*. También le buscan la gente del Villena. —(Antonio Villena Vicario, histórico atracador considerado un capo *taleguero*)—. En Madrid ya ha cambiado dos veces de piso. Hace unos meses se dejó ver por aquí. Se había encariñado de una mulata, que se llama Mery.

—¿Dónde vive ahora? —preguntó el Baila.

—¿Mery? —respondió el *chuloputas*.

—No, hombre no, capullo, la Barbera, que ¡dónde vive ahora la Barbera!

La Barbera vivía en el 5.º 3.ª del número 87 de la avenida de San Diego, en el popular barrio madrileño de Vallecas.

El Señorito les puso otra ronda y se fue a lo suyo.

—Paga la casa…

Y los tres guardias civiles dieron por finalizada la jornada laboral, apurando sus copas y los cigarrillos que, en bandeja, ofrecían las chicas a los clientes como cortesía de la casa.

A las seis de la mañana del día siguiente se pusieron en marcha. Una hora después localizaron el bloque de pisos en donde vivía el «objetivo» y un bar cafetería mugriento y desangelado, situado enfrente, desde el que iban a tomar posesión del terreno y de la situación. A las nueve de la mañana los tres guardias, adosados a la mesa situada junto a la cristalera del bar, se habían cascado tres cafés cada uno y varios chupitos de orujo que alternaban con los cigarrillos que habían decomisado de la whiskería la noche anterior.

Manzanita pidió la cuenta al camarero que servía en la pegajosa barra de aquel bar de barrio.

—La cuenta y un bocata de mortadela. Envuélvemelo en papel aluminio. Es para llevar.

Aquel equipo de investigadores tenía claro que la Barbera estaba tras la muerte de lo que coloquialmente dieron en llamar «la matanza de Arguis», emulando lo de *La matanza de Texas*. Sabían que con aquel tipo de delincuentes no valían medias tintas, ni protocolos, ni veleidades procedimentales. Mano dura sin provocación previa. Como decía el Baila, parafraseando al refranero carcelario, «Para que llore mi madre, que llore la tuya». Y con esos ánimos y desde ese punto de partida se inició la operación. Efectivamente, lo apropiado hubiera sido disponer de una orden judicial de entrada y registro y de detención, pero los tres sabían que esos nuevos jueces democráticos ya no firmaban las órdenes de registro con la ligereza de antes. Los tiempos habían cambiado. Los guardias tenían el zurrón de la intuición policial repleto de certezas, pero ni una sola de ellas tenía la consistencia jurídica suficiente como para poder alcanzar la condición de prueba o indicio de acuerdo con lo que estipulaban los nuevos tiempos. Así, ni se preocuparon en pedir dichos mandamientos judiciales y optaron por la vía del atajo, siempre en el filo de la navaja de la ley.

Se inició la operación.

Quique aguardó en la puerta exterior del piso. Situó la pistola,

preñada con una bala en la recámara, entre el pantalón y el calzoncillo a la altura del apéndice.

Manzanita y el Baila subieron a la quinta planta de aquel edificio sin ascensor. Ya en el rellano, fueron necesarios cuatro o cinco minutos hasta que Manzanita recuperó el fuelle. Una vez en el punto «G» del operativo, Antonio *el Bailarín* sacó su arma, la montó y la escondió en la espalda. Manzanita sacó del abrigo el bocadillo de mortadela y llamó, una a una, a las otras tres puertas correspondientes a los otros tres pisos que conformaban el rellano. De dos de ellos salieron sus moradores. Manzanita les mostró la placa de agente policial y les pidió en voz baja que no cerrasen la puerta y que permanecieran atentos a lo que iba a acontecer.

A continuación, con el público preparado y sus compañeros aún más, llamó al timbre del 5.º 3.ª. Se oían voces en el interior del inmueble. Al menos dos voces, un hombre y una mujer. A los pocos segundos abrió la puerta una mujer anciana, ajada y malhumorada.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Traigo un paquete para el Arcadio. Lo está esperando…

—*Pos* démelo, que se lo doy yo.

—No, no puedo, es personal, se lo he de entregar en mano —respondió Manzanita.

La vieja refunfuñó y, girándose hacia el interior del piso, gritó:

—¡¡¡Arcadio… Deja de tocarte los *güevos* y ven, que un tío te ha traído un paquete!!!

A la vieja, Manzanita le pareció cualquier cosa antes que un agente de la autoridad y lo último que podía pensar el delincuente era que ese mensajero melenudo escondía a un guardia civil de élite dispuesto a ponerle los grilletes y a descerrajarle un par de tiros si la cosa se ponía de culo.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? —preguntó Arcadio, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Que vengo de parte de los de la gasolinera, que me han dicho que te dé este paquete.

Y a un metro de la puerta le mostró aquel bocadillo envuelto en papel aluminio. Se hizo el silencio. Los dos vecinos observaban la escena con la respiración contenida. El Baila permanecía agazapado contra la pared. Manzanita dejaba asomar entre las gafas de sol de espejo y su tupida y poco cuidada barba lo que se supone era una sonrisa amigable.

Arcadio cayó de bruces en la trampa. El delincuente alargó el brazo más allá del umbral de su puerta para coger el enigmático paquete. Manzanita, en gesto certero, le agarró el antebrazo y tiró de él hasta sacarlo fuera de su domicilio. El delincuente ya pisaba suelo

público. Bueno, más que pisarlo, lo besaba. El Baila se había lazado sobre él y, con el cañón de su Beretta hincado en la sien del sospechoso, le apretujaba la cara contra el suelo mientras, en un ejercicio propio de un contorsionista, le propinaba continuos rodillazos en los testículos para evitar «daños mayores».

—Lo han visto, ¿verdad? Han visto que no hemos entrado en el piso, ¿verdad? Le hemos detenido en el rellano…, queda claro, ¿verdad? —gritó Manzanita a la concurrencia.

Los vecinos asintieron sin poder tragar saliva, cerraron la puerta y se refugiaron en su casa como si nada de lo que allí acababan de ver en realidad hubiera pasado.

—Si les llama el juez ya saben lo que tienen que decir: la verdad.

La vieja, probablemente la madre del sospechoso, sacó por la boca todas las culebras y sapos que había aprendido en su vida. Pero los agentes hicieron oídos sordos y, con escasa amabilidad pero con radical determinación, se llevaron escaleras abajo al magullado y desconcertado Arcadio.

—Quedas detenido por asesinato, hijo de puta —retumbaba en la cabeza del atracador mientras, de reojo, a su espalda, observó tirado en el suelo aquel señuelo en forma de paquete envuelto en papel aluminio que parecía despedirse de él.

No hubo allanamiento de morada. No hubo entrada ilegal en domicilio. No hubo detención ilegal porque esta se hizo en espacio público. Arcadio fue puesto a disposición judicial y sin rechistar, aunque con alguna magulladura extra. Reconoció que mató a Lisardo Montejuna «porque era su vida o la mía». Caso cerrado.

Manzanita tenía su propia moral. Siendo como era un tipo duro, nunca aprovechó para beneficio propio la autoridad que le confería su condición de servidor público. Sí, el propietario de algún club de carretera le ponía gratis copas sin fin de las que yo, en ocasiones, fui partícipe a título lucrativo. Sí, Manzanita manejaba una docena de prostitutas que, entre mimos y servicios *low cost*, le soplaban «confitadas» de eso y de aquello. Sí, su esposa y su familia sufrieron en sus carnes el noviazgo enfermizo de este guardia con su profesión. Sí, echó alguna hora extra para algún detective, que la vida del divorciado es muy dura y la paga de guardia, escasa. Es cierto que Manzanaro trató con mano dura a algunos delincuentes con los que se topó. Es cierto que él sabía que ellos hubieron hecho lo mismo con él. Doy fe de cómo los mismos mandos que lo vetaban para condecoraciones, por su heterodoxia personal y profesional, lo utilizaban para aquellas innombrables operaciones que protagonizó la Policía en la turbia España posfranquista.

Manzanita luchó contra ETA en Catalunya, en Euskadi y en Francia. Lo hizo con la determinación de quien se veía a sí mismo en

una especie de cruzada. Dinamitó, tantas veces como «el servicio» se lo reclamaba, el Estado social y democrático de derecho que le amparaba como policía. Algunos terroristas lo sufrieron en sus carnes. Manzanita, en coordinación con agentes de Policía Judicial del puesto de Ciutat Badia (Barcelona), localizó casi por casualidad a los miembros del comando Barcelona de ETA que acababan de perpetrar el atentado de Vic el 29 de mayo de 1991 (diez muertos, cuarenta y cuatro heridos y el cuartel hecho añicos).

Tras el atentado terrorista, el etarra Juan Carlos Monteagudo Povo, ex-Terra Lliure, huyó en un coche de seguridad que kilómetros después abandonó en la antigua carretera nacional 152 que conectaba Vic con Barcelona. Tras el abandono subió en otro vehículo de seguridad estacionado en el punto acordado a tal efecto (una zona de cultivos poco transitada) y se perdió camino de la gran urbe. Esa última maniobra llamó la atención de un campesino que, a aquellas horas de la tarde y ajeno a lo que acababa de suceder en Vic, labraba sus tierras a golpe de azada. Este labrador se mosqueó: aquel tipo salió despavorido del coche que conducía y que quedó con las puertas abiertas y se metió como un huracán en el otro vehículo, una furgoneta, que dejó la mitad de los neumáticos en el asfalto en el momento de arrancar. Como si de un detective se tratase, memorizó la matrícula del coche con el que huyó aquel individuo, llamó a la Guardia Civil y les dijo que había sido testigo de una escena sospechosa. Y la Guardia Civil tomó nota, de esta y de los centenares de alertas que llegaron a la comandancia durante las horas inmediatamente posteriores al atentado. Todas se investigaron. Esta, en concreto, recayó en Manzanita y sus compañeros de Ciutat Badia. La matrícula aportada por el sagaz labrador correspondía a una furgoneta domiciliada en Montcada i Reixac, en concreto en un piso del barrio de Terra Nostra. La furgoneta estaba a nombre de un joven profesor de matemáticas que impartía sus clases en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad Autónoma de Barcelona. Manzanita y compañía se personaron en el domicilio del profesor. Era una comprobación rutinaria, pero en el marco de un dispositivo antiterrorista. El profesor no estaba en casa. Sí su pareja. Cuando esta abrió la puerta, Manzanita, sonriente, le enseñó la placa policial. El guardia no podía imaginar que se encontraba en la sede del comando de apoyo de ETA. Manzanita más bien pensaba que se encontraría a un pobre ciudadano víctima del robo de su furgoneta.

La mujer palideció como de un plumazo, antes de ponerse a temblar y a balbucear: «¡¡¡Yo no he hecho nada, yo no sé nada!!!, ya le dije a (…) que no nos metiéramos en líos, yo…». Manzanita no la dejó continuar. Desenfundó su pistola, se la metió en la boca y, agarrándola del cuello como quien estrangula a una gallina, se la llevó detenida

mientras sus compañeros entraban en el piso como en una estampida.

Manzanita irrumpía minutos después en el acuartelamiento de la avenida de Madrid, donde aquella mujer temblorosa y empapada en lágrimas y en sus orines iba a ser interrogada. Los cadáveres de sus compañeros de la Guardia Civil de Vic aún yacían calientes. La sospecha de que el comando terrorista se encontraba escondido en algún punto de Barcelona cogía cuerpo.

Antonio Manzanaro le sacó toda la información habida y por haber a aquella mujer: el nombre de los terroristas (Juan Carlos Monteagudo Povo, Juan Félix Erezuma y Juan José Zubieta Zubeldia) y la dirección de la casa de Lliçà de Munt (a unos veinte kilómetros de Montcada por el sur, y, por el norte, a unos veinticinco de Vic), en donde se encondía el comando.

Le pregunté a Manzanita si le costó mucho obtener la información. Me dijo que no. Le dije: «¿Le has pegado?». Y me dijo que no. Lo miré fijamente. Me aguantó la mirada sin parpadear mientras me dijo sin decir: «¿Y qué más da, Carlitos?». Tras unos segundos de silencio soltó, como si quisiera consolarme, que «no le he puesto la mano encima. Tan solo algunos besos…».

Doce horas después, la UEI (Unidad Especial de Intervención) desarticulaba el comando Barcelona de ETA: Juan Carlos Monteagudo era abatido. Erezuma resultó mal herido y fallecería horas después en el hospital de Granollers en cuyo quirófano fue intervenido infructuosamente de un balazo en el hígado ante la mirada inquisitiva de una docena de guardias civiles armados hasta los dientes. Zubieta Zubeldia fue detenido y trasladado a los calabozos de la casa cuartel de la Guardia Civil de la avenida de Madrid de Barcelona. Allí, en el jardín que da acceso a la instalación militar, las mujeres de los guardias civiles le esperaban para darle la bienvenida con palos, sartenes y otros objetos domésticos. Zubieta pasó sin custodia por medio de aquel pasillo a golpe limpio hasta llegar a los calabozos. El teniente coronel del Servicio de Información tiró de Manzanita. Es todo tuyo. Lo último que supe de aquel operativo es que Manzanita, otro guardia llamado Antonio Juan y varios miembros de la UOPJ se hicieron fotos con un magullado Zubieta al que habían enfundado una capa de la Guardia Civil y un tricornio. Los guardias vestían sonrientes. Zubieta, no.

Manzanita me ha enseñado mucho en general, pero poco me ha hablado en particular de sus incursiones antiterroristas. Me consta que está orgulloso de ellas y de lo que compartió con sus compañeros de baile en aquella época, en la que había que mirar en los bajos del coche cada vez que se iba a utilizar, pero que sin lugar a dudas dio sentido a su oficio y a su vida. Manzanita era un soldado. Parece una contradicción, pero está orgulloso de ello, de sus operaciones

clandestinas y encubiertas, pero lo está mucho más de que dichos episodios no trasciendan, al menos por su culpa.

Un día me dijo: «La prueba de honor más dura no es saber guardar un secreto, sino no reconocer que se sabía cuando este se haga público».

Cuando el mundo se hizo digital y los recuerdos se tornaban de color salmón, Manzanita dejó la Guardia Civil para recalar en la empresa privada. No fue el mejor colofón para la vida profesional de un tipo como él. Pero la vida es dura, y las facturas no se evaporan simplemente por desearlo. Ahora, Antonio Manzanaro, *Manzanita*, ha entrado en la vejez limitado por la enfermedad, pero agarrado a sus recuerdos y vivencias como si estos fueran el reducto donde se encuentra la gasolina que mantiene en marcha su motor. Un día le he de preguntar si, transcurrido el tiempo y con la perspectiva que da la distancia y la madurez, se arrepiente o no de la vida que le tocó vivir y que tanto le sedujo. Apuesto a que no, a que no se arrepiente a pesar de los errores cometidos y de la buena gente y los buenos momentos que dejó en el camino. O quizá sí.

10

FLAKO, ATRACADOR DE ALCANTARILLAS

Se trata de un personaje de película que lideró durante años una de las principales bandas expertas en butrones. El modus operandi de la banda de Flako siempre era el mismo: accedían y huían de los bancos que atracaban a través de las de las alcantarillas.

Flako fue detenido, apaleado y encarcelado por la Policía. Pagó lo suyo, pero siempre con la cabeza bien alta. Le gusta repetir que nunca hizo daño a nadie. Y le creo. Hoy, transcurrido el tiempo y ya en libertad, es o debería ser un ejemplo para todos los que creemos que, a pesar de todo, existe la resocialización. Lo deseo con tantas fuerzas que a veces me lo creo.

Carlos Quílez

Lunes de cualquier mes en un banco.

7:40 de la mañana.

—¡Buenos días, cabrón! No te muevas, no toques la puta alarma que solo vengo a por el dinero: o colaboras o te pego un tiro…

Le cojo la cartera de la chaqueta, la abro y veo la foto de una mujer morena con el pelo liso y con gafas. Al lado, una foto de un niño de unos tres años de edad.

—¿Estos son tu mujer y tu hijo? Pues a partir de ahora eres el responsable de no dejar viuda a tu mujer, ni huérfano a tu hijo… Ya sabes, empieza a conectar los retardos de los cajeros automáticos y de la caja fuerte, ¡que seguro que tienes ganas de que me vaya, y yo tengo ganas de irme! Ah, y ni se te ocurra hacer ninguna señal a tus compañeros…, no queremos hacer daño a nadie, pero tampoco nos importa hacerlo…, ¿entendido?

Nunca imaginé que ver salir a mi padre por una alcantarilla con casi veinticinco millones de las antiguas pesetas me iba a crear tanta adicción y que aquel hombre tan bajito y tan menudo «los tenía bien puestos».

Me presento, soy el Flako, también conocido como *el Robin Hood*

de Vallecas, exatracador de bancos, protagonista del documental *Apuntes para una película de atracos*, escritor de *Esa maldita pared*, trabajador en el mundo del cine y padre de familia.

En 2013 fui detenido junto a mi banda. Yo era el más pequeño de los detenidos y fui acusado de ser el jefe…, ¿yo, jefe de tíos que me duplicaban la edad? Fui acusado de perpetrar siete atracos a bancos por el procedimiento del butrón. Utilizamos las alcantarillas como medio de entrada y escapada. Practicábamos un butrón en el sótano de la entidad el viernes. Una vez hecho el agujero, algún compinche de la banda atrancaba los cajeros automáticos para que nadie sacase dinero (el lunes teníamos que recogerlo). Anteriormente habíamos vigilado el banco, los trabajadores, los horarios, habíamos recorrido las cloacas para dar con la pared a romper…, un trabajo laborioso y casi único en España. Los butrones por las alcantarillas eran (y son) trabajos muy especializados y saber que yo era una de las pocas personas que podían hacerlo me llenaba de satisfacción. Qué cojones…, ¡me sentía el puto amo!

Sí, las alcantarillas de la gran ciudad, un submundo que muy poca gente conoce. Los poceros, el personal de saneamiento, algún técnico, Guardia Civil de subsuelo y, cómo no, la Unidad del Subsuelo de la Policía Nacional, más conocidos en nuestro mundillo como *los topos*.

La primera vez que pisé una alcantarilla, España ganó el Mundial. Ese día, a las cuatro de la tarde, abría una tapa de alcantarilla, me introducía en ella y recorría parte de un barrio de una gran urbe. Años atrás había oído hablar de bóvedas, galerías, pozos, entronques… y una infinidad de tecnicismos del mundo de la pocería. Digamos que había estudiado bien la teoría…, ahora me faltaba la práctica. No perdí detalle de cómo era aquel submundo y, aun así, en esa primera bajada, no llegué a entender mucho más que el camino para llegar a los cimientos de aquel banco. Luego vinieron más exploraciones, en más barrios, más zonas, más pozos, más galerías… y, por supuesto, más bancos. Una vez llegué desde Cuatro Caminos hasta la calle Alcalá, justo enfrente del Banco de España. Para los que estén pensando mal ahora mismo, ese era imposible de robar. Otra vez, recorrí un barrio entero hasta que conseguí llegar al cuarto de contadores del sótano de un edificio donde había un Banco Santander (ya no existe el banco, ahora hay otro negocio). En otra ocasión, recorrimos las cloacas desde la plaza de toros de Las Ventas hasta el Retiro de Madrid. Anduve cerca de la sede del PP y del cuartel de la Guardia Civil que hay enfrente de la sede principal de Hacienda en el barrio de Guzmán.

También me he encontrado cosas, muchas cosas…: como un hueso (tengo dudas todavía, a día de hoy, de si era el fémur de un humano), una maleta (cuando la abrí pensaba que me iba a encontrar un muerto

o un alijo de cocaína), que estaba vacía, o unas piezas de una moto…

Descubrí en las cloacas una mina sin explotar. Podías estar robando, haciendo el agujero, que nadie te iba a molestar. Eso sí, era «un trabajo de mierda», salía de las cloacas que parecía que me había bañado en pis y mierda… A veces, los olores los confundíamos con el olor a dinero, así se nos hacía un poco más agradable… pero, dejando la broma a un lado, las alcantarillas no huelen tan mal como la gente piensa, es una mezcla a humedad y suavizante.

Alguna vez nos perdimos, aunque rápido volvíamos a orientarnos; en dos ocasiones sufrimos la subida del nivel del agua por tormentas y esto sí que era peligroso. Ahí te jugabas la vida. En otras de mis bajadas al submundo, me picó algún bicho y tuve el costado derecho lleno de granos y sarpullidos…

En definitiva, las cloacas me dieron mucho, pero también me quitaron mucho.

Habíamos hecho unas cuantas «expropiaciones», así es cómo nos referíamos al eufemismo de atracar bancos, y estábamos en la cresta de la ola, incluso la presidenta del Gobierno madrileño de aquella época (Cristina Cifuentes) pedía colaboración ciudadana por si alguien veía algo extraño; es más, ella misma llegó a bajar a las alcantarillas en el marco de un reportaje sobre la seguridad ciudadana. El grupo XII de la Policía Judicial del Cuerpo Nacional de Policía, que se encargaba de la investigación a asaltos a sucursales bancarias, estaban por aquel entonces como tiburones alrededor de sangre… Habíamos intentado llevarnos las cajas de seguridad de un banco en la «milla de oro» de Madrid, pero la llamada de un portero frustró nuestro intento de jubilación anticipada. En aquel atraco frustrado estuvimos a punto de ser capturados, tuvimos que hacer frente a la Policía con rehenes a través de la cristalera del banco. Lo que no sabían los policías que estaban afuera era que íbamos a escapar sí o sí…, las alcantarillas volvían a darnos la libertad…

Mi vida era la de un trabajador cualquiera, me levantaba a las cinco y media de la mañana para ir a trabajar. Repartía productos congelados y pescado fresco. De hecho, según tengo entendido, el jefe que tenía entonces me tenía tan bien considerado que llegó a decir que fui el mejor repartidor que tuvo. Mi mujer y yo disfrutábamos del dinero robado. Ayudábamos a familiares, viajábamos, comíamos en buenos restaurantes, nos comprábamos ropa… y, bueno…, guardábamos algo de dinero.

Cuando estás metido en el mundo de la delincuencia, entras en una espiral. La delincuencia es, o por lo menos lo era para mí, una forma de vida. No tienes preocupaciones económicas, si se te acaba el dinero, no hay problema: al día siguiente ibas a por más, y en mi caso era exactamente así. Me llegué a obsesionar tanto que me tiraba horas

y horas frente al ordenador informándome de sistemas de seguridad y leyendo todo lo relacionado sobre butrones a través de las alcantarillas, y os tengo que decir que me sirvió. Era una forma de estudiar, como el que estudia a distancia.

Tuve una etapa en la que también trafiqué con cocaína y hachís. Como he dicho antes, una forma de vida. Y es que, cuando mi padre montó el bar Driver, dejó de atracar y se puso a traficar. Él ya lo había hecho en los años ochenta y, entre la gente que le conocía (la mayoría ya se habían metido antaño sus rayas de farlopa) y que el material era de primera, los clientes no se hicieron esperar. Fue entonces que di un primer salto y, junto con un primo mío (*el Chispi*), empezamos a vender la merca que tenía mi padre en el bar. Tal era el desmadre que se vivía en el salón privado del Driver que podías ponerte las rayas encima de las mesas como si de raciones de calamares se tratase.

En fin…, una etapa de mi vida que duró trece años, desde el año 2000 al 2013. El 20 de julio de 2008 muere mi padre. Eso me marcó. No pensaba que mi padre fuera a morir tan pronto. Yo le hacía jugando con sus nietos, pero, como dice Camarón en una de sus canciones («dicen de mí, que me amenaza el tiempo»), a mi padre también le amenazó con el maldito cáncer…

¿Qué ocurrió el 27 de agosto de 2013? Pues lo que sucede cuando uno juega con fuego, que termina por quemarse. Todo es muy bonito mientras las cosas van bien. Para mí, robar un banco era un placer absoluto, era como tener un orgasmo, era un puto placer. Cuando me detuvieron fue el mayor latigazo que pude sufrir en mi vida, el peor momento…, todo se paró. Hubo unos segundos en los que tuve la sensación de que todo lo que estaba ocurriendo no fuera conmigo, pero cuando sentí los porrazos metálicos en mi cabeza y las decenas de puñetazos por todo mi cuerpo, desperté… Todo se había desmoronado. Mi mujer fue detenida, mi madre y ocho personas más también. Mientras a mí me llevaban a la comisaría de la Brigada Judicial de Madrid, mi mujer se ponía de parto en el hospital de La Paz.

Al día siguiente a las 6:45 de la mañana nacía mi hijo. Yo estaba en los calabozos, con la boca y la cabeza cosida, lleno de mierda y sin poder haber visto nacer a mi único hijo. Ya ni recuerdo qué se me pasaba por la cabeza en aquellos momentos, supongo que sería una mezcla de rabia e impotencia, o quizá me diera cuenta de que estaba con la mierda al cuello.

Después de tres días en los calabozos y un día de juzgados y declaraciones, decidieron mandarme para Soto del Real. Fijaos qué tontería, cuando iba en ese autobús de la Guardia Civil me sentía libre, pero fue atravesar los muros de la prisión y me dije a mí mismo: «Flako, tienes cama y habitación pa cuatro años…», y así fue. El jefe

de los policías que me detuvieron me llegó a decir que iba a salir de la cárcel cuando él se jubilase. Tardé cuatro años, dos meses y seis días en conseguir el ansiado tercer grado. Y cuando salí en tercer grado todavía veía a aquel policía en televisión dando declaraciones, todavía no se había jubilado.

La cárcel me sirvió para darme cuenta de muchas cosas sobre la delincuencia y los delincuentes. Muchos (un alto porcentaje) mienten en sus delitos, nunca entendí eso. Si han robado seis, se marcan la de que se llevaron diez y así sucesivamente en diversos delitos… Nadie es más o es menos por haber robado más o haber robado menos, ya que todos hemos acabado en el mismo sitio. Pero sí que es verdad que, depende de donde te hayas metido a robar, tienes un grado o tienes otro. Luego, está el equipo de «profesionales» que hacen que una persona opte en más o menos tiempo a sus beneficios penitenciarios…, que de estos me río yo. Os pongo mi caso como ejemplo:

En toda mi condena solo vi una vez a la jurista y un máximo de treinta minutos a la psicóloga, contando todas las veces que vino a visitarme. Aquí va la profesionalidad; cuando pasé por mi segunda junta de tratamiento donde me fue concedido el permiso (en la primera junta me fue denegado), la jurista hizo un voto particular negándose a mi salida. Eso hizo que la jueza de vigilancia de por aquel entonces, la famosa Torrecilla, me mandase a los juzgados de plaza Castilla para pasar un examen psicológico. Según la jurista, yo tenía un alto grado de reincidencia, había generado una gran alarma social y mis delitos eran muy violentos… Bueno, pues el examen del psicólogo forense determinó que mi entorno familiar, mis hábitos laborales y el no consumo de sustancias estupefacientes hacían que mi salida de permiso fuese un factor en beneficio de mi persona. Solo una vez me vio la jurista. Desde que salí de prisión en tercer grado el 2 de noviembre de 2017, no he parado de trabajar y, para llevar la contraria a la jurista, todavía no he delinquido…

Bueno, supongo que las personas que lean esto y hayan sufrido los barrotes del presidio les sonarán estas aventurillas…, la mía es una más.

Aprovecho para mandar un mensaje: pensad que la vida es una sola y hay mil formas de vivirla, pero hay una forma que no es real, la prisión no es para nosotros. Luchemos por no volver a caer en las redes de este sistema, luchemos por estar junto a los nuestros y luchemos por vivir en libertad.

La historia nos enseña que las grandes victorias vienen de derrotas superadas…

EL FLAKO

11

«AHORA ES DEMASIADO TARDE, PRINCESA»

De la heroína no se sale nunca. Si caes en su garras, no te dejará.

Xavier Pomès, exconseller de Interior y médico anestesista.
BCN. 1999

Hoy es viernes, 16 de junio de 2023. A mis manos ha llegado un informe reciente del Plan Nacional sobre Drogas cuyo contenido nutre de datos el macroinforme anual 2022 de la Secretaría de Estado de Seguridad por lo que se refiere al tráfico y consumo de sustancias estupefacientes.

De la lectura de este dosier y transcurrido el periodo de Covid se desprende que los parámetros criminales se van normalizando y resituando. Así, entre otras cosas, observo con preocupación que el consumo de heroína (sola o mezclada con otras sustancias) que desde principios de este siglo había empezado a descender (de forma rápida primero aunque más lenta y constante después) ha repuntado. Uno se pregunta: ¿y esto cómo es posible? ¿Acaso la gente joven (por lo que dicen los informes, los nuevos novios/as de esa droga tienen entre dieciocho y veinticuatro años) no sabe del efecto letal que en la inmensa mayoría de los casos provoca la heroína en quienes la consumen? A estas alturas, ¿alguien desconoce el poder destructivo de esta droga que se cargó a una generación entera de nuestra juventud allá por los ochenta y dejó lastrada a la siguiente?

Sí, desde hace tres años ha subido el porcentaje de personas que se declaran adictas al caballo y que, en consecuencia, precisan o reclaman tratamiento. La llegada masiva de jóvenes de Europa del Este (la cercanía de países como Georgia o Rumanía con Afganistán y Uzbekistán, principales productores de heroína, ha hecho que esta droga sea la sustancia estupefaciente de cabecera para los consumidores de aquellos países) a España ha hecho aumentar la demanda porque, además, el caballo que se vende aquí es cuatro o cinco veces más barato que el que se consume, por ejemplo, en

Rumanía.

Por otro lado, el cóctel de cocaína y heroína prolifera en la juerga nocturna de algunos garitos de multitudinaria concurrencia de nuestras grandes ciudades. La coca está al cabo de la calle. Desinhibe, invita a la sobreactuación, azuza los bajos instintos y acelera el ritmo de los acontecimientos. En auxilio de quienes se han pasado, consciente o inconscientemente, de frenada, está la heroína. Un «chino» de heroína, y las revoluciones abandonan el rojo para volver al verde, eso sí, a cambio de llevarse por delande millones de neuronas.

Esos dos aspectos han animado a la heroína a reponerse y volver a ocupar aquel espacio preeminente que ostentó hace años.

Mientras leo y tomo notas de los cientos de datos que aporta el informe, suena en mi *spoty* «Princesa», de Joaquín Sabina, en versión antigua, más lenta e instrospectiva de la que nos ha regalado el maestro en sus últimos conciertos: «Entre la cirrosis y la sobredosis andas siempre, princesa; con tu sucia camisa y en lugar de sonrisa, una especie de mueca…».

¿Una especie de mueca? Sí, eso, eso es. La mueca alicatada del rostro inerte de un hombre vivo. Esa es la fotografía del yonqui que de repente mi memoria ha puesto frente a mis ojos. Se trata de Fernando, un toxicómano adicto al caballo de forma irreversible que conocí en el «pinchadero» del barcelonés barrio de Can Tunis hace veintitrés años. No lo volví a ver desde entonces. Casi un cuarto de siglo y los datos me informan de que volvemos a las andadas. Consumo inconsciente, autodestrucción, muerte en vida. Los datos demuestran que todo cambia para que nada cambie. La droga pasa factura al desnortado y paga las facturas de quienes con ella trafican.

Al compás de «Princesa», frente a la frialdad de unos datos que al final constatan una vez más que tenemos lo que nos merecemos, busco y recupero de entre mis legajos un relato que escribí hace veintitrés años, y por el que parece que no ha pasado el tiempo:

> Lleva tres años viviendo bajo el puente de la Ronda del Litoral, en Can Tunis, y más de veinte «chutándose» heroína. Se llama Fernando, tiene cuarenta años y cuatro hijos a los que apenas ve:
>
> «Ayer estuve con el mayor, que tiene quince años. Vive en el Prat. No quiero que me vea aquí, bajo el puente, en medio de toda esta mierda. Ayer me pude duchar en casa de unos amigos. Aproveché que estaba presentable para ir a verlo».
>
> Fernando se autodefine como una reliquia:
>
> «Aquí todo el mundo me quiere. Los novatos o los que están más jodidos me llaman para que les pinche. Si alguien necesita

una chuta (jeringuilla), yo me busco la vida para conseguirle una nueva. Siempre guardo algún “tranquis” (Tranquimazine) por si alguien se queda sin caballo (heroína) o alguien se pone de mono (síndrome agudo de abstinencia). Mire usted a su alrededor…, no me diga que no es triste, parecemos muertos vivientes rodeados de basura por todas partes. Esta mañana he recogido un cubo lleno de americanas (jeringuillas de aguja blanda especiales parar venas hiperatrofiadas) y mañana más y siempre lo mismo».

Fernando me invita a sentarme con él junto al colchón de espuma podrido en el que duerme a la intemperie. A nuestra izquierda, un muchacho se está metiendo un pico en la pantorrilla. A nuestra derecha, dos mujeres escuálidas y somnolientas buscan por el suelo mugriento papel de plata para quemar el caballo. Son las once de la mañana y ya se han chutado cinco veces.

Fernando está en su hábitat, rodeado de destrucción pero sin inmutarse…:

«Llevo muchos años en este barrio y, desde hace tres, duermo en este colchón. Esta es mi casa y mi familia. En todo este tiempo he visto mil películas aquí, bajo este puente: redadas de la Policía, pedradas de cabezas rapadas que nos vienen a hostiar, amigos muertos mientras dormían o mientras les hablaba de cualquier cosa… pero… esta es mi familia, mi gente, y este es el lugar donde me encontrarás siempre. Bueno, siempre no. El día 1 de noviembre, el día de sus putos muertos, la Policía viene y nos echa de aquí. Ya te lo puedes imaginar. Por ahí delante pasan los políticos que van al cementerio (Cementerio de Montjuïc), y claro, nosotros no existimos. Ese día es tremendo, durísimo…, no hay caballo en todo el barrio. ¡Mierda de políticos!».

Fernando es un tipo delgado y alto, muy demacrado, de ojos grandes, tristes e hinchados. Su voz, muy castigada por el humo del tabaco y la grifa es ronca y débil. Las venas de su cuello se hinchan cada vez que sube el tono de voz.

«Compadre, no te importa, ¿verdad?».

«Cómo me va a importar, Fernando, estás en tu casa».

De uno de los bolsillo de su chaqueta de cuero, saca una jeringuilla ya preparada y, mientras me sigue hablando con absoluta normalidad, se la clava lentamente. Al mismo tiempo, sin mirarme, me pide un cigarro.

«No fumo, Fernando».

«Tranquilo, no pasa nada».

Con la jeringuilla hincada en el antebrazo, se levanta y le pide tabaco y fuego a un muchacho que viste un chándal rojo y roído. Vuelve a mi lado y se sienta. Yo intento aparentar que allí no pasa nada, que no siento nada. Fernando vuelve a su chuta y muy lentamente, como si de un acto litúrgico se tratase, se dispone a llenar de sangre el depósito de la jeringuilla para que el caballo se mezcle perfectamente. No puedo retirar la vista de su brazo. Él parece tranquilo, confiado. Yo lo intento aparentar, aunque tengo la sensación de que no lo consigo. Tengo la boca seca, me sudan las manos y el corazón se me escucha cada vez más. Él sigue hablándome de su infancia, de la cárcel, de la delincuencia, y yo sigo hipnotizado por aquella jeringuilla diminuta y sanguinolenta. Finalmente se lo mete todo de forma lenta, muy lenta, pero imparable.

Se limpia la herida con la lengua, guarda la jeringuilla en una botella vacía de Font Vella, sonríe, cierra los ojos y sigue hablándome de su vida:

«Mira, llevo más de veinte años picándome caballo, he perdido a mi mujer, a mis hijos y a muchos de mis amigos que o están presos o están muertos. La Policía de media Barcelona va tras mis pasos. Qué quieres que te diga, que me importa un huevo mi vida.

»Solo tengo dos motivos para levantarme cada mañana: el primero es ayudar a toda esta pobre gente. Tengo el sida, la hepatitis y no sé qué otra mierda. Por eso me dedico a enseñar a los jóvenes a que se chuten con prudencia y con higiene. Cuando yo tenía veinte años no existían ni la metadona ni el agua destilada. El segundo motivo es poder seguir chutándome hasta reventar. Tengo cuarenta tacos y no tengo futuro. ¿Centros de desintoxicación? Ahora ya es demasiado tarde».

Hoy, viernes 16 de junio de 2023, alguien me ha dicho que Fernando murió de sobredosis hace veintidós años en la cárcel Modelo de Barcelona. DEP.

12

DEL CIELO AL INFIERNO

Artur pasó tres años en la cárcel por haber participado en varias peleas. Los golpes no cesaron con su detención. Para él la cárcel fue una gran escuela. Una escuela de maldad.

Carlos Quílez

Ya estábamos en invierno cuando me di cuenta de que estaba preso en una celda de aislamiento en una de las alas psiquiátricas de una cárcel de Madrid… Después de veinte maravillosos días de vacaciones en España, ahí estaba yo… y ni siquiera era consciente de cómo había llegado a esa cama.

Tras pasar unos meses en un hospital, cuyo nombre ni recuerdo, en un proceso de tratamiento por un brote psicótico que me había dado por el uso y abuso de las drogas, pasé tres meses de mi vida encerrado en una habitación con una cama, una silla y una mesa de apoyo en aquella ala psiquiátrica de la prisión. Era visitado tres veces al día por el equipo médico y pasaba los días ahí encerrado, incluso las semanas, sin saber si era de día o de noche…, ni siquiera era consciente del motivo exacto de mi aislamiento. Me sentía poseído por un ser demoníaco…, recordaba vagamente que había tenido una pelea y que casi me matan a golpes, intentaba recordar qué había pasado antes o después de llegar al hospital, pero seguía sin saber por qué me encontraba en aquella situación. Mi mente estaba en blanco.

Con el tiempo supe, porque me lo dijo mi madre en una visita, que me faltó bien poco para matar a un señor y que su pareja, asustada, se había tirado por la ventada con miedo de que le hiciese daño también a ella.

En esos tiempos, aislado del mundo por completo, fui maltratado por algunos de los policías que me controlaban. Me ponían músicas incitándome a la violencia: hip-hop, metal… directamente conectado al megáfono de mi habitación. Yo, por entonces, entendía muy poco de castellano, pero ya lo suficiente como para que, junto con mis

paranoias persecutorias, esa situación se me hiciese todavía más terrorífica…, un pozo todavía mayor. Un día no pude más y me enfrenté a los tres agentes que me vigilaban. A uno lo dejé KO, luego el que cayó al suelo fui yo… y uno de sus compañeros me golpeó reiteradas veces con una porra extensible en la cara y me rompió el hombro…

Pero no todo era malo del todo: las enfermeras y el médico que me acompañaban trataban de ayudarme de verdad a que me quedara más tranquilo. Me traían regalitos: revistas, periódicos, objetos para entretenerme, pero poco recuerdo del tiempo que estuve aislado en psiquiatría…, las drogas que me inyectaban eran más fuertes que las que me había inyectado yo antes de ser encerrado. Guardo, en especial, mucho cariño a una de las enfermeras… de cuyo nombre ya me olvidé. Ella me trataba como si fuese un hijo. Me acuerdo de que me llevaba patatas fritas y Fanta cuando yo ya ni me acordaba de que esas cosas siquiera existían.

Mis padres, por otro lado, me visitaban todos los meses. Ellos me traían comida, ropa, colonias, zapatillas nuevas…, cosas que nunca más he vuelto a ver. Si fueron los policías que me torturaban quienes se lo quedaron todo, eso no lo sé, lo único que guardo de esa etapa es el desprecio por la Policía, que me maltrató, y por la Justicia española, que, incluso con datos, hechos constatados, informes médicos y sabiendo lo que me pasaba, abusaron de mi vida, de la vida de mis familiares y de mis seres queridos. Me dejaron veintisiete meses a la espera de juicio, sin saber qué pasaría de mí el día de mañana. Veintisiete putos meses de ansiedad y temor…

Pero volviendo al momento de mi ingreso a prisión, en esa ala de psiquiatría tras mi estancia en el hospital: del centro de salud hasta la cárcel fui acompañado de otros reclusos. Había tres rumanos y un negrito del que no recuerdo su nacionalidad. Hablaban de fútbol. Los observaba y pronto me di cuenta de que eran personas muy marginales…, pronto entendí, viendo esa imagen, que mi vida ahí no sería nada fácil, yo tan solo era un chavalín que lo único malo que había hecho era amar a quien no merecía ser amado.

En el viaje me acordé de un consejo que me dio una vez un policía que estuvo conmigo en el hospital: «Cuando llegues, hazte el loco». Lo único que tenía en la cabeza era esa idea, hacerme pasar por loco, para que cuando llegase al destino me destinaran de nuevo al hospital, pero no pensé en las consecuencias, entre ellas la de quedarme más meses bajo los efectos de las drogas. Lo único bueno era que, por lo menos, no iba a tener que enfrentarme, por ahora, con violadores, pelas y cuchillos a quienes sus palabras ni entendía. De modo que así lo hice: al llegar a prisión puse un cubo de basura (¡limpio!) sobre mi cabeza y empecé a chillar y a dar puñetazos al aire. Los funcionarios,

al verme, me enviaron directamente para enfermería y entonces me derrumbé… ¡Yo quería volver al hospital y no irme para enfermería! Don Nemesio, un funcionario, de los mejores con los que me topé, me convenció de que aquello sería mejor que el hospital y ya me quedé más tranquilo. Me desplazaron a una especie de ala psiquiátrica dentro de la cárcel, donde pasé mis primeros tres o cuatro meses, no lo recuerdo, esperando ir a casa… pero no, eso no llegaba. Eso era un puto INFIERNO, donde yo era «el más loco».

La verdad es que, al inicio, la rabia era tan grande que solo pensaba en matar a cualquier persona que hablara castellano conmigo. Solo deseaba que todo el mundo de ahí muriese, no daba crédito a lo que estaban haciendo conmigo. Pronto, sin embargo, conocí a un doctor de mi misma nacionalidad y lo primero que le pregunté fue «por qué había venido a trabajar a un país de mierda como España». Pronto empaticé con él y sentí que era de confianza. Hablar el mismo idioma quizá ayudó bastante y terminó convirtiéndose en un gran amigo durante mi estancia en la cárcel… En esa fase inicial, otro preso me ayudó mucho, me hizo sentir más seguro, en su voz encontré confianza y tuvo varios gestos conmigo que me hicieron creer que ahí no todos eran mala gente. Al contrario de lo que yo pensaba, en prisión también había gente con buen corazón, capaz de entregar su amor y su bondad con pequeños gestos: regalarte una camiseta vieja para poder vestir, por ejemplo… Pero a parte de él, muy pocos me generaban confianza, entonces presioné para no mezclarme con la masa y seguir en aislamiento.

Pronto quisieron llevarme a un módulo normal y yo les mentía, les decía que escuchaba voces, que tenía mucho miedo, mientras suplicaba que no me echasen de aquel minúsculo espacio que yo ya conocía y donde me sentía mínimamente confortable. Y, perdónenme si hablo mal, pero todo esto fue culpa de la zorra de mi abogada de oficio, que desde que me detuvieron siempre me dio esperanzas de que en un mes yo me iba para casa y, al final, pasaron dos años. Un trauma para mí y para mi familia. Eso me hizo mucho daño, no quería, ni había necesidad de exponerme a un módulo normal. ¿Para qué? Entré como un loco y saldré como un loco, pensaba. Pero a mí eso me daba igual porque no quería volver a pisar este país nunca más. Tampoco quería convivir con doscientos criminales. Yo estaba rodeado de locos, pero al fin y al cabo eran locos inofensivos. Qué más me daba a mí.

Los meses pasaban y, sin embargo, yo continuaba preso. El clima de la enfermería era miserable, pero a pesar de alguna excepción, eran criminales majos. Gente que sabía hablar y con quien se podía jugar al ajedrez. En enfermería éramos unos veinte zumbados, unos más que otros, y con la droga dura que nos daban aquello era un verdadero

circo. En esa zona solamente teníamos un salón para todo: para fumar, jugar y comer. Yo estaba anonadado, estaba rodeado de personas que nunca, bajo ningún pensamiento, podrían haber estado solos, sin la supervisión de nadie y sin apoyo de los médicos. Había gente que no podía ni ducharse sola, pero el psiquiatra tan solo venía una vez por semana a controlar la medicación…

Yo a la psicóloga solo la vi dos veces en cinco meses, y cuando la veía siempre iba con prisas. Un horror, pero la realidad era que a mí me daban mucha pena aquellas personas. Me acuerdo mucho de Flores, un pobre incapacitado, con una discapacidad mental, que ni comer solo podía. A él le encantaba Camarón, lo cantaba muy mal, pero con toda su alma. Llevaba años preso y quien se hacía cargo de él eran otros delincuentes, hombres que habían cometido delitos de todo tipo, pero que acudían a enfermería para ganarse beneficios penitenciarios. Yo, a pesar de jugar con los demás, charlar, intercambiar ideas sobre mi situación, me mostraba alejado del resto, hasta que conocí a un chavalín de mi edad. Ricardo ya había estado preso dos veces antes y vivía la cárcel como si de su barrio natal se tratase. En varias conversaciones conmigo me preguntó por qué no me iba a un módulo normal, que había más personas como yo, de mi edad, que había cancha de fútbol, mesas de ping-pong, también pista de baloncesto, biblioteca y otras cosas buenas, porros incluso. Me lo vendió tan bien (no por los porros, eso era lo último que quería volver a ver en mi vida) que decidí hacerle caso. Había diecisiete módulos, yo soy una persona educada, no tenía por qué salir mal. Y así fue: me trasladaron a un módulo tranquilo y me pusieron a compartir celda con un tipo de cuarenta años que acababa de llegar de Perú. Yo lo sentía tranquilo, relajado, como en un puto hostal, y a raíz de esta primera buena conexión empecé a conocer gente en el módulo, en el que convivía con otras doscientas personas. Fue fácil, más fácil de lo que imaginaba. Compartí historias con otros reclusos, charlaba con personas de aquí y de allá, me di a conocer, enseñaba mis habilidades en el ping-pong, iba al gimnasio y estaba bien, mejor que drogado en enfermería. Al final, la cárcel de verdad no era como yo me la imaginaba. Se parecía más a un pequeño pueblo o a un colegio que a un sitio oscuro y peligroso; había distintos grupos: unos jugaban a las cartas, mientras otros pintaban o hacían deporte. Unos caminaban, tomaban el sol, escribían, otros trapicheaban…, una sociedad dentro de la sociedad, pero sin mujeres, sin animales, sin críos, donde los únicos seres con los que había un cierto contacto era con los cuervos y las urracas que hacían ahí sus nidos.

Lo peor era pensar en mis padres, en mis primas y primos pequeñitos que tanto quería ver, en mi ahijado, en mis tíos, mis abuelos…, en mis amigos… ¡¿Qué sería de todos ellos?! Solo quería

que supieran que yo estaba bien y que pasara lo que pasara no debían preocuparse por nada. Pero también sabía que solo los podía tranquilizar por teléfono, siendo ellos los únicos que podían ayudarme desde fuera. Ellos y mi abogada eran los únicos que me podían ayudar, que podían hacer por recuperar mi vida. Les llamaba todos los días para que supieran que estaba vivo. En esos dos años y medio que permanecí encerrado, tres murieron en aquella cárcel por peleas varias, pero por suerte en mi módulo apenas pasaba nada.

En la cárcel había una escuela y recuerdo frecuentarla a menudo. No me dejaron inscribirme en la universidad porque no tenía mi pasaporte en regla y, en realidad, a mí me hubiese encantado estar fuera de esas paredes para poder terminar mis estudios en mi país natal. Una pena de sistema judicial, pero la estancia en prisión me sirvió para aprender un nuevo idioma, volví a recordar temas olvidados de la ESO, me distraía e iba al gimnasio para sentirme activo. Aproveché también para hacer infinitos talleres. Todo lo que pudiese hacer para enriquecerme, lo hacía. Sin duda, lo que más me gustaba eran las charlas de los sábados: venían artistas, profesores, autores, médicos, gente de lo más diverso para enseñarnos algo nuevo y distinto. Venían incluso mujeres, todas guapísimas. Me daban ánimos y esperanzas para salir. Sus sonrisas, sus palabras, el ánimo que me transmitían me activaban el corazón y me daban alegría. Una alegría que podía durarme tres horas o tres días, pero sea como fuese significaba un chute brutal de ánimo.

Esos momentos eran importantes porque en prisión, en cualquier momento, se pueden girar las tornas y que todo se vuelva oscuro. Era tan simple como la llamada del abogado diciéndote que tu proceso no avanzaba nada. El mismo lío de siempre: tribunales llenos, lío de papeles, falta de jueces, bla-bla-bla-bla… En mi caso estas noticias me las daba la zorra de mi abogada… Estas malas noticias se reciben, pero eres un chavalín de veinte años, de buen corazón, que bien poco sabe de la vida y que aterriza de pronto en una cárcel en un país extranjero, un pececillo rodeado de tiburones: psicópatas, asesinos, timadores, violadores… y gente muy perturbada en un contexto muy perturbador con facilidad para dañarte, herirte y torturarte. Sobre todo, si ellos son los experimentados y tú el chavalín. Poco a poco, sin embargo, te vas adaptando, creciendo y ocupando tu espacio. Además de los voluntarios, y mis padres que venían una vez al mes, éramos visitados por muchos colectivos: religiosos, sociales, sanitarios…, gente que me hacía sentir bien; me trasmitían la confianza para contarles mis cosas, mi experiencia, mi historia, incluso mis miedos. Hay dos personas, en especial, dos curas, que llevaré eternamente en mi corazón: Francisco y Paulino. Por sus palabras de apoyo, por la esperanza que depositaron en mí, por su amor… Al final este infierno

en el que viví también tiene su parte humana y buena y yo doy gracias a Dios por haber podido vivir muchos de los momentos que viví también ahí encerrado. En prisión conocí a gente que me enseñó una lección de vida nueva cada día y en especial me quedo con aquellos que me ayudaron a poner fin a la vida de drogas y alcohol que iba a terminar matándome.

Perdí tres años de mi vida, sí, pero recuperé paz y rumbo. Ahora sé qué es lo que definitivamente NO quiero en mi vida, ni para mí, ni para mi entorno.

ARTUR

13

SECUESTROS DE OLOT: CORRAMOS UN TUPIDO VELO…

Sabremos la verdad jurídica pero no la verdad de lo que ocurrió.

Fernando Lacaba, presidente de la Audiencia Provincial de Girona, y del tribunal que juzgó y condenó a los secues tradores de Maria Àngels Feliu

Efectivamente. El secuestro de la farmacéutica de Olot, Maria Àngels Feliu, acaecido en 1992, concluyó con una sentencia condenatoria sólida, firme y anclada en los parámetros más convencionales e incuestionables del derecho procedimental. Vamos, que era una de esas sentencias estéticamente pulcras que nadie tenía demasiadas ganas de cuestionar o, incluso, recurrir.

Pero la sentencia del llamado «caso Olot» no cubre ni tapa ni ampara muchas pequeñas y grandes vicisitudes, circunstancias e informaciones que, por sí mismas y entrelazadas, encienden de forma inevitable la luz de alerta del escepticismo respecto a un caso que fue y sigue siendo turbio.

Este capítulo no pretende reescribir el relato factual de los hechos, pero sí aportar algunos datos inéditos no recogidos en los miles de noticias que, respecto al secuestro, no fueron publicadas ni en los medios de comunicación ni en los libros antiguos o recientes escritos sobre el particular.

Son informaciones que quizá incomoden en la medida en que para muchos el caso de la farmacéutica de Olot, conocida la sentencia, quedaba finiquitado y bien finiquitado.

Este es el relato oficial de unos «hechos probados» que me dispongo a zarandear con datos que, con el paso de los años, sin prisa y con mimo, he ido acumulando, puliendo y clasificando.

Veamos qué dice la sentencia:

> FALLO
>
> 1.° CONDENAMOS a los procesados David Pio, Horacio

Borja, Melisa Esmeralda, Hipolito Dario y Justo Teofilo por los delitos y a las penas que a continuación se establecen:

A) Como autores responsables de un delito de detención ilegal, subtipo agravado de secuestro y de duración de más de quince días, ya definido, concurriendo en David Pio, Horacio Borja e Hipolito Dario la agravante de disfraz, y además, en Horacio Borja la de ensañamiento, en David Pio, la de prevalerse del carácter público y en Justo Teofilo la atenuante de aminoración de los efectos del delito, a las penas de:

a) DIECISIETE AÑOS Y CUATRO MESES DE RECLUSIÓN MENOR para los procesados David Pio y Horacio Borja.

b) TRECE AÑOS Y TRES MESES DE RECLUSIÓN MENOR a la procesada Melisa Esmeralda.

c) DOCE AÑOS DE PRISIÓN MAYOR al procesado Justo Teofilo.

d) DOCE AÑOS Y TRES MESES DE RECLUSIÓN MENOR al procesado Hipolito Dario.

A dichas penas debe añadirse, para los supuestos de pena de reclusión, la accesoria de INHABILITACIÓN ABSOLUTA durante igual tiempo de condena, que produce la privación definitiva de todos los honores, empleos y cargos públicos que cada uno de ellos pueda tener, aunque sea electivo y, además, la incapacidad para obtener los mismos o cualesquiera de los otros honores, cargos o empleos públicos, y la de ser elegido para cargo público, durante el tiempo de condena (art. 35 CP 1973), y para el supuesto de pena de prisión mayor la accesoria de suspensión de todo cargo público y derecho de sufragio durante el tiempo de condena (art. 47 CP 1973).

B) Como autores de un delito de lesiones graves ya definido, sin la concurrencia de circunstancias modificativas de la responsabilidad criminal, a las penas, para cada uno de los procesados Horacio Borja, David Pio, Melisa Esmeralda y Justo Teofilo, de CINCO AÑOS DE PRISIÓN MENOR, con más las accesorias de suspensión de todo cargo público y derecho de sufragio durante el tiempo de condena.

C) A Hipolito Dario, como autor de un delito básico de lesiones, ya definido y sin la concurrencia de circunstancias modificativas de la responsabilidad criminal, la pena de DOS AÑOS CUATRO MESES Y UN DÍA de PRISIÓN MENOR, con más las accesorias de suspensión de todo cargo público y derecho de sufragio durante el tiempo de condena.

D) Con carácter accesorio imponemos a todos los procesados condenados la expresa prohibición de que los mismos vuelvan a

la Ciudad de Olot, en que cometieron el delito, de que se aproximen a la víctima o a sus familiares dentro del segundo grado de consanguinidad o afinidad y de que se comuniquen con la víctima o los mismos familiares, durante un tiempo de CINCO AÑOS que se comenzará a computar en los periodos en que los condenados comiencen a disfrutar de los permisos penitenciados a que tuviesen derecho según la normativa penitenciaria y que continuará en los periodos de libertad condicional y de libertad definitiva.

E) En concepto de responsabilidad civil condenamos a pagar al procesado Horacio Borja, la suma de 235.000 euros; al procesado David Pio, la suma de 235.000 euros; a la procesada Melisa Esmeralda, la suma de 192.500 euros; al procesado Justo Teofilo, la de 180.500 euros, y al procesado Hipolito Dario, la de 157.000 euros.

Todos ellos responderán del pago a Zulima Salome de manera solidaria entre ellos de la totalidad de la indemnización (un millón de euros) sin perjuicio de la facultad de repetición entre ellos por lo que supere sus respectivas cuotas. Dichas sumas devengarán el interés legal previsto en la Ley de Enjuiciamiento Civil.

F) Imponemos a dichos condenados el abono de las cinco octavas partes de las costas procesales causadas, incluidas las devengadas por la acusación particular.

G) ABSOLVEMOS a los procesados Adriano Desiderio, German Jesus y Cornelio Torcuato de los delitos de detención ilegal con secuestro y de lesiones por los que venían siendo acusados, con levantamiento de las medidas cautelares que a los mismos afectan adoptadas a lo largo del proceso, y declaración de las tres octavas partes de las costas que les correspondían, de oficio.

En el cumplimiento de las penas privativas de libertad, a las condenados les es de abona el tiempo sufrida de privación de libertad por esta causa, si no figura abonado en otra.

En las piezas de responsabilidad civil se habrá resuelto o se resolverá sobre la solvencia o insolvencia de los ahora condenados.

Acordamos la devolución del vehículo, marca Hyundai, matrícula H-….-OS, a su propietario, D. Ezequiel Mariano, que fue intervenido en el domicilio del procesado, Horacio Borja.

Notifíquese en audiencia pública esta resolución a las partes.

Frente a esta sentencia cabe interponer recurso de casación

para ante la Sala Segunda del Tribunal Supremo, en el término de CINCO DÍAS siguientes a su última notificación y que deberá prepararse ante esta misma Audiencia Provincial.

Así por esta nuestra sentencia, lo pronunciamos, mandamos y firmamos.

Pues bien, lo siento mucho por aquellos que militan en eso de dar por buenas las sentencias condenatorias firmes, sólidas y ancladas en los parámetros convencionales del derecho procedimental, pero yo no me lo creo. No. No me creo que un *segurata* de discoteca, su rubia y felina novia, un *pagesote* con pinta de *pagesote*, unos guardias urbanos, un toxicómano y alguno más que pasaba por ahí perpetrasen en solitario y de forma espontánea este insólito secuestro del que se sabe el desenlace de la verdad jurídica, pero, como decía el propio magistrado ponente de la sentencia, «no tanto la verdad real».

¿Se pagó rescate? ¿Por qué un día (27 de marzo de 1994), de buenas a primeras, al tal Iñaki (Sebastià Comas) se le ablandó el corazón (¡qué historia tan bonita y almibarada!) y, semienamorado de Maria Àngels Feliu, esto es, después de 450 días de cautiverio (tiempo más que suficiente, sin duda, para que fragüe el amor), la dejó en libertad con una lágrima en los ojos y con el perfume de Maria Àngels recorriendo los rincones del zulo en el que estuvo cautiva al albor de su guardián?

No, no, no. No me lo creí entonces, y ahora, mucho menos.

Pasan los años y fíjense ustedes cómo es la vida. Cuando menos te lo esperas va y suceden cosas que parecen las notas de la partitura de una canción que siempre quisiste escribir y para la que te creías con poco talento. Me explicaré:

A mediados del pasado mes de julio de 2021 me cité con uno de mis mejores amigos, a la sazón, uno de los mejores, sino el mejor abogado mercantil de Barcelona.

Allí, en la mesa número 1 de la primera planta del restaurante Salamanca de la Barceloneta, compartimos vino y paella y hablamos de lo que nos gusta tanto: la política, la delincuencia, la vida. Carlos y David nos mimaron como de costumbre y a la hora del café nos invitaron a un malta ahumado para mi amigo y un ron tostado para mí.

En un momento dado, un hombre aparentemente más joven de lo que marca su carnet de identidad, empresario y financiero reputado y buen amigo de mi amigo el abogado, irrumpió en el comedor. Ambos se saludaron afectuosamente. El recién llegado tenía una cita importantísima con unos inversores andorranos para la firma de un suculento contrato de compra y venta de no sé qué industrias. Me lo presentó, nos estrechamos la mano y como la sobremesa se preveía

plácida y larga, le invité a tomar el café con nosotros una vez acabara su comida de trabajo.

Y así fue. El financiero era un tipo de esos con pinta de tiburón de los negocios y, sin embargo, no por ello mala persona. Con sonrisa socarrona y mirada afilada me lanzó varias trampas para saber hasta qué punto yo era, o no, más o menos, de fiar. Debí de aprobar el chequeo —eso creo— porque empezamos a hablar con evidente naturalidad de lo humano y de lo divino.

El tipo conocía a sinvergüenzas con los que yo tenía relación por mor de mi oficio o al menos conocía por el mismo motivo. Me pareció un tipo muy bien situado en los corrillos donde se cocina la información sensible de la ciudad y, aunque trató de no evidenciarse, a medida que avanzaba la tertulia, no hizo ningún esfuerzo por evitarlo. Así que mi amigo el abogado y yo estábamos sentados frente a un tipo cuyo adinerado culo estaba aposentado en medio de la pomada. Y, entre copa y copa, cada cual desplegó sus plumas de pavo real y el susodicho arrojó sobre la mesa algunas monedas muy, muy interesantes, como si fuera una especie de tarjeta de presentación. Lo hizo inmediatamente después de preguntarme que cuál había sido la noticia en primicia o exclusiva más importante que yo había dado.

Me vino a la mente el día 27 de marzo de 1994 a las cinco de la mañana, cuando un guardia civil con el que yo me relacionaba, uno de los tipos más despreciables del benemérito instituto que jamás haya conocido, me llamó por teléfono. El auricular colgaba en la pared del salón de la casa donde vivía con mis padres y hermanos. A aquellas horas intempestivas solo podía tratarse de una mala noticia o de una buena-mala noticia periodística. Y fue lo segundo:

—Escucha, Carlitos, soy fulano. Que la guarra de Olot, sí, sí, la guarra de Olot —(perdonen, la grosería no es mía, es que el tal guardia hablaba así…)—, la farmacéutica, coño, ¡que está viva! Que está en una gasolinera de Lliçà. —(a unos veinticinco kilómetros de Barcelona)—. ¡Que está aquí, hecha una mierda, pero está aquí! ¡Que la han *soltao*!

Mis padres se habían despertado y me observaban atónitos allí en el comedor de casa, ella en camisón, él en pijama y yo en calzoncillos y enganchado al teléfono mirándoles, hablando con un tipo hiperventilado que tuvo la extraordinaria amabilidad de acordarse de mí y de hacerme partícipe de una noticia que en aquel momento tenía un extraordinario calado. Extraordinario.

—Fulano, me cago en lo que no está escrito, ¿qué coño me estás diciendo? Esta tía está muerta, ¡joder!, que lo dice la jueza. —Mi padre, boquiabierto, pasó el brazo por el hombro de mi madre, que no entendía nada.

—Que no, joder, que te lo juro por mis muertos, que está aquí, que

la estoy viendo. Que está llorando, que le hemos puesto una manta y ahora se la llevan pa'l hospital. Que se ve que el secuestrador ha sentido pena y la ha *soltao*.

—¿Pena…?

—Bueno, joder, pena o lo que coño sea, igual han *pagao* o se les ha *escapao*, pero que la farmacéutica está viva eso te lo juro por Dios… ¡Si hasta se ha tomado una lata de Coca-Cola que el tío de la gasolinera le ha sacado de una máquina!

No hubo dinero de por medio. Digo entre el guardia y yo. Si se preguntan por qué un agente de la autoridad se pasa por el forro el secreto profesional jugándose la expulsión del cuerpo o algo incluso peor, solo puedo responderles que esa explicación la voy a dejar para otro libro. El porqué mi fuente era un tipo despreciable, también.

En resumen, le dije al financiero y a mi amigo abogado que aquella noticia, aquella madrugada, aquella tensión casi apelmazante, la mirada atónita de mis padres («Hijo, deja de hablar de criminales y dedícate a los deportes», me decía una y otra vez, protectora y asustada, mi santa madre…), la sensación de control sobre una noticia de aquel enorme calado, todo aquello, confluyó sin duda en que la aparición con vida de la farmacéutica de Olot haya sido y es una de las noticias que más recuerdo y de las que, con la perspectiva que da el tiempo, más orgulloso me siento.

Y sacó las monedas. El financiero levantó la ceja como Clark Gable. Acompañó el gesto con una mueca socarrona mientras dio cuenta de un leve sorbo de su taza de café. Guardó silencio un par de segundos y giró la mirada hacia su amigo abogado buscando complicidad o anunciándole que un servidor había descorchado una botella de vino cuyo *bouquet* él conocía perfectamente.

Apoyó la palma de las manos en los brazos de la silla, tomó aire y dijo:

—Como la cosa ha prescrito, te voy a explicar lo que ocurrió. —Lo hizo sin arrogancia, pero con la firmeza con la que actúa alguien solvente—. Por aquel entonces, yo era director regional para Catalunya del banco francés BNP Paribas. Un día recibo una llamada de la central en París y me dicen que un cliente del banco necesita trecientos millones de pesetas en efectivo. Me dicen que el cliente es vecino de Olot, en Girona, y que la operación que había diseñado el banco para satisfacer su demanda se sustentaría en un préstamo por ese importe que le íbamos a conceder contra-avalado con sus cuentas en nuestra entidad en Suiza. Mis superiores me dicen que, una vez hecha la operación, tendré que retirar en ventanilla el dinero y, desde Barcelona, entregarlo a su destinatario en Olot.

»Me hicieron firmar un *compliance* al respecto y yo, insisto, siempre siguiendo las indicaciones de mis superiores, me dispuse a lo

convenido.

»Días después me llamó un señor. Dijo ser Josep Capdevila. Un hombre mayor, octogenario, empresario, vinculado con el negocio de las grúas, que tras una amable conversación me pidió cita presencial para la semana siguiente. Yo, encantado, acepté. Capdevila era el cliente.

»En aquella primera reunión no fue explícito, pero sí extraordinariamente amable. La música del secuestro de la farmacéutica de Olot sobrevolaba la cita. Él decía sin decir. Yo procesaba sin preguntar. Nos emplazamos a una comida inminente en Besalú, Girona, cerca de Olot.

»Allí nos vimos en un lugar austero y con una comida austera. La reunión fue absolutamente entrañable. Aquel hombre era un tipo sabio que derramaba ternura. Era de ese tipo de personas que parecerían incapaces de traicionar a un amigo o de faltarle al respeto al prójimo. No tardé ni diez minutos en saber que el amigo al que no solo no iba a traicionar sino al que iba a ayudar hasta las últimas consecuencias era Tomás Feliu, el patriarca de la familia más poderosa de Olot, el padre de Maria Àngels, que por entonces ya llevaba más de doscientos días secuestrada (muerta, según la propia autoridad judicial). En el maletero de mi coche, trescientos millones de pesetas que trasladé hasta Besalú sin despliegue alguno de seguridad. Tras los postres, la ratafía y el café, le entregué el maletín y firmó los recibís preceptivos, siempre según lo acordado.

»Nos despedimos, pero no tardamos demasiado en volver a encontrarnos. Era innegable que hubo química entre nosotros dos. Esta vez fue en su casa, en Olot, donde me invitó a comer, y allí, y en el transcurso de aquella cita, sí abrigué la certera constatación de que ese dinero que Capdevila se había autoprestado con la ayuda del banco para el que yo trabajaba era el montante de un rescate que los Feliu estaban pergeñando a espaldas de la Guardia Civil para recuperar a la farmacéutica.

»Semanas después, Maria Àngels fue liberada. Lo anunció la cadena SER y horas después lo confirmó Joan Capdevila, portavoz de la familia Feliu, un tipo que por su fisonomía me pareció hijo de Josep.

Detenidos y absueltos.

El derecho penal actúa sobre la sociedad como lo hace un notario ante una escritura pública: da fe de los hechos sometidos a su escrutinio y omite pronunciamiento alguno sobre esos otros, colaterales o accesorios, que no desvirtúan lo palmario.

Así pues, la sentencia del caso Olot se sustenta sobre unos mimbres factuales objetivos y, en consecuencia, con unos fundamentos jurídicos perfectamente imbricados. Pero, si bien es cierto que eso es así y que

el juicio se desarrolló con absolutas garantías procesales para acusados y víctima, la sentencia no contempla, como vengo sosteniendo, otros extremos, datos o «casualidades» que, por motivos que se me escapan, no pasaron por el microscopio del juez. Esos «datos» nunca debieron pasar desapercibidos para aquellos que los conocimos y que, aun no llevando toga, teníamos la obligación de escudriñar los hechos de los que íbamos a informar.

Me dispongo a explicarles algunos:

Veamos: Xavier Bassa, Joan Casals y María Ángeles Mariño.

Los tres fueron acusados del secuestro y asesinato de Maria Àngels Feliu. Basas era un exdetective, Casals, un comercial, y Mariño, una exmodelo esposa de este.

Los tres fueron exonerados de culpa, pero pasaron un calvario terrible durante meses que les estigmatizó como maquiavélicos monstruos hasta pocos días antes del juicio. Todos teníamos la sensación de que los tres «cerebros del secuestro y asesinato» de Maria Àngels Feliu no iban a ser condenados. Nadie se atrevía, sin embargo, a poner las dos manos por ellos. Yo tampoco.

Y así ocurrió. Absolución para ellos y condena para los autores confesos que nunca implicaron en la trama ni al detective, ni al comercial ni a su esposa exmodelo.

Vayamos con los autores condenados en sentencia del caso:

¿Cómo fue la detención de Antoni Guirado, Ramón Ullastre, Sebastià Comas, Montserrat Teixidor y José Luis Paz?

La Guardia Civil había puesto a su mejores hombres y mujeres en esta investigación, que desde el inicio estaba rodeada de una enorme expectación mediática y social.

Estaban los/las mejores, pero la investigación desde un principio fue un desastre. Como muestra un botón: un día, una mujer (familiar del político Ángel Colom y con quien Maria Àngels mantenía una relación muy estrecha) recibió una carta que contenía una cinta de casete. Eran los secuestradores. Era la voz de Maria Àngels cautiva. La farmacéutica, en esta cinta, y con un desgarrado mensaje, pedía a su padre que «pagase, por favor», que si no «la iban a matar». En dependencias de la casa cuartel de Olot, aquel sobre fue abierto en presencia de agentes de la Guardia Civil de aquel acuartelamiento, de la comandancia de Girona y de la IV zona de Catalunya, encargados de la investigación. Un capitán de Policía Judicial recién llegado de Barcelona extrajo la cinta y la entregó a los agentes de Policial Judicial para su examen. Lanzó el sobre a la papelera y todo el mundo se puso a trabajar sobre el contenido de la cinta. Cuando los agentes y oficiales abandonaron aquellas dependencias, uno de los agentes procedentes de Barcelona regresó a la casa cuartel de Olot y, con la

ayuda de un bolígrafo, recuperó de la papelera el sobre, lo metió en una bolsita y lo llevó personalmente a sus compañeros de la Científica por si contenía el más mínimo resquicio probatorio (saliva, sudor, perfume…, en definitiva: ADN indubitado). En aquel sobre solo apreciaron restos del capitán de Policía Judicial, restos que, quizá, solaparon los que eventualmente hubieran dejado los secuestradores.

«Tenemos la íntima convicción, Carlos, de que algunos miembros de la Policía Municipal de Olot, y de personas cercanas a ese cuerpo, han participado directamente en el secuestro de Maria Àngels». Así me lo dijo, en plena investigación tras la liberación de Maria Àngels, un guardia civil enfrascado hasta las trancas en esta investigación. Ese agente, cuyo talento profesional, compañerismo y vocación de servicio yo conocía muy bien, no sabía mentir, cosa que yo sabía y por ello sus informaciones y observaciones siempre, en esta y otras investigaciones, me resultaron solventes. Descorchando aquella botella de la Policía Municipal, saldría todo.

Recuerdo que le pregunté sobre qué indicios tenían alrededor de aquellos policías locales y por qué estaba tan seguro de que la clave, una vez liberada la Feliu, radicaba en aquellos agentes de Olot.

Entre los muchos indicios que manejaba la Guardia Civil destacaré solo algunos que me confirmó a pies juntillas mi fuente, y más tarde, también, el malogrado teniente coronel de la Guardia Civil, exjefe de la Comandancia de Girona, Hilario Pérez Herbada, al que sus amigos y enemigos conocían como *el Camello* por su participación en la marcha verde del Sáhara y a quien sus amigos y enemigos respetaban y temían por ser de una dureza disciplinaria absoluta y con todos, no solo con la tropa, la cual cosa en cierta medida le honraba. Guardo un entrañable recuerdo de Pérez Herbada, con quien tuve la oportunidad de compartir viajes en nuestras respectivas motocicletas (la suya, una K-100, tiraba como un demonio), y porque me hizo partícipe de su peculiar fórmula para la eterna juventud: Pérez Herbada no fumaba ni bebía alcohol durante los primeros seis meses del año. En el segundo semestre, sí. Y esa alternancia la mantuvo estoicamente durante años.

Mi fuente me explicó que la Guardia Civil había podido hurgar en el corazón informático de la Policía Municipal de Olot y entre la mucha información obtenida (creo que sin conocimiento de la autoridad judicial ni antes ni después) apareció un dato revelador: Joan Casals, en los días inmediatamente anteriores al secuestro de Maria Àngels, había estado en Olot. No solo eso…, había estacionado su coche particular en una de las calles de la población. Pero lo hizo en una zona prohibida y fue multado. Esa multa, interpuesta por agentes de la Policía Municipal, fue registrada y, días después, eliminada del disco duro del dispositivo informático policial. Fue borrada con suficiente torpeza como para que los investigadores de la

Guardia Civil lo detectasen en ese barrido muchos meses después.

Sí, lo de Bassa, Casals y Mariño acabó en nada, pero la Guardia Civil, durante los meses previos al juicio, no hacía más que retroalimentarse con nuevos indicios que apuntaban a la participación de los tres en el asunto, indicios como por ejemplo este.

Otro ejemplo:

En los seguimientos a los que la benemérita sometió a los familiares o amigos próximos de Maria Àngels, tras el secuestro de esta, los agentes descubrieron información como para escribir varias novelas de *non fiction*. Algunos domingos, después de comer y antes de que el primer equipo de C. F. Olot disputara su semanal partido de liga, al que solía asistir el patriarca, Tomás Feliu, este y uno de los hermanos de Maria Àngels visitaban un piso en Ripoll, a unos treinta kilómetros de Olot. Eran visitas fugaces. Estacionaban el coche frente a la puerta del inmueble, el patriarca subía al enigmático piso, mientras su hijo restaba a la espera en el vehículo. Minutos después, bajaba y emprendían la marcha hacia el campo de fútbol. Esas extrañas vistas llamaron la atención de los investigadores, que pusieron aquel piso en su punto de mira.

Gracias a esos *apostaderos*, la Guardia Civil vio en varias ocasiones entrar y salir a una mujer que, aparentemente, guardaba muchas similitudes con María Ángeles Mariño, la exmodelo.

Y otro más:

José Luis Paz, exagente de la Guardia Urbana, fallecido por circunstancias vinculadas a su adición a la heroína, había mantenido una relación sentimental con una periodista. *Peinando* la vida y milagros de este agente, la Guardia Civil constató esa relación y mostró su escepticismo porque esa periodista, justamente, había difundido algunos datos y noticias que, por su cercanía con los hechos y por el fondo y la forma en cómo se había plasmado, cabía hacer pensar que la mensajera sabía mucho o sabía demasiado, y, en todo caso, lo sabía desde muy de cerca.

Y otro…, este quizá el definitivo:

Un día, llegó a manos del portavoz de la familia una cinta de casete con una voz convenientemente manipulada (sonaba a lo que coloquialmente llamaríamos «voz de *pitufo*») en la que un supuesto secuestrador instaba a la familia al pago de un rescate para obtener el retorno de Maria Àngels y este se tendría que producir en un encuentro privado que se establecería en el bar 2001 de la gerundense población de La Jonquera, en la misma frontera con Francia.

La familia Feliu puso esa grabación al servicio de la Guardia Civil y los investigadores montaron un dispositivo de extraordinarias dimensiones al objeto de cazar al secuestrador en el día y el lugar

convenido. Dicho encuentro finalmente no se produjo y todo el dispositivo no sirvió para nada, pero los analistas de la Guardia Civil, por diversos motivos, dieron credibilidad al mensaje, es decir, efectivamente se trataba de un contacto con los auténticos secuestradores de la farmacéutica de Olot y no uno más de los cientos de contactos y aproximaciones que con distinta motivación impostores o estafadores llevaron a cabo.

Dos de esos investigadores, probablemente dos de los mejores que yo haya conocido jamás, me vinieron a ver con esa cinta en la mano. Yo trabajaba entonces en los servicios informativos de Radio Barcelona y, por aquellas fechas, la cadena SER disponía, aunque en el sistema analógico de la época, de los mejores laboratorios de sonido del país.

—Necesitamos revertir la manipulación de la voz de esta cinta. Son los secuestradores.

A la nueve de la noche, una vez acabado el informativo, aquellos dos guardias y yo nos vimos con el técnico de sonido, Jordi Medrano (a la sazón, uno de los mejores, si no el mejor, con los que yo he trabajado). Jordi, en el segundo sótano del edificio de la radio, introdujo el soporte de audio en el sistema, pero a pesar de que exprimió todas las posibilidades técnicas que entonces tenía al alcance, resultó imposible revertir aquella voz de *pitufo* a la voz original. «Los secuestradores habían cambiado el ADN de la voz», nos dijo Medrano con sabio criterio. «Es imposible revertirla».

Saliendo de la radio y antes de tomarnos unas cervezas en el pub Bobby's Free, garito al que solía ir con algunas de mis fuentes, se me ocurrió una idea:

—Oye, de perdidos al río. La persona que, en mi opinión, más sabe de la voz humana, tanto en su vertiente expresiva como morfológica, es el profesor Ángel Rodríguez, docente de la asignatura «Radio como medio de expresión», de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Ángel Rodríguez había sido mi profesor en 4.º curso de la carrera. Me había suspendido en junio por mis reiteradas incomparecencias a clase (yo por entonces trabajaba en la emisora municipal de La Llagosta y en Radio Sabadell y me resultaba imposible asistir a todas las horas lectivas). Sin embargo, Rodríguez, al que en la facultad conocíamos como *Ángel exterminador* por su propensión a suspender al personal, me puso un sobresaliente en la convocatoria de septiembre. En fin, que con Ángel quedó una buena amistad y le requerí a los efectos del análisis de esa cinta. Y así, los dos agentes y un servidor nos personamos en las dependencias de la Facultad de Ciencias de la Información de la UAB, en concreto en unos de los laboratorios de sonido, dirigidos por el profesor Rodríguez.

No logro recordar y no encuentro entre mis notas si el informe que

al respecto del estudio de esa voz de *pitufo* elaboró el profesor Ángel Rodríguez se incorporó o no oficialmente al sumario. Pero, en todo caso, como ya adelantó Medrano, era imposible revertir aquella voz ni siquiera apuntar si pertenecía a un hombre o a una mujer. Sin embargo, Rodríguez sí facilitó otros datos de enorme interés correspondiente al análisis sociolingüístico del contenido del mensaje: quien quiera que hubiere puesto su voz, era originario de Catalunya y en concreto de la demarcación de Girona, donde la lengua catalana encuentra unos matices genuinos y diferenciales. No era mucho, pero era algo. Menos María Ángeles Mariño, el resto de los sospechosos, incluidos aquellos que tendrían vinculación con la Policía Municipal, eran catalanoparlantes y vecinos de las comarcas de Girona.

La investigación del caso de Olot, tras meses y meses de continuo centrifugado con la aparición de nuevos indicios y de redundantes sospechas, entró en una especie de fangal en el que las ruedas del vehículo que pilotaban los investigadores patinaban impotentes sin poder salir de él.

La Guardia Civil, pues, harta ya de estar harta, decidió que había llegado el momento de hacer saltar la banca. O todo o nada. Si de esta no salían autores confesos, tocaba replegar velas, asumir errores y convivir con ellos. Si al remover la bandeja de tierra mojada salían las pepitas de oro, bien iba a estar lo que bien había acabado. Y se urdió un plan no sin antes exprimir al máximo, con guantes de seda pero con un único objetivo, la memoria y los recuerdos del cautiverio de la Feliu.

Maria Àngels, ya en casa, fue visitada por el entonces comandante de la Unidad Orgánica de Policía Judicial de la IV zona de la Guardia Civil, Miguel Gómez Alarcón, y por el sargento Rafael García, quienes se ganaron la confianza de la víctima y de ella obtuvieron sustancial información sobre su calvario. Un trabajo de meses, de hormiguita, que ayudó a la Guardia Civil a resetear y, como digo, a jugárselo todo a una carta: sin abandonar la idea (que se mantuvo hasta la sentencia) de que Bassa, Casal y Mariño estaban en el ajo. Había que desencallar el asunto de la Policía Local y, en concreto, había que doblegar a un hombre al que distintas flechas indiciarias apuntaban: el agente Antonio Guirado.

Y así se hizo:

—¿Antoni?

—Sí, jefe, dime…

—Tienes que venir a la comisaría

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora? Son las nueve de la noche. Mañana entro a las seis.

¿Qué pasa?

—Algo muy grave, Antoni. Muy grave. Algo que te afecta a ti, que nos afecta a todos…

—¿A mí? No entiendo nada…, ¿a mí?

—Sí, Antoni, a ti. La prensa, Antoni, la prensa. La prensa nacional. Ven inmediatamente, Antoni, aún estamos a tiempo de arreglarlo.

El jefe de la Policía Municipal de Olot, Ignasi López, se lo dijo sin decir. Y el nudo en el estómago que se alojó en el vientre de Guirado le informó de que la verdad es empecinada y de que las cortinas de humo desaparecen cuando llega la tormenta.

Cuando Guirado llegó a la comisaría de Policía, se encontró con media docena de coches K de la Guardia Civil estacionados en las inmediaciones. Junto a ellos, agentes del cuerpo (entre ellos mis dos amigos), quienes le observaban entrar como lo hacían los miembros del tribunal que ven desfilar hacia el patíbulo a los presos condenados. La garganta de Guirado se secó de repente y su espalda goteaba un sudor frío contundente.

El agente entró en el despacho de su jefe y allí le aguardaba Ignasi López junto al comandante de la Guardia Civil, Miguel Gómez Alarcón.

—Mira esto —le dijo su superior. Y le entregó dos fotocopias de las portadas que al día siguiente iban a publicar dos medios de importante repercusión, un periódico local de Girona y un semanario de alcance nacional.

«Caso Olot: la conexión de la policía local con el secuestro».

«Caso Olot, agentes de la policía local implicados en el secuestro de Maria Àngels».

Los titulares de ambos medios se superponían sobre una foto de Guirado a quien inequívocamente se vinculaba con el caso.

Dicen que el policía empezó a temblar. Ignoraba que todo aquello era una trampa, que dos periodistas se habían prestado a la pantomima, que en realidad todo aquello no era más que un atrezzo para acuclillar al policía y «derrotarlo».

Y así fue. Guirado ni siquiera buscó escapatoria. No pudo. No la tenía. Sintió que el final del camino había llegado, que el teatro se había acabado, que fingir durante todos aquellos meses no había servido para nada, y que los músculos se le ablandaban, el aire luchaba por entrar en sus pulmones, y que lo irremediable era su castigo.

Agachó la cabeza, dicen que lloró como un niño desconsolado mientras Alarcón hacía entrar a su equipo ante quien el policía local lo derrotó todo: Ullastre, su novia, el zulo, Iñaki, Paz, etcétera. Nombres, apellidos, direcciones y dos docenas de guardias civiles

saliendo sirena en ristre hacia cada uno de los objetivos.

El montaje surgió efecto. Los dos medios y los dos periodistas que se prestaron a ese juego recibieron la exclusiva. Por fin se supo la verdad. Bueno, mejor dicho, una parte de la verdad, porque ni Guirado ni posteriormente los otros detenidos jamás inculparon a Bassa, Casals o Mariño, a pesar de los intentos de la Guardia Civil y de la Fiscalía por meterlos a todos en el mismo lodo criminal.

Todos negaron el cobro del rescate. Nadie les preguntó por el dinero de BNP Paribas. Nadie sabía nada. Pero el caso resultó cerrado y colorín colorado.

14

MATAGATOS

Eran una lacra. Insaciables. Teníamos cinco, seis, siete o más atracos a bancos al día. Todas bandas españolas. Gente brava, dura, mala. Nosotros éramos pocos, pero nos hacíamos respetar.

Luis Beltrán (DEP), miembro del Grupo de Atracos de la Guardia Civil

«Debí de matar algún gato de pequeño y con *Matagatos* me quedé».

Rafael Arenas Morales, alias el *Matagatos*, es uno de los atracadores vivos más temidos, más perseguidos y con el historial más cruento de cuantos se recuerdan en nuestro país.

Desde hace más de veinticinco años que sabía de las andanzas criminales de este delincuente de otra época, pero hasta finales de 2015 no tuve la oportunidad y el placer de conocerlo en persona.

Mi hijo Álex, perspicaz y magnífico observador, diría de él si lo viera…: «Papá, ese hombre tiene cara de mala persona». Y cierto es que los surcos de las arrugas de su rostro quemado por el sol, y ajado por la mala vida, nos informan de una existencia terrible, marcada por la cárcel, la muerte, la droga y el fracaso, y eso que algunos criminólogos llaman «odio social».

Sin embargo, al oírlo hablar, uno tiene la sensación de que se enfrenta a un hombre templado e incluso tierno. Habla despacio, con voz rugosa por su hábito al tabaco negro y al carajillo de coñac, pero no resulta desagradable sino todo lo contrario. Suena como si no tuviera otro remedio que susurrar.

Su discurso es coherente, apropiado, aderezado por una educación que se diría impropia para la gente de su época y calaña criminal.

Matagatos va camino de los setenta con la salud maltrecha por tantos años de abusos. Se encuentra en lista de espera para un trasplante de hígado que precisa imperiosamente si quiere seguir viviendo. Fuma, bebe (nada con alcohol) y come alimentos con poco contenido en grasas y fáciles de masticar para su boca desdentada por

el continuo consumo de heroína.

Este exdelincuente (cuando lo conocí no tenía ninguna causa pendiente con la justicia) es el prototipo de atracador de los ochenta: duro, voraz, insaciable, amigo de sus amigos, enemigo a muerte de los que no lo eran, especialmente si vestían uniforme policial.

Su atraco más especial

—Un amiguete nuestro nos *marcó* un banco en la parte alta (Barcelona). Era un Hispanoamericano adosado en un bloque de pisos que tenía como peculiaridad que la portería interior del edificio conectaba con la parte posterior del banco. De esa forma, los empleados a veces entraban en la entidad no por la puerta de la sucursal que daba al público, sino, como digo, en ocasiones, por la puerta contigua del edificio.

»El día convenido (un martes de noviembre del 1982) a las 7 h y 15 m de la mañana, un servidor y dos compadres entramos en el edificio y nos escondimos en el rellano que daba a la parte interior y por consiguiente también a la parte trasera de la sucursal. Solo teníamos que esperar a que llegara el director o el apoderado y, cuando abriesen la puerta, *meterles zapatazo* y entrar con ellos. Y así ocurrió. Llegó el director y, sin darle margen, le invitamos a que nos dejara entrar con él. El tipo era listo —y nosotros muy malos— y no nos vino con bravuconadas. Acató, tranquilo, sin complicarse la vida y sin complicarnos la nuestra. Así, accedimos a la sucursal por la puerta de atrás. Naturalmente lo que nos interesaba no estaba en los cajones sino en la *maría* («la cámara acorazada» en el argot del hampa), y le dijimos al director que ya tardaba en abrirla. Sacó una llave del bolsillo y otra de uno de los cajones. Las introdujo en la acorazada y, girándolas a la vez, el *porticón* se abrió. Pillamos más de cuarenta millones de pesetas, uno encima de otro. A veces lo más grande es lo más fácil.

»Eran las ocho y empezaron a llegar los empleados, iban entrando sin imaginarse que tres tipos armados con pistolas y recortadas les esperábamos para darles los buenos días. Tal como entraban los tirábamos al suelo, les quitábamos las joyas, los *pelucos* y la pasta y, como marca de la casa, también los DNI que nos apalancábamos con la amenaza de que así les teníamos fichados y que si se iban del pico vendríamos a darles *matarile*. Les tendríamos bajo control por siempre jamás, o al menos eso les dijimos. De pequeño aprendí que el miedo es libre, pero que asusta más lo que crees que te van a hacer que aquello que te están haciendo.

»La sucursal tenía un sótano, que era una especie de almacén, donde metimos a los empleados. El último en bajar aquellas

escalerillas fue el director.

Choro, pero caballero

—Antes de hacerlo, y como el muy machote se había portado como un puto caballero, le metí en el bolsillo un fajo con más de cien mil pesetas y le dije: «Di que me las he llevado yo y utilízalas para invitar a tu mujer a una buena cena». Le guiñé el ojo, le empujé escaleras abajo y le encerré con los demás. Salimos por donde entramos, tan tranquilos.

»Una hora después, desayunábamos un chuletón a la piedra en un puesto del mercado del Ninot, situado en la calle Mallorca de Barcelona, llamado The Res.

»Al llegar el postre, y según lo convenido, se nos unió el *santero*. Le dimos cuatrocientas mil pesetas. No te diré el nombre, pero era el hijo de un tipo de la burguesía de Barcelona que durante la década de los ochenta se presentó como candidato a la presidencia del Barça.

»Cada uno de nosotros se fue a su casa y escondió el dinero en su particular calcetín. Yo lo guardaba en una bombona de butano que tenía en la galería del piso. Me quité los zapatos, me fumé un porro de aceite y me quedé dormido. A las dos, mis compadres y yo y nuestras consortes, bien *maqueados* nosotros y bien guapetonas ellas, nos fuimos a celebrarlo al restaurante Los Choqueros de Santa Perpètua de Mogoda, un restaurante familiar de puta madre, donde sirven el mejor pescadito frito y el mejor marisco de Barcelona. Brindamos con champán del bueno, dejamos a nuestras mujeres en casa y nos fuimos de putas.

Camina o revienta

Ese era *Matagatos*, y esa es su vida: robar, disfrutar el momento con la urgencia de quien sabe que todo es efímero, especialmente el tiempo y la libertad. Golpes como el anterior se sucedieron. A veces con la misma facilidad y éxito. Otras veces, no. Como suele suceder, la codicia, cuando va de la mano del despilfarro, empuja al individuo a cometer excesos de frenada, tras excesos de velocidad.

Matagatos cayó y «se comió» un montón de atracos, la mayoría perpetrados de su puño y pistola (otros le fueron endilgados por la cara). En la cárcel se enamoró de la heroína, a quien vendió su alma a cambio de un confort ficticio y diabólico que, lejos de proteger, melló sin saberlo su alma, su dentadura y su cerebro.

Salió, robó y entró con el fatalismo con el que algún pescador solitario se adentra en el mar en plena tormenta, temerario e

irreflexivo, porque en el fondo y en realidad solo sabe hacer eso.

Le conocí en su decadencia. Y, como a tantos otros, acabé entendiéndole y, naturalmente, no justificándole.

Le conocí cuando su vida arrojaba la perspectiva suficiente para entender los recovecos del sendero recorrido hacia su propia autodestrucción. Le conocí para entenderle. Seguramente, veinticinco años antes hubiera sentido miedo, no por lo que hacía, sino por lo que yo hubiera creído que *Matagatos* me hubiera podido hacer.

Quien entienda estas líneas, quizá molesto por el aparente tono de proximidad con el protagonista o quizá contrariado, como un homenaje a la memoria y a la historia de *Matagatos*, que no le dé más vueltas porque, para qué nos vamos a engañar, en cierta forma lo es.

15

ZARANNY

Detenida y encarcelada como miembro de una supuesta red de venta de droga. Lo cierto es que la pillaron con quince gramos de coca y pagó más de tres años. ¿Justo? ¿Injusto? ¿La justicia es ciega, o más bien miope?

Carlos Quílez

Aquella mañana del mes de septiembre de 2013 me desperté, creo recordar, al mediodía. Me pareció extraño en mí, pues por esa época solía trasnochar bastante como consecuencia de la vida poco ordenada que llevaba entonces. Sin darle mayor importancia a mis pocas horas de sueño, puse la radio como siempre al despertar. Por aquellas fechas, ese aparatito se había convertido en mi mayor aliada, mi mejor amiga. Confidente, mi compañía en esos momentos tan solitarios. Temporadas muy locas acompañándome allá donde yo iba. Yo era fiel a ella y su compañía me era fiel a mí. O, al menos, yo así lo sentía y lo entendía, pues, evidentemente, en el mundillo en el que yo me movía por aquellos años no abundaba demasiado aquello de confiar en los demás. En ese entorno loco y callejero todo giraba alrededor de la lujuria, las mentiras y los vicios.

Hoy creo que fue mi ingenuidad lo que me salvó de acabar de otra manera, sin duda mucho peor, pues yo solía creerme todo aquello que me contaban. Eso no significa que me sintiera engañada, simplemente formaba parte de la mala vida.

El día fue avanzando, y según pasaban las horas se aproximaba mi tarde llena de expectativas. Esperaba una tarde entretenida, pero tranquila… o al menos eso pensaba yo. Expectante, lo que más esperaba era escuchar la narración en la radio de un equipo de la liga española que, si no me falla la memoria, disputaba aquella tarde un partido oficial de la Champions League.

Me senté en el sofá, tras coger algo rico para merendar, y cuando me disponía a escuchar el programa *Carrusel Deportivo*, sonó el timbre de la puerta. Me dio una pereza terrible levantarme… pero me levanté

y…

—¡¡¡Al suelo, al suelo!!!

Acto seguido, me vi con los grilletes puestos y montada en un coche de la Policía. Yo era una aprendiz, una becaria, la más novata en esas historias amargas. Todo lo que estaba pasando e iba a pasar a continuación eran cuestiones que yo desconocía por completo. Ya con las esposas apretándome las muñecas y con mi retransmisión deportiva en un plano casi imperceptible, asustada y conmovida, sentí una incertidumbre paralizadora, recorriendo todos los músculos de mi cuerpo. Ese miedo, ese temor a lo desconocido se transformó en décimas de segundo en un estado de nervios incontrolable, en un sudor frío que me impedía pensar con claridad. Todo aquello era muy difícil de identificar para mí…

Esta metamorfosis corporal, si se puede tildar de alguna forma, se culminó al verme encerrada en una celda de los juzgados tras tres días en comisaría. Ahí volví a sentir de nuevo esa sensación de inquietud, de desesperanza. Acepté con agrado el trato de los guardias civiles uniformados que me acompañaban. Al menos eran humanos, con lo que podía tener un mínimo de contacto. Me desplacé en un furgón policial, ni nuevo, ni viejo, hasta prisión. Lo recuerdo como una cárcel antes de llegar a la cárcel: sin rejilla de ventilación, sucio, sin desinfectar, sin la posibilidad de poder despedirme del aire, del sol, de Dios y… ¡de quién sé yo…!

Años más tarde, cuando salí viva de aquel infierno, supe que, si traspasaba esa puerta, la puerta de la libertad, jamás regresaría a ese lugar. La libertad es impagable, no tiene precio. Yo, por fortuna, tuve la suerte de tenerla en mi interior, estaba presente dentro de mí durante el tiempo que estuve encerrada. Estaba en mí, mientras trataba de sobrevivir en aquel lugar. Ya lejos de ese lugar, suelo pensar en el lujo de no vivir rodeada de alambradas y murallas que impidan alcanzar mi felicidad, mi libertad; excluyendo esos hábitos dañinos que, por mi mala y alocada cabeza, tuve que asumir.

Ese sufrimiento, ese estrumpido en mi cabeza, habían quedado atrás. También lo hizo el estruendo del portón y de esa sirena tan molesta al cerrarse la puerta. Ahí dentro luchaba cada segundo por no flaquear, por no rendirme y comenzar a caminar sobre un nuevo escenario, el real. Sin llorar y con dignidad. El día que me dieron el papel que certificaba mi libertad me sentí más libre que nunca.

Es curioso y muy llamativo que la reinserción traiga consigo tanta contradicción. Esta palabra de la que tanto las trabajadoras sociales y educadores alardean y con la que se llenan la boca a la hora de hablarnos sobre ella, quedó inexistente en la teoría. Lo que realmente pone en escena su fruto y su labor es la práctica que lo corrobore. Ciertamente, esta readaptación a la sociedad supone un gran

enriquecimiento personal, ser parte de la población te hace volver a sentir en el presente, en el aquí y ahora. Te ayuda a superarte.

Esta trayectoria, hasta la fecha y por mi manera de ser, es la educación real y progreso, pues durante este proceso te sientes partícipe, constructiva, orientativa, rentable. Es de destacar que la integración en la sociedad es más compleja de lo que ninguna persona que no lo haya vivido pueda entender, comprender o expresar. Es muy distinto vivir entre la gente y sentirte parte de esta gente. Es delicado sentirte a gusto, progresar, cubrir tus carencias, contar tus miserias. Es mucho más difícil de lo que puede uno imaginarse desde fuera, sobre todo cuando no has vaciado del todo la mochila del pasado, esa carga emocional de la que aún no te has liberado y que cuesta tanto olvidar.

Hoy por hoy, puedo contarles abiertamente que durante este proceso te sientes en una montaña rusa: te agarras a lo primero que te hace sentir bien, te subes a lo positivo y luego bajas de golpe, te atrapas y te victimizas, lo cual no es nada conveniente pues vuelves a sentirte vacía. Yo decidí ser valiente, y es la mejor decisión que he tomado jamás.

La toma de decisiones y reacciones me está enseñando, todavía a día de hoy, a fortalecer mis debilidades, dando a conocer mis cualidades. Trabajando mis carencias y sirviéndome, estas, como colectivo de constancia, confianza y seguridad. Todo esto lo cuento desde mi punto de vista, son mis prácticas vividas hasta el momento, durante mi proceso de reinserción, cuando he podido recuperar la confianza en mí misma.

Todas estas aportaciones y emociones, junto con mis momentos de ocio, son los principales causantes de mi corazón libre. Mis errores son mi cruz y los aciertos me los agencio como virtudes, pues con constancia y motivación me levanto todas las mañanas para ir a trabajar. Trabajar para ganarme honestamente la vida y trabajar para seguir adaptándome a este mundo en libertad. La alegría con la que vivo cada una de mis jornadas laborales, a pesar de ser una simple asalariada, hacen pensar en mi desarrollo personal.

Por alguna razón que desconozco, estoy investigándome, eso me acerca a quién soy y a lo que quiero. Y quiero volver a soñar, marcarme nuevos objetivos que me permitan tener las cosas más claras. Sin embargo, me cuesta olvidar que soy una humana pecadora y que eso me hace frágil… pero esa fragilidad, de algún modo, junto a mis fortalezas, son la ciudadela que me define, que reafirma mi personalidad, querer ser quien soy ahora. Zaranny.

Sin que llore mi corazón, ni nada cambie en esta etapa de reinserción, de esta manera, con humildad y naturalidad, espero abrirme carrera en la adversidad.

16

«ERES MÍA, O LA MUERTE…»

No se ve venir. Va entrando poco a poco, incesante, como un goteo. Cuando te quieres dar cuenta, te ha cazado. Eres una mujer maltratada y no sabes buscar la puerta de salida. Se pierde la noción de la realidad. Todo se vuelve borroso. Es el miedo.

Elena Ballesteros, psicóloga, experta en violencia de género

Lo más duro de vivir con ello, con el error de tu vida a tus espaldas, es, justamente, vivir. Si ese error —o el convencimiento de haberlo cometido—, además alcanza y cercena las ilusiones o la propia vida de un ser querido, soportar esa losa se hace algo inhumano. El error se vuelve latente, se alía con la conciencia y echa raíces a cámara rápida para agarrarse a nuestra mente en una metástasis enloquecida contra viento, tempestad y a prueba de terapia.

El error te susurra a la oreja a cada hora. Como un zumbido, como una monserga, como un remix de música electrónica de acordes sincopados y taladrantes, como la que usaba la Policía para desgastar psicológicamente a los detenidos «patanegra» antes de un interrogatorio. ¿Cómo se vive con ello?

Andrea vive con ello en compañía de un repertorio interminable de pastillas. Unas cuantas para poder dormir. Otras para poder levantarse y otras para que su hija de diez años no note que su madre, de solo veinticinco, es apenas una sombra de ojos azules que deambula cercana a su cuerpo postadolescente y maltratado.

Andrea no vive en este mundo desde el día en que la Policía le confirmó que su padre estaba muerto, abrasado, carbonizado, asesinado y que el autor de los hechos había sido Juan Cortés, su novio, el novio de aquella joven muchacha de ojos azules. Cortés, un verdadero psicópata maltratador, amenazó con matar al padre de Andrea (un hombre enfermo, alcohólico y que vivía solo en una cabaña situada en Santa Perpètua de Mogoda —Barcelona—) en más

de treinta ocasiones si ella no volvía con él, a pesar de las palizas que le propinaba. Él la pegaba y ella huía, pero luego volvía. Sí, borracha de miedo, volvía cabizbaja y temblorosa a su regazo, a los pies de su maltratador y de nuevo los golpes…: «¡¡¡Llevas la falda muy corta, so zorra!!!, ¡¡¡no hables con otros hombres, so puta!!!», los insultos y, de nuevo, la huida y, a continuación, las amenazas: «¡¡¡Mataré tu padre!!!, ¡¡¡le quemaré!!!, ¡¡¡te juro que lo voy a achicharrar!!!, ¡¡¡vuelve!!!». Y ella volvía, y así decenas de veces. Cortés había inoculado su veneno en la mente y el alma de Andrea y este lo inundó todo de niebla para aturdirla en la voluntad.

Cicatrices por todo el cuerpo, moratones, cortes en la cabeza, huesos rotos y, a pesar de ello, Andrea no abría la boca contra Cortés ni ante la Policía, ni ante los facultativos que la atendían un día sí y otro también, en el departamento de Urgencias del hospital Parc Taulí de Sabadell. Andrea claudicaba ante su propio pavor. Como explican reputados psiquiatras forenses, claudicó por culpa de ese instinto de conservación y de protección de «los nuestros», de «lo nuestro», de la «sangre de nuestra sangre», esa gran hipoteca que da sentido a un cierto concepto del amor, pero que, por otro lado, nos hace vulnerables, terriblemente vulnerables.

«Yo pensaba —me explicó Andrea en una de las citas que mantuve con ella, rodeados por los agentes especiales de seguridad de los Mossos que la protegían y protegen las veinticuatro horas del día— que Juan no era tan malo. ¿Te imaginas cómo estaba? Me decía a mí misma: “¿Ves?, no es tan malo. A mi hija no le ha puesto la mano encima”».

Los médicos del Parc Taulí, hartos, convencidos de que aquellas heridas obedecían a agresiones provocadas por una tercera persona, finalmente allí, en el box donde una enfermera le suturaba los puntos en la cabeza, sometieron a un tercer grado a la joven Andrea y esta, hundida en el peor de los pozos, acorralada por las evidencias, sin autoestima, incapaz de encontrar un resquicio de su propia dignidad, harta de estar harta, se sobrepuso a su miedo y encontró la fuerza necesaria para explicarlo. Una enfermera le enseñó una foto de su hija. Ese fue el golpe definitivo: «Mírala, Andrea, mírala…, solo quiero que la mires. Ante tus ojos está el futuro. No lo eches a perder…». Se hizo un silencio frío y por momentos angustioso en aquel box. Uno de los médicos rompió a llorar, probablemente harto de ver y acometer decenas de casos como el de Andrea. En aquel momento, esa joven muchacha de ojos azules levantó una de las dos rodillas del suelo.

«Mi hija, Carlos, mi hija, esa es la única razón, mi única terapia…». Andrea lo explicó todo.

Había ganado el primer asalto del combate que mantenía contra Cortés y contra sí misma.

De inmediato se puso en marcha el protocolo de actuación hacia víctimas de maltrato con código 1, el de mayor gravedad, el de mayor urgencia. Todos, Ayuntamiento, Servicios Sociales y Mossos d'Esquadra construyeron una burbuja alrededor de Andrea y su hija. La sacaron de circulación, la escondieron en un centro tutelado y le pusieron protección como si se tratase de un agente de la CIA amenazado por Al Qaeda.

«Tengo la sensación de que la moneda con la que pagué mi seguridad y la de mi hija fue la vida de mi padre», explicó Andrea a la periodista Agnès Marquès en el programa *No ho sé* de Rac1. Al final, movió ficha el monstruo y lo hizo acompañado de dos bidones de gasolina…

Su padre

Juan Pita era un tipo guapo, seductor, atractivo, extrovertido, sensible, moderno, con talento, de esos tipos de sonrisa socarrona a los que, sin embargo, confiarías un secreto.

Juan era un tipo virtuoso para lo artístico. Músico autodidacta, compositor y extraordinario cantante. La vida artística de Pita recorrió diversos grupos musicales como Rebeca o Juan Cuervo, con los que grabó sendos discos que promocionó en los espacios más punteros y referenciales de música pop en TVE. Aquellos grupos y aquellos discos, en la década de los noventa, causaron furor entre la juventud española. Un éxito que irrumpió de golpe. Fue tan brusco como efímero. Es difícil gestionar la fama cuando esta estalla y se dispara a borbotones como la espuma de una botella de cava mal descorchada. Su vida artística fue un fogonazo, un espejismo, una bengala que lo ilumina todo, pero solo durante unos segundos, una falacia de la que se aprovecharon «los mariachis» del cantante, esa jauría de mánagers, asesores y representantes que actuaron con él como cuervos famélicos ante la carroña. Lo tuvieron fácil.

Juan Pita era un currante, un aprendiz de mecánico en una de las fábricas de motocicletas más conocidas de Barcelona, la Rabasa Derbi, ubicada en la barcelonesa población de Sant Fost de Campsentelles, a dos kilómetros de su domicilio de soltero en Mollet del Vallès. Los fines de semana los dedicaba a la música. Componía y actuaba en locales de Santa Perpètua de Mogoda como Raiders o Premier. Era un ídolo local al que le gustaba gustar. Tonteó con muchas chicas y con demasiadas drogas, por aquel entonces y en aquellos barrios, muy al alcance de todos. En ese clima conoció a Inés, un bellezón, una mujer separada y con hijos de su anterior relación, con la que empezó a convivir, a compartir sueños y también jeringuillas. Y de ese desbarajuste nació Andrea.

«A los siete u ocho años, mis padres se separaron. Mi padre empezaba a estar muy pillado por la bebida y por el caballo, pero vivir con mi madre era un imposible. Así que vendieron la casa y cuando se quedaron sin dinero, ya que mi padre hacía algún tiempo que había abandonado los escenarios o los escenarios lo habían abandonado a él, nos fuimos a vivir a Santa Perpètua a casa de mi abuela, la madre de mi padre», me dijo Andrea.

A Juan Pita todo el mundo lo quería, unos lo admiraban, otros lo compadecían, pero todos sentían por él un aprecio sincero y explícito. Sus intentos por remontar una vida fuera de las drogas, fuera de su pareja y centrado en la educación de Andrea fueron casi un imposible para él, un juguete roto, un tipo frágil y vulnerable que, a pesar de sus intentos, se resquebrajaba cada vez que se atisbaba tormenta.

Un día, el bueno de Juan se plantó delante de su madre y le dijo que era consciente de que le estaba amargando la vida y que, por ello, había decidido buscarse otro sitio donde dormir. «Mi abuela le miró apiadándose de él y le preguntó que dónde iba a ir». Y él, en previsión de la pregunta, le dijo del tirón que un amigo suyo, el Paco, un jubilado que tenía un huerto con tomateras y cebollas plantadas, le había ofrecido una cabaña donde vivir en ese terrenito.

«Mi padre le dijo a mi abuela que había estado allí, que había un colchón y un camping gas y que, con eso y cuatro mantas, tenía suficiente para dormir. Mi abuela sabía que no lo podía impedir y asintió: "¡¡¡Pero te vienes a comer y a duchar a casa, ¿oyes?!!!", le dijo. Mi padre recogió sus cosas, dos mantas y unas toallas y se fue a su nueva casa. Le fui a ver, naturalmente. Le fui a ver tan pronto mi abuela me dijo que se iba a vivir a una cabaña. Él parecía feliz con su decisión. Y, en cierta manera, le entendía: a mí nunca me ha gustado ser molestia para nadie. Mi ropa sucia me la lavo yo. Pero vivir en una cabaña, hecha con cuatro tablas, como se puede suponer, no es lo que una hija querría para su padre enfermo. Así que le fui a ver y le propuse un par de pensiones baratas pero muy dignas que había encontrado en La Llagosta. También le propuse ir al alberge El Castillo, de Santa Perpètua, pero él me dijo que no, que las cartas de su destino estaban echadas, que allí iba a ser feliz, que no quería molestar».

Juan Pita fue condenado a dos años de alejamiento por la acalorada discusión que mantuvo con su madre años antes.

«A pesar de lo del alejamiento, como digo, estuvo yendo casi a diario a comer y a ducharse. El resto del tiempo lo pasaba allí metido, solo con sus pensamientos, rodeado de pastillas y de botellas de coñac. Los inviernos fueron duros. Pero él no atendía a razones y con el calor de un camping gas soportaba el frío y la humedad que se colaban entre los tablones y sobrantes de madera con los que habían

construido aquella cabaña. Solo y alejado sin saber ni sospechar un día futuro, Juan Cortés y otros dos malnacidos decidieron quemar la cabaña y con ella a mi padre».

Él en búsqueda y captura, ella escondida

Antes del asesinato, Andrea Pita vivía pues protegida y escondida en un centro de la Generalitat de ayuda a mujeres maltratadas. En ese centro de acogida, Andrea empezó a tomar consciencia de que era una mujer maltratada en la más amplia y dura dimensión de la palabra. En ese centro asistencial, ella y su hija recibían el calor y la ayuda de sus compañeras (todas mujeres en una situación similar) y de las educadoras y psicólogas. Para Andrea empezaba el más duro de los retos: vivir.

Mientras, el Juzgado de Violencia de Género de Sabadell daba curso a la denuncia contra Juan Cortés y este se escondía bajo el amparo de su clan familiar, y con el apoyo de dos de sus grandes amigos, el Jero y el Camarón, dos personajes que acabarían siendo claves para el desenlace de los acontecimientos.

«Sí, estábamos a salvo —explica Andrea—. Estábamos a salvo mi hija y yo. Todo seguía su curso hasta que una tarde recibí una llamada en mi nuevo teléfono móvil. Poca gente sabía el nuevo número, mi abuela, mi padre, mi tito y un par de amigas, pero ninguno de ellos fue quien me llamó. Fue Juan Cortés. De nuevo Juan».

Tal y como reconoce la jueza del Juzgado de Violencia sobre la mujer número 1 de Sabadell (procedimiento D. P. nº31/2018) en un auto firmado el día 29 de mayo de 2019: «Juan Cortés se puso en contacto con la señora Andrea Pita, logrando que esta última entrara en una situación de absoluta dependencia hacia el investigado (Juan Cortés)».

—Hija de puta, ya te he encontrado. ¿Creías que te podías despegar de mí?, ¿acaso no me conoces? Eres mía y lo sabes… y sabes que si no vuelves conmigo voy a hacer una locura muy grande…

La boca del estómago de Andrea Pita se estranguló y el fuelle del pecho se bloqueó.

—¡¡¡No, por favor, Juan, por favor, déjame, por favor… Por favor!!!

Andrea colgó el celular y empezó a temblar. Sus compañeras de centro avisaron inmediatamente a la supervisora quien, con la ayuda del médico, trató de calmarla. Inmediatamente se personó allí una patrulla de Mossos d'Esquadra.

—Tranquila, Andrea, es un farol. No sabe dónde estás, pero, para que te quedes más tranquila, nos vamos a quedar patrullando por los

alrededores toda la noche.

Andrea Pita, con la ayuda del Diazepam y de los mimos de sus compañeras, recobró la compostura y logró tranquilizarse. Acostó a su hijita, encendió un cigarrillo y abrazó una taza hirviendo de menta poleo y tila sentada en el salón principal de aquel inmueble repleto de mujeres desoladas y rodeado de anonimato.

Con la última calada, volvió a sonar el teléfono. Era un número desconocido, distinto al utilizado por Cortés. Pero de nuevo el diablo:

—Hola, cariño mío. ¿Cómo está mi lucero?

A Andrea se le paró el corazón.

—¿No me dices nada, cariño mío?… Con lo mucho que yo te quiero… —añadió.

—Juan, por lo que más quieras, déjame… ¡Déjame vivir! Sal de mi vida, no quiero verte, no quiero oírte, quiero que desaparezcas… Quiero que…

—Yo lo que quiero es que salgas de esa cárcel y vuelvas a casa con el hombre que más te quiere.

—Tú no me quieres, tú eres malo, tú eres mi perdición…

Juan Cortés aguantó un par de segundos en silencio antes de retornar a su estado natural:

—Mira, pedazo de puta, como no vuelvas hoy, como no salgas ahora mismo de allí, ¡cojo y me voy donde la cabaña de tu padre y le prendo fuego con él dentro! ¡Te lo juro, mala puta, te lo juro por lo más sagrado…

Andrea colgó el celular y esta vez fue ella la que echó a correr al encuentro de la supervisora del centro, que además aquel día era la psicóloga de guardia.

—Andrea, la Policía está al corriente de todo y es cuestión de horas que detengan a tu exnovio. Son bravuconadas. Estamos hartas de recibir mensajes de este tipo. Es la impotencia de quien sabe que ha perdido. Estate tranquila, Andrea, todo pasará.

Eran la una y treinta y cinco minutos de la madrugada.

El horror

Jaro y Camarón se dejaban ver por el barrio, Camarón más prudente, casi timorato, pero Jaro se movía de aquí para allá como una pavo real, henchido, vacilón, sobrado y diciéndole a todo el mundo que era como Popeye en referencia al mote que tenía uno de los principales sicarios y lugartenientes del mítico narco colombiano, Pablo Escobar. Para Jaro, su Pablo Escobar era Cortés.

Aquella noche, mientras Andrea trataba de dormir acochada junto a su hija, Cortés reclutó a su gente para una misión.

Primero se cocieron a cubalibres de Bacardí-Cola en el bar de la gasolinera del barrio de Lourdes, de Mollet del Vallès, justo enfrente del antiguo cuartel de la Guardia Civil y a escasos trescientos metros de la Escuela de Policía de Catalunya. Cortés y sus palmeros se creían impunes. Después, compraron un bidón de quince litros de gasolina y se emporraron convenientemente. Entre risas y arengas al líder tomaron camino de Santa Perpètua de Mogoda, a tan solo tres kilómetros de donde se encontraban.

Jaro conducía el Renault Fuego propiedad del padre de Cortés. Lo estacionó junto a una pequeña arboleda situada a tan solo cincuenta metros del huerto donde se encontraba Juan Pita, durmiendo en el interior de aquella cabaña.

Se acercaron sigilosamente. Camarón portaba el bidón de gasolina y Jaro un pañuelo azul liado en el antebrazo como si se tratase de una muñequera. El silencio era absoluto. Pita acababa de apagar el minúsculo transistor con el que escuchaba cada noche *El Larguero* de la cadena SER. Silencio. Oscuridad.

Los tres jóvenes se sentaron frente a la cabaña. Abrieron varias latas de cerveza. Brindaron y bebieron. Contemplaban la cabaña como los artistas falleros contemplan su obra poco antes de prenderle fuego.

—Camarón, trae el bidón, que vamos a remojar a ese hijo de puta. Jaro, dame el pañuelo.

Juan Cortés regó literalmente de gasolina la cabaña donde yacía Pita. Prendió el pañuelo, lo lanzó sobre las gotas de combustible derramadas por el huerto y en décimas de segundo el reguero de fuego alcanzó la cabaña, que ardió como una tea.

Eran las dos de la madrugada. A esa hora, Andrea había logrado, por fin, conciliar el sueño. La pesadilla vendría pocas horas después. A las siete de la mañana, Andrea se incorporó de un sobresalto: «¡Mi padre…!».

Los gitanos lo llaman un mal fario. Andrea lo notó como un puñetazo terrible en la boca del estómago. «¡Mi padre!». Saltó de la cama y agarró el teléfono celular como si este fuera su salvación.

—¡Abuela, abuela!, ¿ha venido hoy el papa? ¿Está contigo el papa?

Veinte minutos después un coche K de los Mossos d'Esquadra *empirulado* y a toda pastilla irrumpía en los aledaños del huerto de Santa Perpètua de Mogoda. Varios coches de Policía, una furgoneta de la clínica médico forense y un camión de bomberos rodeaban la columna de humo que aún desprendían los restos calcinados de la cabaña de Juan Pita. A diez metros de distancia, y sobre una manta extendida encima de la hierba, una bolsa de plástico blanca envolvía los restos humanos de una cadáver calcinado y tieso. Andrea Pita contemplaba el escenario desde su asiento en la parte de atrás del

coche policial, incapaz de bajar del mismo y de dejar de mirar el horroroso espectáculo por la ventanilla entreabierta. Andrea se quedó en blanco. Se sintió apresada a merced de unas circunstancias que ella se atribuía.

«Lo ha hecho, lo ha hecho…», repetía una voz en su mente. Y permanecía en blanco, sincopada, absorta, mientras los policías le decían cosas para tranquilizarla, cosas que ella no oía porque «el error» tomó forma de zumbido incesante y eléctrico en su cabeza.

«¡Mi hija…!», la imagen de su pequeña como un fogonazo, como un grito de alerta, la retornó a la consciencia.

Busca y captura, pero sigue el maltrato

«Sí, Juan, aparte de ser un asesino, estaba loco y hacía mil tonterías. No tenía cabeza. Tras el asesinato de mi padre, su familia lo quitó de en medio y durante semanas, hasta mediados de abril de 2018 y mientras mi hija y yo vivíamos encarceladas en la residencia, no se entregó a la Justicia. Pero durante ese tiempo, casi noventa días, no creas que dejó de atormentarme, no. Siguió golpeándome en lo más profundo de mi corazón».

Andrea estaba hundida, herida en el alma por las circunstancias que rodearon la pérdida de su padre. Seguía siendo una mujer maltratada y, por lo tanto, por algún motivo que ni los más prestigiosos psiquiatras logran identificar, la joven Andrea, a pesar de todo lo vivido y aunque parezca increíble e incomprensible, se resistía a interrumpir el hilo de comunicación abierto con ese demonio.

«Sí, estaba en busca y captura por la jueza de violencia de género (el juez que investigaba el asesinato no hacía nada de nada), y desde su escondite Juan me enviaba decenas de mensajes. Mensajes terribles, solo recordarlos me producen escalofríos. ¿Que por qué no corté en seco la comunicación con él? Pues no lo sé, supongo que algo dentro de mí me decía que, después de haber matado a mi padre, si le tenía contento o al menos si no le hacía enfadar, no se plantearía atacar a mi hija.

Efectivamente, Cortés, desde su escondrijo y mientras barruntaba con su familia y abogados cómo maniobrar ante el cerco policial que se cernía sobre él, le mandó explícitos y descarnados mensajes vía WhatsApp a su exnovia.

El día 27 de enero de 2018, quince días después del asesinato de Juan Pita, le envió:

> Te mataré, te lo aseguro, pase lo que pase, te apuñalaré, ahora se ha ido el que menos culpa tenía, por ti, por ti, por ti, por ti, por ti, la culpable eres tú, por puta que eres, ¿me

escuchas?

Y añade:

> Que no te vea, que te mato, te mato a ti, Andrea, juro por mis muertos, aunque me quede capado toda la vida, tengo que matarte por mis muertos. Por los celos te mataba. Puedo imaginarme qué les das a los moros. Que te entre cáncer y dures nada y menos. A ti te troceo, por mis muertos que sirvo para eso, he nacido para ser asesino, te aviso, no me creíste, te dije que no te rieras y yo mi faena sí la cumplí y te dejé la mierda. El día que te vea tenme miedo. Coge todas tus pertenencias y coge manta y carretera.
>
> El día que tenga la oportunidad lo sabrás y te beberás las lágrimas, ¿me escuchas? Lo mismo que me engañas en esto, lo haces en todo, y yo no te quiero ya mintiéndome, te mataré, que lo sepas, me la chupáis toda tu familia porque tengo el móvil de tu madre. Sin tu padre te has quedado. Me ha entrado la locura. De mí no te ríes más.

Cortés, enloquecido, temerario y lanzándose sobre sí mismo un saco de barro autoincriminatorio, continuó con sus mensajes envenenados. Este es del día 5 de marzo de 2018, tal y como recoge la jueza:

> Eso os digo… que mi pistola la tengo, por mi padre, la que quiera y más ahora. Te mataré pues ya sabes, ahora mismo, ahí muerto, quemaíco y sin enterarse, jódete, te mataré siempre que pueda. A lo mejor no tengo reparo y te mato delante de tu hija. Sin acelerador. Imagínate con acelerador. Te voy a desintegrar. Crees que soy tonto. Me alegro de que sin padre te has quedado por puta. Yo ya no siento nada por ti. Dan ganas de quemarte en una gran lumbre, así sabrás lo que es. Él al menos no se enteró. Pero tú, cuando te ate y te queme, dirás… el Lucifer.

El propio Cortés se autodenominó Lucifer, curioso. Sabía perfectamente el alcance de sus mensajes. Sabía dónde hincar sus jeringazos. Sabía qué resultado iban a provocan.

Día 6 de marzo de 2018, cincuenta y cuatro días después del asesinato de Juan Pita, Cortés seguía en paradero desconocido y de nuevo contactó con su exnovia:

> ¿Tu padre no puede salir, ¿verdad?, todo torradico, estará ya momificado. Ojalá la muerte de tu padre hubiera sido para

ti. Que sepas que antes de entrar te busco y te quito la vida. Si yo entro, cuando salgas ten cuidado, tu familia y tu hija primero.

Fueron pasando los días y el cerco policial se estrechaba sobre la figura de Juan Cortés. Las pruebas eran lapidarias. El rastro criminal de ese joven era imposible de disimular. Su jactancia, su crueldad y el alud abrumador de pruebas contra él le hacían objetivo prioritario para la Policía. Cortés lo sabía. Su familia lo sabía. Y también sus abogados. El día 24 de abril se entregaba ante los Mossos. Al día siguiente entró en prisión provisional incomunicada y sin fianza.

Con el estigma de la muerte de su padre a cuestas y con la angustia anclada en su vientre por el error cometido, Andrea, por fin después de meses de aterrador noviazgo y de unas últimas semanas terroríficas, pudo respirar tranquila. Lo pudo hacer, de momento…

Para Juan Cortés el hecho de entrar en la cárcel suponía la conquista de un grado de jerarquía en ese estudio-baremo que establece el hampa para quienes aspiran a ser considerados o recordados como «chorizos con marchamo de calidad».

En la cárcel encontró el apoyo y la cobertura necesaria que todo preso primerizo y joven precisa para acometer sin sobresaltos la vida *taleguera*, sobre todo cuando se trata de un cumplimiento acusado de un delito de sangre. Como indican los cánones y aconsejan los presos veteranos, Juan adoptó un perfil bajo y prudente. Seguramente fue una postura inteligente. Pero Juan Cortés no era un tipo inteligente. Era un tipo primario, primitivo, estentóreo y con enormes dificultades para dominar sus impulsos y sus obsesiones. Así lo describen los informes psicológico-forenses a los que fue sometido durante el proceso de ingreso en prisión. Solo alguien desbocado y poco o nada avispado sería capaz de cometer el increíble patinazo que protagonizó aquel aspirante a tipo duro. Desde la cárcel, Cortés escribió de su puño y letra dos cartas a Andrea donde se recogía para la posteridad la esencia enfermiza y criminal de ese maltratador. Por si aún había dudas.

Ambas cartas empezaban con una especie de declaración de intenciones. Algo así como «Verás, cariño, he cambiado y te lo voy a demostrar». Sin embargo, y como si le resultase imposible contenerse, ni siquiera fingirlo, tras la declaración de amor la instaba a mantener una relación por carta con él y añadía…: «Ya sabes de lo que soy capaz si no lo haces», le dice en la primera de ellas. «Te abriré la cabeza si no me haces caso», concluye en la segunda.

Tras tener conocimiento de la existencia de estas cartas, la jueza abrió nuevas diligencias contra Cortés por quebrantamiento de la medida cautelar de alejamiento y por las amenazas. El investigado

reconoció ante la magistrada que las cartas eran suyas, pero, impávido y chulesco, dijo que no se acordaba de su contenido. La jueza dictó una segunda orden de prisión incondicional.

Ahora sí. El peso de la justicia había caído como un yunque de hierro en su espalda. Juan Cortés iría de la cárcel a la sala de vistas sin volver a pisar la calle y con una acusación fiscal de veinte años de cárcel solo por el asesinato de Juan Pita. Andrea quemó su pasado, su teléfono y sus recuerdos. La poca familia que le quedaba, la ayuda de sus amigas y de su nueva pareja, «un buen chaval que daría la vida por mí y por mi hija», junto con el papel constante y empecinado de sus psicólogos, consiguieron cerrar un libro escrito con sangre.

El día 1 de abril de 2023, el Tribunal Supremo ratificaba la sentencia anterior de la Audiencia de Barcelona que condenaba a Juan Cortés a dieciocho años de cárcel por el asesinato de Juan Pita. La sentencia también condenaba a la pena de dieciséis años de cárcel a Jaro y a cinco años a Camarón.

«Los hechos sucedieron la medianoche del 13 de enero de 2018. Ese día Juan Cortés acudió junto a dos amigos —Jero y Camarón— a la precaria cabaña en la que vivía su exsuegro Juan Pita, en Santa Perpètua de Mogoda, con intención de matarlo para vengarse de su exnovia por haber roto la relación y negarse a volver con él», sostiene la sentencia.

«Una vez allí los dos principales acusados prendieron fuego a la cabaña en la que Pita dormía». El tribunal remarca que «la víctima no pudo defenderse ni huir, dado que se encontraba bajo los efectos del alcohol. El fuego destruyó completamente la cabaña y causó la muerte a la víctima, que falleció de una insuficiencia respiratoria aguda provocada por la inhalación de humo».

Eso, la joven Andrea, lo va a llevar a cuestas el resto de su vida. Esta joven mujer cree que su error es no haber dado fiabilidad a la amenaza de su ex. Y no es cierto, su error fue aproximarse a él sin el antídoto puesto.

«La estrategia del maltratador es típica, casi de manual en la mayoría de los casos. Son previsibles y utilizan un patrón de conducta prácticamente idéntico. Por eso sus acciones están escritas en la hoja de ruta del maltratador. Son personajes tremendamente dañinos pero previsibles, que calzan, prácticamente todos, el mismo molde mental primario, casi primitivo, y no por ello menos terrible», concluye la psicóloga Elena Ballesteros.

A Andrea, su exnovio, Juan, la pegaba. La pegaba y la insultaba. Y lo hacía bajo el yugo de su poder de macho en una sociedad androcéntrica, dirigida por machos, por machos adultos y por machos adultos y con poder. Mujeres, jóvenes y sin poder son la nada en esta sociedad nuestra.

Andrea ha levantado la otra rodilla, se ha puesto de pie y de la mano de su hija ha querido poner letra a este capítulo, el capítulo de una mujer maltratada como quizá lo sea usted, mujer anónima que está leyendo este libro. Todas las entrevistas que me ha concedido Andrea han tenido por objetivo «que otras muchas mujeres tomen nota y no pasen lo que yo he pasado». Y, añado, para que también tomen nota de ello aquellos hombres, adultos y con poder que ejercen este poder desde las administraciones públicas para que den una vuelta de tuerca a la acción del Estado contra esta lacra, contra la acción de estos asesinos y en favor de los miles de víctimas inocentes de esta sociedad nuestra tan moderna y, a la vez, tan enferma.

17

MARA SALVADOREÑA, LA MAFIA TATUADA[2]

Emmanuel. Exlíder de la Mara MS13. Nacido en plena guerra civil en El Salvador ha pasado media vida en la cárcel por diversos delitos de sangre que cometió como jefe pandillero. Ahora, en libertad, intenta recomponer una vida criminal que le tuvo atrapado.

Carlos Quílez

Llegué a Boston cuando tenía diecisiete años, con ganas de comerme el mundo. Tenía ganas de superarme con la ilusión como la de un niño con su caramelo. Pero no tuve suerte con la familia de acogida en casa de mi tío. De inmediato me di cuenta de que su esposa no me aceptó en el seno de la familia. Cómo bien reza el dicho: (El marero, el muerto, y el arrimado, a los tres días apesta). Si alguien sabe cómo es la bruja del 71 y la madrastra de Cenicienta, es la esposa de mi tío en cuerpo y alma personificada. Un día al discutir con esta señora y salir de la casa de mi tío, este me atropelló con el coche, fue un gesto muy feo que me hizo irme de casa a dormir bajo un puente, y así llegué a trabajar en una casa de citas como «portero». En la casa era conocido como el «chamaquito». Había tres chicas diferentes semanalmente. Se iban los Domingos y los lunes venían las nuevas. Cuando necesitaban comida o una tarjeta de teléfono ahí estaba yo con mi bici al pie de cañón.

Todo era beneficio. Cada fin de semana tenía mi sueldo más las propinas de las babies. Algunas me daban dinero, otras «amor», ahí probé chicas de diferentes nacionalidades. Todo iba sobre ruedas hasta que contactaron conmigo los miembros de la Mara MS13. Tras haberme echado mi tío de malas maneras con diecisiete años en un país extranjero, la Mara se convirtió en mi apoyo y familia. Algo que he aprendido con los años es que la Mara siempre está cuando se la necesita en las buenas y en las malas, siempre se come y absorbe a los que somos débiles de la mente, siendo ya un miembro brincado o bautizado tenía la obligación de estar en los «mirin» reuniones del

barrio todos los fines de semana.

A veces tenía que pedir permiso en la casa de citas para poder asistir a dichas reuniones. Un día, al llegar a vacilar con los de la Mara el ambiente estaba ajolotado o alebrestado, era un sábado y el viernes anterior los de la pandilla Blood's le habían pegado una paliza a un home boy que le decíamos «tachuela» y de la nada el palabrero de la Mara nos dio la primera misión. Era el momento de poner a prueba mis huevos y fidelidad a la MS13. Era una prueba corta, rápida, pero de miedo. Todo consistía en ir dos home boys en un coche Toyota Celica. Llevábamos una escopeta 12 Gate con seis cartuchos en su interior y teníamos que hacer un «shot driver», que consiste en acercarse lo máximo posible y dispararles desde dentro del coche.

Las bandas de los Blood's se reunían en East Boston, que colinda con la ciudad de Chelsea, yo solo recuerdo sentarme en el asiento de copiloto con mi pañueleta azul y blanco en la frente, la escopeta en el suelo del asiento de la parte de atrás cargada con sus seis tiros y, entre las canciones de snoop dog y el humo de la marihuana en cero comas, ya estábamos en la zona de los Blood's.

Solo recuerdo al home boy decirme:

«Emmanuel, quítese la pañueleta que están ahí. Vamos a pasar despacito y en la segunda vuelta ya sabe qué tiene que hacer». Los miedos, nervios, y sudores ya estaban recorriendo todo mi cuerpo. De regreso ya con la escopeta en la mano, todo se vuelve lento: el coche iba despacio, los segundos parecían minutos y los Blood's parecían caminar a cámara lenta. Como a veinte o treinta metros se paró el coche y al apuntarles y dispararles todo se volvió tan rápido y descontrolado que sin darme cuenta ya había descargado dos tiros. El Toyota Celica parecía un cohete espacial. Salimos volando del lugar con la adrenalina a tope de excitación tras el hecho.

Me hacía sentir como un héroe, un ser todopoderoso y eso hace que uno siempre piense que no pasa nada, hasta que pasa. Conscientemente o por ignorancia me podrían haber caído unos veinte años de prisión porque es un «juego», al fin y al cabo, de jóvenes peleando un territorio que no existe, invisible para la sociedad. Pero sí que existen las balas perdidas y a veces pagan justos por pecadores.

Al regresar con los home boys yo era el centro de atención y en mi mente rogándole a la bestia que se llevara un alma al infierno, te sientes grande, poderoso con una escopeta 12, y ver a todos correr en esos momentos es imposible que tu mente piense en el prójimo o en su familia. Tu acto de valentía es como un tributo u ofrenda a la Mara, a las dos letras de la bestia MS.

Ver que todos te reciben con los brazos abiertos con el saludo de la «garra» en la frente eso para mí no tenía precio.

Al menos yo solo pensaba ganarme un nombre y ser respetado en

la Mara. Todo o casi todo era perfecto: trabajaba, vacilaba, hacía travesuras a diario o semanalmente, me empezaba a sentir alguien importante en el seno de una familia diferente a la que me crio y en la que un niño de diecisiete años buscaba un futuro. ¿Pero qué futuro me podría esperar? Sí, se empezaba a escribir la historia del pequeño Emmanuel.

Pasando un par de semanas, la respuesta de la banda de los Blood's llegó por partida doble. Regresábamos tres homy's de la Mara en un coche Honda Civic y paramos en una gasolinera a repostar. Nosotros nos identificamos muy fácil siendo tres centroamericanos salvadoreños con pinta de pandillero al estilo «chicanos». En ese instante identificamos un coche gris sospechoso con cuatro chinos dentro, llevando pañueleta y gorras con la letra «B» en color rojo que en realidad significa Blood «sangre», una banda de chinos y negros, archienemigos de la banda de los «creeps». Fue entonces cuando al bajarse de su coche, solo fue necesario que se cruzaran nuestras miradas para que nuestros cuerpos se erizasen como gatos asustados en ambos bandos. Éramos tres MS contra cuatro Blood's, nosotros teníamos un machete y un bate, en el maletero había botellas de cervezas «coronitas». Ellos se bajaron solo tres con un bate, cadena, y una espada china, mi homy, «el jocker», con machete en mano se enfrentó contra el que tenía la espada, «el draker», mi otro homy, se enfrentaba contra el chino del bate y el de la cadena.

Ellos no sabían que yo estaba rezagado, pagando el depósito de gasolina. Al regresar y ver lo que estaba pasando eché mano al bolsillo y saqué una navaja que andaba. Fui a coger dos botellas al coche. Cuando el coche de ellos quería rodear al jocker, ya que su duelo era más interesante machete contra espada, yo lancé la primera botella hacia la ventana del conductor y esta se rompió. Enseguida había llamado la atención y había dicho aquí estoy yo. Acto seguido el chino que sujetaba la cadena se dirigía hacia mí ya que el jocker y el draker se habían metido en el coche acelerando dirección a una salida opuesta hacia donde yo estaba y corrí a la parte trasera de la gasolinera para poder llegar al coche que era mi sitio seguro. Al preguntar si todos estábamos bien solo el draker tenía un cadenazo bien puesto en la espalda. Al llegar al barrio y contar nuestra historia a los home boys de lo sucedido en la gasolinera todo quedó en una anécdota de lo que sucede en las pandillas.

En mi trabajo en la casa de citas todo era rutinario y los viernes yo me esperaba a que llegarán las once de la noche para salir disparado hacia el barrio de mis homy's. Recuerdo que el trayecto era largo. Para llegar al barrio llevaba mi bicicleta roja montañesa que por cierto la había pintado de gris porque era robada.

Primero tenía que atravesar el distrito de Chelsea para llegar al

parque West Hill Park. Nuestro punto de reunión se encontraba en una zona estratégica para llegar al descampado, teníamos que adentrarnos por caminos y laberintos con árboles que nos marcaban las direcciones correctas. Al llegar al parque dejé mi bicicleta amarrada en un árbol de la entrada y en la oscuridad me adentré al parque hasta llegar al descampado para reunirme con los homy's de la clica (C, L, S) «Chelsea Locos Salvatruchos». Entrada la media noche empezamos a escuchar muchas voces y gritos desafiantes, difamando al barrio MS 13. Eran los chinos. Los árboles y la oscuridad les impedían llegar hasta nuestro campamento improvisado. Al escucharlos demasiado cerca parecía una emboscada por todos lados. A los chinos no les entendía nada porque ni inglés sabía hablar yo en esos momentos. Pero cuando escuché los primeros disparos, sabía que no querían fumar con nosotros precisamente. Era su respuesta y venganza de los Blood's del shot driver que habíamos perpetrado con mi homy dos semanas atrás.

Son las dos caras de la moneda, hacía dos semanas yo era el cazador y ahora soy la presa, el miedo que me recorría el cuerpo ya no era de adrenalina que me hacía sentir poderoso. Esa noche los chinos eran como 15 o 20 buscándonos y queriendo hacernos salir del campamento. Nosotros éramos 10, con 4 chicas home girls entre nosotros. La oscuridad jugaba a nuestro favor, todo eran sombras, voces, pero no nos veían y al no encontrarnos nos dispararon a lo lejos. Independientemente la distancia y la oscuridad por cada disparo todos nos tirábamos al suelo, un home boy al que le decíamos «Chucho» nos organizó rápidamente, los home boys, que de por sí estaban preparados, tenían montados montículos de piedras para uso solo en caso de emergencia, como lo requería en aquel momento. La verdad un par de bichas se cagaron y se pusieron a llorar y gritar al escuchar los primeros disparos, pero la hondureña mostró su par de ovarios y tuvo huevos esa noche. El chucho y yo empezamos a responder y defender nuestro campamento. Por cada movimiento o sombra iba una ráfaga o lluvia de piedras en dirección a todo lo que se moviera.

Las bichas les decían y les gritaban cosas a los chinos en inglés, pero yo no les entendía nada. Recordando en estos momentos esas imágenes veo a ese niño con diecisiete años en EEUU defendiendo con uñas y dientes las dos letras de la Mara. Era un uno para todos y todos para uno, pero la fiesta terminó cuando sonó la primera sirena policial. Salimos corriendo y buscando la salida hasta llegar a mi bicicleta, pero… ¡Sorpresa! Estaba destrozada: le habían roto la cadena y sus llantas las habían hecho un 8, mi objetivo era salir de ahí rápidamente, las luces y sirenas nos acechaban, así que me tocó correr hasta la casa de un vecino haciendo tiempo a que pasase todo.

Y así con el tiempo, en la casa de citas que trabajaba me despidieron, algo que yo ya tenía previsto empezar en otro trabajo y poder dedicarle más tiempo a mi nueva familia la Mara Salvatrucha 13. Me fui a vivir con una familia hondureña, y comencé un nuevo trabajo en el estado de Providencia (Rhode Islam).

La empresa se llamaba «Sara Michael», y era de perfumes y sales de baño. Tenía un buen trabajo. Para llegar eran como dos horas de viaje, trabajábamos personas de diferentes nacionalidades y los que más destacaban eran de Camboya, China, Guatemala, Honduras, y El Salvador. Por suerte o desgracia trabajaban muchos homy's de la Mara, MS13 ya que se pagaba a diario, 8 hrs,"40$ y 10 hrs, 60$. Los homy's siempre viajábamos en un mismo coche los cinco. Cada uno, un día a la semana, tenía que poner una bolsa de 20$ de yerba verde, para poder hacer el viaje de Boston a Providencia tranquilos y relajados. Yo siempre al llegar a la empresa buscaba la «troca lonchera» que es una camioneta que vende los desayunos y almuerzos y yo, como siempre, tenía hambre de tanto HUMO, ☺.

Ahí conocí nuevos miembros de la Mara, MS. De Providencia, pertenecían a la clica (H, L, S) «Hollywood Locotes Salvatruchos», radicados en Rhode Islam. Entre Boston y Providencia éramos como 15, nuestro grupo era el Lunar de la empresa, eso parecía una comuna China, Centro Americana, la verdad era un niño feliz con mi nuevo trabajo. Con el tiempo en el condado de Chelsea los días empezaban a ser más huraños y excitantes. Una noche nos encontrábamos cuatro homy's caminando bajo el puente «tow brigh», era una noche gélida y fría. Yo andaba con una chaqueta roja y negra «reversible», un machete de cuarenta centímetros escondido en mi pantalón, llegando casi a mis tobillos. Caminábamos por la calle Philips Rd. del condado de Chelsea, cuando nos encontramos unos «boricuas» (puerto Riqueños) alzándonos su pandilla, «Latín King». Nosotros rápidamente nos pusimos en guardia, y le rifamos la Mara Salvatrucha con la garra por delante. Cada vez nos íbamos acercando lentamente con miradas desafiantes creando una tensión entre los dos grupos. La gente se percataba de lo que estaba a punto de suceder y se alejaban muy disimuladamente.

Ellos nos sacaron cuchillos y bates; nosotros nuestros lindos machetes. Ya no había vuelta atrás. El confrontamiento era inevitable. Son los momentos en que tu corazón se acelera y la adrenalina la tienes a flor de piel. Sabes que no te queda otra y te toca dar, o recibir. Uno de ellos se abalanzó sobre mi persona con un bate, queriendo hacer un *home run* con mi cabeza, y yo le saqué el machete queriendo jugar a lo samurái. En un punto de la pelea solo nos separaba un coche, y mientras girábamos hacia uno y otro lado nos decíamos de todo menos «bonito». Él insultaba mi Mara, y

nacionalidad «salvadoreña» diciéndome indio, indocumentado sin papeles. Yo con todo le gritaba (latín Kaka) hijo de puta perro mal parido. Y en nada ya estábamos cuerpo a cuerpo, frente a frente. Ufff que sensaciones más hijas de puta. Era grande el perro, me sacaba tres cuerpos, dos cabezas y un bate. Yo en realidad «un perro flaco» con dos huevos y un machete nada más. En realidad, éramos como dos perros rabiosos ladrándonos cara a cara; mientras él me tiraba un par de batazos y yo los esquivaba, la siguiente era yo, respondiéndole con un machetazo y él retrocediendo hacia atrás.

«Son momentos de rabia y pasión diría yo, porque en realidad quieres dañar al contrario por AMOR al barrio».

Hasta que el latín Kaka con su rabia me soltó un batazo y este rebotó en la pared, cayendo al suelo. Aprovechándome de ese momento de debilidad, le solté un solo machetazo cortándole su chaqueta, camisa, y parte de su antebrazo. Acto seguido, pegó un grito como (la gata angora).

«Dicho de la gata angora»

Si se la metes goza, ☺

Si se la sacas llora,,, ☹

Al ver que se echaba a correr pensé «No que no tronaba pistolita», sin pensármelo salió mi instinto marero, comencé a seguirlo con machete en mano. Yo lo miraba correr de espalda a la gallina, tenía ganas de soltarle otro más en su lomo. Siguiéndolo iba cuando se nos atravesó un coche «under cover» policías secretas, con su ropa de civil. Viendo lo que estaba pasando, no sabían a quién seguir, éramos cuatro homy's de la Mara, y cinco pandilleros Latín King, todos malos entre sí, armados con bates y machetes, la pelea entre todos se paró, y fue como un «sálvese quien pueda». De repente todos seguíamos a todos, cada uno buscando a sus amigos, hasta que llegaron más policías y me tocó separarme del grupo, corrí hacia un callejón y dejé mi machete escondido sobre la repisa de una ventana. Salí caminando como si nada hubiera pasado, como si no era conmigo la cosa, «pues caminando iba yo tranquilamente» cuando pasa a mi lado un coche patrulla alumbrándome el rostro, y me dicen: «Hey, you, stop right there», quieto ahí. Y yo me paro y les hago un gesto con la mano, «¿Quién, yo?». Y ellos responden: «Yes, you» (sí, tú). Mostrando una tranquilidad, hago como si me voy a detener, y en un abrir y cerrar de ojos salí corriendo en sentido contrario. Era una calle «One Way» (una vía), y tenían otros coches por detrás, así que les tocó bajarse de la patrulla y empezar a seguirme corriendo. Ya le sacaba unos 20 metros de distancia, fue como de película y muy divertido a la vez, ya que en la siguiente esquina era la calle Broadway, muy transitada. Me dio tiempo de llegar, doblar la esquina, y muy rápidamente al estilo «Flash» darle la vuelta a la chaqueta de negra a roja, y quedarme de

pie en la esquina como si nada. Un segundo después apareció el policía, corriendo a mil por hora, doblando la esquina, se paró un segundo, viendo a todo el mundo, y empezó a correr hacia un callejón, cogiendo con una mano su pistola y con la otra la radio para buscarme.

Lo difícil venía ahora al ver que la gente está viéndome, y saben que es mí al que están buscando los policías. Yo los miraba con cara de «por favor no digáis nada”». Las gentes me miraban incrédulos, bajaban la cabeza como pensando le buscan a él, está ahí en sus narices con la chaqueta al revés de color rojo, ya se imaginarán ustedes yo metido en todo ese barullo caminando despacio, pero sin pausa hacia mi casita, y ellos como buenos ciudadanos sin saber qué hacer, si delatarme o no. Lo más difícil estaba hecho, logré llegar a mi habitación, sin encender la luz me acosté para calmar los nervios, solo quería tranquilidad. Pasadas un par de horas llegan a buscarme los homy’s en dos coches. De camino al parque, nos hizo el alto la policía. «Mi corazón se estremeció», presentía que me iban a pillar por lo sucedido en la calle Philips RD, del condado de Chelsea. ¡Y así fue, en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la comisaría acusado de «Niño Malo»! pasando rueda de reconocimiento e ingreso en prisión. El juzgado de Boston me acusó de pelea pandilleril, agresión con felonía, y desorden público, con una fianza de cinco mil dólares. Pos nada, me tocó llamar a los homy’s, para poder pagar la fianza en una casa de «Bail Bond» que se hacen responsables de ti, pagando solo el diez por ciento, que se me reducía a quinientos dólares. Al ser trasladado a prisión me afiliaron en la zona de ingresos, ahí evalúan la gravedad de tu causa, y si tienes fianza o no. Si tu causa es «misterminiun» leve, puedes llamar a tu familia y amigos, antes de ser ingresado a tu número de bloque y celdas, sin antes pasar por un riguroso y exhaustivo «cacheo».

Primero, muestras las manos palma y nudillos que no tienes nada,

Segundo, frontalmente tienes que sacudirte el cabello, abrir la boca, mostrar los dientes y girar la lengua arriba abajo y ambos lados,

Tercero, quitarte y sacudir prenda por prenda, hasta quedar totalmente «Desnudo», chulón, en cueros, en bolas,

Cuarto, darte la espalda, y mostrarles las plantas de los pies, derecho e izquierdo, y mover los dedos varias veces,

Quinto, hacer entre tres y cinco sentadillas,

Sexto, mostrarles el culo, la raja, el hoyo, el ano, para mostrarles que no introduces ningún objeto punzante o prohibido a prisión. «Algo denigrante»

Los home boys de la Mara pagaron mi fianza, para quedar en libertad con cargos, pero yo me quedé con una frase que leí en los baños de ingresos, entre manchones y otras frases. Esta me marcó, «si ponés uno ponés los dos», cosa que entendí con el pasar del tiempo. En el círculo cotidiano cerrado de la Mara, si quieres destacar y ser uno más entre todos…

EMMANUEL

18

JOSÉ RODRÍGUEZ SALVADOR, EL VIOLADOR QUE ZARANDEÓ MI ÉTICA

Por encima de la condición de periodista está la condición de persona. Solo se puede ser un buen periodista si antes se es una buena persona.

Ryszard Kapuscinski

Si ante los ojos de un periodista se produce, por poner un ejemplo, la explosión de una de las mochilas bomba que hizo volar por los aires alguno de los trenes de Atocha en aquel fatídico atentado yihadista de Madrid el día 11 de marzo de 2004, ¿qué es lo primero que se espera que haga?, ¿atender a las víctimas?, ¿fotografiar la dantesca escena para poder luego explicarla? ¿Qué se es antes, periodista o persona? La respuesta parece obvia, pero ese debate, esta disyuntiva, no es más que una de las muchas que se le plantean a un periodista durante su carrera, especialmente a aquellos que conocemos como periodistas «de calle» y, en especial, a los que se dedican, como quien suscribe, a las historias criminales —de la Mala Vida—, reducto donde, en mi opinión, aún se conservan algunos de esos mimbres que dan sentido a este oficio tan agujereado por los tentáculos del poder, un oficio que, como diría Kapuscinski, es, sin embargo y a pesar de todo, «el oficio más hermoso del mundo».

En mi longeva carrera como periodista de la crónica judicial y policial me he enfrentado a numerosos casos de violencia sexual, todos crueles e inolvidables, pero de entre todos, uno, la detención, juicio y condena del violador en serie José Rodríguez Salvador (el conocido como «violador de la Vall d'Hebron»), me ha marcado de una forma determinante.

Siendo como fue, un caso escabroso, brutal y desmedido de violencia criminal contra las mujeres (veintiocho agresiones sexuales atribuidas a este violador compulsivo y sin escrúpulos), sin embargo, el caso del «violador de la Vall d'Hebron» guardará por siempre un

espacio inamovible en mi memoria profesional y personal porque me planteó uno de los dilemas éticos más duros, necesarios e interesantes a los que me he enfrentado.

El dilema es el siguiente: a manos de una periodista llega una información de indudable interés social. La fuente (un abogado) es de total confianza, pero no autoriza la difusión de la noticia porque esta aflora en el marco del secreto profesional que rige la relación entre el letrado y su cliente. Sin embargo, la eventual difusión de esa información puede salvar la vida de diversas mujeres. ¿Cómo se gestiona esa «patata caliente»?

En 1991 saltó la primera noticia: «La policía de Barcelona busca a un violador en serie».

Entre 1990 y la primavera de 1991, José Rodríguez Salvador, un hombre con antecedentes penales y penitenciarios por delitos sexuales, protagonizó un verdadero reguero de violaciones en los aledaños del barrio de la Vall d'Hebron, cuyos descampados y arboledas utilizó como escenario para sus brutales agresiones. La Policía le atribuyó decenas de violaciones. En mayo de 1991 fue detenido in fraganti cuando trataba de abusar de una joven a la que había interceptado en plena calle.

El juicio

1994. Presidia la vista el ilustrísimo magistrado presidente de la sección segunda de la Audiencia Provincial de Barcelona, el malogrado Pedro Martín.

Don Pedro Martín era una juez sesudo, erudito, garantista, templado en las formas e inflexible en sus convicciones. Mantuve con él una relación muy asidua y cercana porque a su condición de magistrado de una sala penal se unía el hecho de que don Pedro era presidente de la asociación judicial Francisco de Vitoria (de carácter liberal), por lo que era un personaje recurrente para la prensa cuando de lo que se trataba era de debatir sobre esto o aquello referente al funcionamiento de la justicia.

Con don Pedro Martín tuve la suerte de compartir en más de una ocasión mesa y tertulia en su casa de Osséja, en la Cerdaña francesa. A mi enfermiza afición de ir al monte a buscar setas, se unía el placer de su señoría por degustarlas. En cierta medida, en ese ámbito y en ese recodo del Pirineo, digamos que fuimos un equipo bien conjuntado.

Aunque Pedro Martín no lo buscó, como magistrado en ejercicio se convirtió en un *enfant terrible*, un tipo alejado de los hilos de las marionetas que manejaba por entonces (los años noventa y dos mil) la influyente Fiscalía de Catalunya. Era ingobernable, lo que le hizo ser

objeto de duras y, en mi opinión, infundadas críticas por parte de prestigiosos fiscales que, impotentes ante el carácter indomable del juez, le llegaron a acusar de «venderse» a determinados despachos de abogados. Hasta donde sé, todo mentiras. Las pataletas e infamias de los fiscales en tertulias de café nunca se tradujeron en denuncias contra el juez.

Recuerdo como Pedro Martín, sin perder nunca la calma y la compostura ni ese cultivado aspecto de profesor emérito asiduo de tertulias jurídicas, se plantó respecto al estatus quo judicial y político cuando se abrió el llamado debate de «la mampara». Asociaciones feministas, colectivos de abogados y la propia Fiscalía se avinieron a converger en un escenario y en un clima de apoyo a las víctimas de delitos sexuales: se trataba de que las mujeres agredidas no sufrieran el suplicio que suponían los reiterados y consecutivos encuentros con su agresor a lo largo de la instrucción de la causa y en la posterior vista oral. Se ideó la fórmula de interponer entre víctima y acusado una mampara durante el juicio que les separase visualmente. A todo el mundo pareció gustarle esa decisión cargada sin duda de buenismo político y de las mejores intenciones. A todo el mundo menos a don Pedro Martín, que dijo, en diversas entrevistas, algunas ante quien suscribe, que para el correcto enjuiciamiento y para dilucidar el grado de culpabilidad o inocencia de un imputado, o para determinar el grado de verosimilitud en la declaración de este o de la denunciante, resultaba, decía el magistrado, imprescindible que el tribunal pudiera ver y, en consecuencia, confrontar y valorar cuál era la comunicación no verbal que se establecía entre ellos cuando volvían a estar una enfrente del otro. Esa intangible información que captaba el tribunal sin la presencia de la mampara era, según el magistrado, fundamental para dotar a los magistrados de los matices precisos cara dirimir con certidumbre de qué lado decantar la balanza en un contencioso judicial.

Don Pedro Martín fue vilipendiado. Se le acusó de todo, pero, fundamentalmente, de misógino, machista y de tipo insensible ante la lacra y consecuencias de la violencia sexual contra la mujer. Conociéndolo, y tras haber hablado decenas de veces del tema con él, puedo afirmar sin reparo alguno que su señoría no solo no era un tipo insensible para con los efectos en las víctimas de esa tipología criminal, sino todo lo contrario. Se le acusaba de ser de derechas por no «defender a las mujeres» cuando, en realidad, en mi opinión, Martín se situaba en el sector más progresista de la judicatura al poner al alcance del ciudadano (también del ciudadano imputado) todo el abanico posible de garantías procesales que debe auspiciar una Administración de Justicia que se precie de serlo en un Estado social y democrático de derecho. Uno de aquellos fiscales que en su día criticó

tanto a Martín, no hace mucho, desde el sosiego y con la clarividencia que da la perspectiva y en plena conversación de café, puso de ejemplo a Pedro Martín como juez deseable si se trata de enjuiciar a un inocente. Para Pedro Martín una sentencia condenatoria no era, en sí misma, una victoria.

El juicio

Así pues, el día 7 de marzo se inició el juicio contra Rodríguez Salvador, al que se le acusaba por parte del Ministerio Fiscal y de la acusación particular de más de veintiocho violaciones, todas cometidas en los aledaños del barrio y de la *montañeta* de la Vall d'Hebron de Barcelona y todos con el mismo *modus operandi*: de noche, eligiendo al azar a sus víctimas en plena calle (mujeres jóvenes) y con extrema violencia.

La fiscal del caso fue doña Teresa Compte, que más tarde fue nombrada Fiscal Superior de Catalunya. La abogada en representación de la acusación particular fue María José Varela, una de las juristas que más ha hecho en pro de la defensa de las víctimas de la violencia machista en este país, y el abogado defensor de Rodríguez Salvador fue José Ángel Plaza Escudero, letrado avispado y valiente que conoce como pocos lo que se cuece en la trastienda de la sociedad y cómo son y cómo se extienden las bajezas humanas en el mundo del hampa.

Empezó el juicio en la majestuosa sala de vistas de la sección primera de la Audiencia Provincial de Barcelona situada en el no menos majestuoso y señorial Palacio de Justicia de Cataluña. Juicio sin mampara.

Tocó el turno del interrogatorio del acusado.

La Fiscalía, con absoluta firmeza, hurgó todo lo que pudo en el perfil criminal de Rodríguez Salvador y se explayó a la hora de enumerar, caso a caso, el cúmulo de pruebas que pendían sobre él. Con igual contundencia se expresó la abogada, María José Varela. Durante aquel trámite, Rodríguez Salvador las miraba de reojo. Había informado al tribunal de que no iba a responder a las preguntas de las acusaciones, cuestión de la que don Pedro Martín dejó constancia por escrito. Así que el acusado aguantó el chaparrón, pero lo hizo impávido, como quien oye llover pero no se moja.

Le llegó el turno a su abogado, a quien naturalmente sí respondió. En todos los casos previamente enumerados por las acusaciones, el acusado, a preguntas de su letrado, negó la mayor y trató de buscar contradicciones en las denuncias de las mujeres. El violador actuaba encapuchado, por la espalda, de noche y, dado ese escenario oscuro, buscaba, a partir de ahí, poner en duda las identificaciones y

reconocimientos efectuados por las víctimas. Toda ellas apuntaron a un idéntico *modus operandi* y la mayoría de las denuncias lograron recordar un determinado tatuaje en el antebrazo derecho de su agresor. Un grupo más reducido llegó incluso a coincidir al identificar el pene de su agresor como «un pene convexo».

Llegó el turno a la primera de las víctimas. Entre lágrimas y sollozos, la mujer rememoró con detalle la agresión sufrida. Ya acabando el interrogatorio de la acusación pública, la fiscal, Teresa Compte, solicitó al presidente del tribunal:

—Señoría, llegado a este punto y para cimentar sin atisbo de duda que efectivamente la víctima reconoció y reconoce al acusado, José Rodríguez Salvador, como la persona que la abordó y violó en el portal de su casa, solicito que el acusado muestre al tribunal el tatuaje grabado en su antebrazo derecho y que la víctima y otras reconocieron sin duda en la persona que las agredió.

—¡Protesto, señoría! —dijo airado el defensor, José Ángel Plaza—. ¡Protesto! Si la estratagema acusatoria de la Fiscalía implica llegar a ese extremo, desde esta defensa y con el mismo objetivo de poder conducir a sus señorías a un certero diagnóstico de lo ocurrido, es decir, que mi patrocinado no fue quien la agredió, pido que mi cliente muestre al tribunal y a la testigo su miembro viril a la víctima para que ella pueda, sin margen de error, identificarlo o no como el pene de su agresor.

—Pero… ¡por Dios! —se oyó decir a la contrariada fiscal en medio del murmullo intenso del perplejo público que llenaba hasta la bandera la sala de vistas.

—Orden, orden —exclamó don Pedro desde el tribunal—. Orden… —Y se hizo un silencio que se prolongó varios segundos hasta que el magistrado, tras rumiar lo que iba a decir, se giró hacia el letrado y le reprendió con elegancia—: Usted sabe y conoce esta sala de la Audiencia. Y sabe que nos caracterizamos por elevar los derechos y garantías de los acusados a su máxima expresión. De eso creo que nadie de los aquí presentes tiene duda alguna. —Pedro Martín, que se sabía escuchado con reverencial atención, se detuvo, tomó aire profundamente por la nariz como para calmar los nervios y a la vez coger fuerzas y concluyó—: ¡NO!, no ha lugar y espero que no me pregunte por qué.

El irreverente Plaza respondió, derrotado:

—No, no se lo voy a preguntar, pero pido que conste en acta mi queja más enérgica.

—Constará, letrado, constará. Y ahora la agente judicial, con la ayuda de la Guardia Civil, ayudará al acusado a remangarse la camisa y mostrarnos el citado tatuaje. —(Tatuaje que por cierto había sido difuminado por otro superpuesto recientemente).

El juicio continuó como había empezado, con cientos de pruebas contra el acusado y con un defensor empecinado en cuestionarlo todo para conseguir la sentencia más favorable de su patrocinado. Plaza, gran zafador y hombre de moral de hierro, logró tumbar quince de las acusaciones que había presentado la fiscal. Así, el tribunal solo condenó a Rodríguez Salvador a 309 años de cárcel por trece violaciones, muy lejos de los 1.200 años de cárcel que solicitaba el Ministerio Público por los iniciales veintiocho casos.

La cárcel

José Rodríguez Salvador ingresó en la barcelonesa cárcel de Quatre Camins, pero acabó recalando en otros centros penitenciarios en donde la Dirección General de Prisiones trataba de esconder al recluso para proteger su vida del código de honor *taleguero* que castiga a los violadores. Rodríguez Salvador fue víctima de diversas y brutales palizas en prisión a pesar de que hizo todo lo posible para pasar desapercibido. Incluso llegó a pedir, en este sentido, la complicidad, casi el socorro, de su abogado. El reo pidió a Plaza que le enviase a prisión cartas ficticias que hicieran referencia a diversas causas y sentencias por atracos a bancos al objeto de poder enseñarlas a los otros presos para así acreditar que no era un violador sino un atracador. Visto su historial penitenciario, la cosa no coló.

José Rodríguez Salvador salió de la cárcel en 2007 y se refugió en Iznalloz, un pueblecito minúsculo de la provincia de Granada donde pasó desapercibido y mantuvo una conducta ejemplar tal y como de ello dio cuenta un comandante de la Guardia Civil a quien se le encomendó supervisar la vida de expresidiario sin vulnerar sus derechos de ciudadano libre. El mundo parecía haberse olvidado de aquel monstruo que ya en 1985 fue juzgado y condenado por su primera violación que concluyó en la primera sentencia en su contra dictada por la Audiencia Provincial de Barcelona: dieciséis años de condena de los que pagó diez antes de que su voracidad criminal incontrolable lo llevara a las violaciones en serie de la Vall d'Hebron.

Por cierto, y solo a título de anécdota, durante aquel primer juicio contra Rodríguez Salvador, el presidente entonces (1985) de la sala sexta de la Audiencia, Antonio Perea —conocido por desayunar galletas María que mojaba, en lugar de en un café con leche, en una cerveza Voll-Damm—, le preguntó a la víctima, para estupefacción de la concurrencia, si «durante la violación… ¿usted llegó a gozar?». El fiscal entró en colera, protestó de forma enérgica y Perea le respondió airado: «¡Calle!, y usted, señora…, ¡responda!». El magistrado fue expedientado.

Pasaron los meses y en 2008, en el ordenamiento jurídico español,

irrumpió la llamada doctrina Parot. Se trató (fue derogada años después) de la jurisprudencia que se establecía a partir de la sentencia del Tribunal Supremo de 28 de febrero de 2006 por la cual la reducción de penas por beneficio penitenciario (trabajo, estudios, etcétera) se aplicaría sobre el total de la pena y no sobre el máximo total permitido. En aplicación de esa doctrina, Rodríguez Salvador fue de nuevo detenido y obligado a cumplir cuatro años más de cárcel.

Con la calculadora en la mano, preví el día de cumplimiento definitivo, el día en que José Rodríguez Salvador iba a quedar definitivamente libre y sin carga penal alguna sobre sus espaldas.

Un par de meses antes de esa fecha me reuní con José Ángel Plaza en su despacho profesional situado en el centro de Barcelona. Quería que el letrado me lo confirmase y de paso quería saber si de forma reciente había visitado o había sabido algo de su cliente. En definitiva, quería saber cómo se encontraba y cómo le había sentado la cárcel a aquel violador en serie.

—Sí, Carlos, le visité la semana pasada y, efectivamente, dentro de setenta y tres días exactamente quedará libre.

—¿Cómo le has visto? ¿Qué te ha dicho? —le pregunté.

A José Ángel Plaza Escudero las canas le habían irrumpido en el cabello y la barba. Sin embargo, mantenía aguda esa mirada felina de la juventud y esa capacidad total para medir sus palabras, sus gestos y sus actos. Abrió el armario situado a su espalda, que estaba repleto de cartones de Marlboro. Me sorprendió el arsenal de nicotina allí almacenado. No pregunté, pero por algún motivo él se vio en la tesitura de tener que darme una explicación: un cliente.

—Claro —dije, y seguí sin preguntar.

Encendió un cigarrillo cuya boquilla mordió como si le desagradase su sabor y, mirándome a los ojos, me dijo:

—Lo volverá a hacer. Lo volverá a hacer y todo será mucho peor. La cárcel no ha servido de nada. Nunca sirve para nada. José está enfermo. Definitivamente enfermo. Lo vengo diciendo desde hace años, pero este sistema penal y penitenciario nuestro no escucha a los abogados. Los jueces, los fiscales, los políticos… piensan que metiendo entre cuatro paredes a un condenado se acaba el problema. Y eso es falso. El sistema solo ha hecho que mantener viva la flor del mal en el vientre de ese hombre.

—¿Por qué dices eso? ¿En qué te basas? José Ángel, ¿qué tratas de decirme…?

—La semana pasada, sin despejar sus ojos de los míos durante una comunicación que mantuve con él en las cabinas de la Modelo, me dijo: «Don José Ángel, lo voy a volver a hacer. Pero, ahora, a esas hijas de puta que me han delatado en los juicios no las voy a dejar

vivas. Si las mato, no podrán descubrirme, y si nadie me reconoce, la Policía no podrá descubrirme ni detenerme. Demasiado bueno he sido y mira cómo me lo han pagado».

Plaza apagó el cigarrillo y, sin dar margen, encendió otro. Nos miramos en silencio entre nosotros. La mampara de humo no impedía vernos las caras.

—¿Y qué vas a hacer?

Plaza levantó los hombros, siguió fumando y, dando por concluida la entrevista, me dijo, mientras se ponía de pie:

—Yo solo soy un abogado.

—Y yo un periodista.

—Sí, pero esta vez no tienes mi permiso. No puedes publicar lo que te he dicho.

El dilema

Persiguiendo una noticia, me encontré con un conflicto ético para cuya resolución no se había escrito ningún manual.

Aquel día me costó dormir. Naturalmente, la cosa no iba a quedar así. No iba a permitir que pudiendo hacer algo, lo que fuera, para impedir el sufrimiento de unas mujeres inocentes me quedara con los brazos cruzados. Pero… ¿qué hacer? ¿Cómo hacerlo?

No esperé setenta y tres días para tomar la iniciativa. A las ocho de la mañana del día siguiente me planté ante la puerta principal de entrada al Palacio de Justicia, sede de la Audiencia Provincial. Sabía que don Pedro era de esos que madrugaban. Efectivamente, acercándose a mí por el paseo de Lluís Companys, vi llegar al magistrado agarrado a una cartera de piel añeja cargada de legajos.

—Don Pedro, he de hablar con usted.

—Acompáñame, Quílez.

Allí, en su despacho de presidente de sala anexo a la secretaría de la sección segunda de la Audiencia, Pedro Martín escuchó atentamente toda mi explicación y mi angustia ante el callejón sin salida en el que me encontraba.

—Quílez, ha hecho bien en venir a verme —dijo el magistrado mientras extrajo de una purera un habano robusto que prendió con un mechero que parecía un lanzallamas. Saboreó una enorme bocanada de humo y sentenció—: Tomo nota. Y no le quepa duda, ha hecho lo que debía.

—Gracias, señoría, la verdad es que no sabía cómo proceder. Lo que no entiendo —le dije más reflexivo y calmado de como había entrado a su despacho— es cómo no le ha venido a ver el abogado Plaza con esa información.

—Sí, sí, lo ha hecho —apostilló tras dar cuenta de otra opulenta calada de humo azul.

—¿Lo ha hecho? No sabía… —pregunté desconcertado.

—Sí, lo ha hecho hace dos minutos. Lo ha hecho a través de usted. Tenga la seguridad de que Plaza se lo ha dicho para que usted me lo haga saber a mí. Le conozco.

Pedro Martín se las ingenió (como dicen los buenos abogados: el papel lo soporta todo) para prolongar mediante determinados subterfugios legales (siempre interpretativos pero nunca ilegales) dieciséis meses más la estancia de Rodríguez Salvador en la cárcel. Más no se podía hacer.

Si la Justicia y el sistema más no podían hacer, un gacetillero de la mala vida, mucho menos.

En 2012 salió en libertad definitiva y se encerró junto a sus padres mayores y enfermos en el piso que tenían en el extrarradio de la ciudad de Barcelona.

Nada se supo de él durante años. Solo su abogado lo vio en una, ocasión cuando el expreso, ya totalmente liberado, se personó en su despacho tras haber pedido cita con Plaza por teléfono utilizando un nombre falso.

Llegó la hora convenida:

—María del Mar, por favor, que entre la siguiente visita.

—Enseguida, señor Plaza. Don Eduardo, puede pasar…

Don Eduardo era José Rodríguez Salvador, que había llegado unos minutos antes al despacho y los había gastado flirteando con las dos secretarias y las dos jóvenes pasantes del abogado.

José Ángel Plaza salió del despacho al hall, donde se encontraba su equipo, y, agarrando del brazo a su cliente, les dijo:

—Señoritas, no se llama Eduardo. Es José Rodríguez Salvador y ha violado a decenas de mujeres. Delante de ellas te digo que jamás vengas a mi despacho si no te lo pido yo expresamente, ¡¿estamos?!

Rodríguez Salvador, sensiblemente cabreado, olvidó los motivos que le habían llevado a pedir cita con Plaza y, maldiciéndole en voz baja y visiblemente humillado, abandonó el despacho.

Pasó el tiempo y el 3 de octubre de 2020 la noticia era adelantada por los servicios informativos de la cadena SER:

> Aparece muerto en la Vall d'Hebron José Rodríguez Salvador, el conocido como violador de la Vall d'Hebron. Según fuentes policiales, Rodríguez Salvador se ha despeñado por una de las laderas de la montaña y ha muerto en el acto. Su cuerpo presentaba múltiples contusiones. Un joven que había salido a correr a primera hora de la mañana ha avisado a los Mossos

d'Esquadra al avistar el cadáver.

La policía cree que se trató de un accidente.

José Rodríguez Salvador, muerto. En un accidente. En la montaña de la Vall d'Hebron donde perpetró el grueso de sus terribles violaciones. Ocurrió a las tres de la mañana, según se pudo saber poco después. Curioso, ¿verdad? La Policía tardó escasamente diez minutos en archivar el caso como un fatídico e inesperado accidente. Nadie cuestionó ese archivo. Nadie instó una investigación adicional para aclarar esa extraña muerte. Si Rodríguez Salvador fue asesinado, nunca se sabrá. Lo que sí sabemos es que el monstruo había vuelto a su lugar fetiche. Había vuelto con renovadas energías y con maquiavélicos planes. Pero algo, el infortunio o la fortuna, lo impidió. DEP. Muchas mujeres también lo hacen desde ese día.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (https://alreveseditorial.com/) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (…) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,
Los días de mercurio

NOTAS

[1] Los nombres de los facultativos están escritos tal como aparecen en el “Informe”.

[2] Se ha conservado al máximo el escrito tal como lo redactó Emmanuel, con sus propias expresiones, retocando lo mínimo para una lectura razonablemente comprensible de la jerga utilizada por los miembros de las Maras.